DISCAPACIDAD Y VIDA SEXUAL

la erótica del encuentro

DIRECCIÓN:
FELICIDAD MARTÍNEZ SOLA

Efigenio Amezúa
Agurtzane Ormaza
Silberio Sáez Sesma
Jose Ramón Landarroitajauregi
Felicidad Martínez Sola
Carlos de la Cruz
Óscar Lázaro Cabezón
Iván Rotella Arregui
Ainhoa Astarloa Azkue

Dirección: Felicidad Martínez Sola

JORNADAS
DISCAPACIDAD Y VIDA SEXUAL
la erótica del encuentro

Edita:
COCEMFE ASTURIAS
Gijón, Noviembre de 2003

D. legal: AS-4928-2003

Imprime:
EUJOA S.A.
Tel.: 985 793 308

Maquetación:
Grupo Iniciativas S.L.
Tel.: 985 392 290

A Igor Navarro, de Vitoria
A Miguel Ángel Lluch y María Regla Tovaruela, de Sevilla
A todas y a todos quienes asistieron a las Jornadas *La Erótica del encuentro*
que con su presencia, su testimonio y su participación
ofrecieron la dimensión vital del encuentro.

Índice

I Presentación..... 6

II Introducción..... 7

III "El nuevo *Ars Amandi* de los sexos". Por Efigenio Amezúa..... 9

IV "Recorridos de mujer, de mujeres". Por Agurtzane Ormaza..... 21

V "El hombre *"en"* la discapacidad física". Por Silberio Sáez..... 33

VI "Sexualidad y minusvalías: precios, aprecios, desprecios y menosprecios sexuales". Por José Ramón Landarroitajauregi..... 49

VII "El encuentro de los sexos". Por Felicidad Martínez.....63

VIII "Las sexualidades más válidas". Por Carlos de la Cruz..... 81

IX "Encuentro a gusto este encuentro". Por Óscar Lázaro..... 91

X "Relacion sexuales: la integración pendiente". Por Iván Rotella..... 99

XI "¿Discapacidades en sexualidad?" Por Ainhoa Astarloa..... 107

XII "Buscando y encontrando: notas a propósito de un taller". Por Agurtzane Ormaza..... 113

I Presentación

COCEMFE ASTURIAS se complace en conmemorar el *Año Europeo de las Personas con Discapacidad* con esta publicación que se enmarca en la perspectiva de la plena integración, al considerar al hombre y a la mujer discapacitados desde su ser sexuado y, por tanto, desde sus posibilidades y capacidades de encuentro.

Concebida a raíz de la celebración de las Jornadas *Discapacidad y Vida sexual*: *la erótica del encuentro,* celebradas en Avilés los días 7 y 8 de junio de 2002, consta de artículos firmados por profesionales de la sexología que participaron en dichas Jornadas, algunos de ellos como ponentes y otros como asistentes. De modo que se incluyen los textos correspondientes a las conferencias que allí se impartieron, además de otros escritos específicamente para esta publicación. Así mismo, se han incorporado unas breves notas a propósito de uno de los talleres corporales que se realizaron.

Consideramos que la divulgación de estos trabajos procurará un eco que estimule el diálogo y ayude a conocer y a comprender un poco más a las personas con discapacidad en toda su dimensión.

MERCEDES VIEITES GARCÍA.
SECRETARIA DE EDUCACIÓN
DE COCEMFE ASTURIAS

II Introducción

No son muchos los estudios que abordan la vida sexual de las personas con discapacidad. Tal vez por esto, unas jornadas, un seminario, una obra que se ofrezca en este campo son acogidos con avidez. En esa conferencia, en esas jornadas, en ese texto, se ansía encontrar respuestas a interrogantes que, tal vez, ni siquiera hemos llegado a formular. Y, sin embargo, aquí, en las páginas que siguen, más bien se intentarán sembrar ciertas preguntas.

¿Hablamos de sexo o hablamos de los sexos? ¿Es posible un nuevo arte de amar? ¿Puede haber un arte de amar que no tenga en cuenta los límites y las capacidades de los amantes? ¿Qué y a quién deseamos? ¿Cómo "apañárnoslas"? ¿Qué dificultades limitan los encuentros? ¿Qué posibilidades hay de hacer un discurso específico de la sexualidad y de las minusvalías? ¿Por qué partir de lo que falta? ¿Cómo orientar, aconsejar, rehabilitar la estructura sexuada, sexual y erótica? ¿Cuál es el papel de los profesionales y de las instituciones en esa tarea?

Estos textos pretenden abrir un mundo de inquietudes y búsquedas que surgen en el marco de la reflexión teórica y de la *praxis* en torno al hecho de los sexos y sus ineludibles atracción y relación. Van dirigidos tanto a profesionales, familiares y amistades, como a las propias personas que sufren discapacidades físicas o de otra índole. En realidad, van dirigidos a las mujeres y hombres de hoy, todos ellos y todas ellas con muchas más capacidades que discapacidades. Son, en suma, textos de integración que definen el marco general de la vida sexual humana, con sus inquietudes identitarias y deseos de encuentro, a la par que entran en casuística en torno al hecho sexual humano vivido desde la discapacidad. Un hecho éste que nos deja a la intemperie; nos hace frágiles y carentes, creativos y potentes y orientados al encuentro.

Confiamos en que en ellos podáis encontrar una idea, una pauta de actuación, un recurso que faciliten que la persona discapacitada crezca en cuanto sexuada; que sus reflexiones susciten vuestro interés o, al menos, que sirvan de aliciente y de acicate para seguir buscando.

FELICIDAD MARTÍNEZ SOLA.
DIRECTORA

III El nuevo *ars amandi* de los sexos

Efigenio Amezúa
Director de los Estudios de Posgrado de Sexología
Instituto de Sexología-Universidad de Alcalá. Madrid

1. El interés de los conceptos

Hemos hablado mucho de la necesidad de nuevas actitudes para ver el sexo de otra manera, pero poco de los conceptos. Los conceptos no suelen tener aceptación en un campo como el sexo que se precia de que lo que vale no es la teoría sino la práctica. De esa forma ha sucedido que se ha erigido en teoría una práctica sin pensamiento.

Los cambios producidos en las relaciones de los sexos durante los dos últimos siglos han sido grandes; y el apego a los esquemas antiguos impide con frecuencia establecer formulaciones claras de una serie de innovaciones que, por otra parte, están ahí. Es, pues, una cuestión de conceptos.

Estos conceptos muestran unas y otras ideas sobre el sexo. Unas antiguas y obsoletas; otras modernas y con futuro. Llega el momento en que se hace necesario tocar los conceptos. Quiero decir, tratarlos: ponerlos sobre la mesa, si queremos entender el sistema de los sexos de forma que se den menos problemas. Nos damos entonces cuenta de que, frente a la modernización en tantos campos, en el de los sexos nos movemos con un sistema antiguo que no da más de sí. Esto puede verse con claridad cuando entramos en el orden teórico y de las ideas.

2. Idea antigua y moderna

En general, la idea de sexo que corresponde a los sujetos en la actualidad es una idea moderna en coherencia con su época. Pero se ha tratado de mantener la idea antigua y desde ella seguir abordando una serie de problemas cada vez más desbordantes.

El retraso en esta actualización trae consigo, por ejemplo, equívocos cada vez más voluminosos. Se ha retrasado una educación sexual organizada y sistemática y en su lugar se ha puesto una educación de los *genitalia* para prevenir infecciones o embarazos no deseados. Igualmente se ha tratado de dar respues ta a la violencia entre los sexos desde esa idea antigua de sexo convirtiendo a las mujeres en víctima y a los hombres en verdugos. Una solución que puede ser no sólo inadecuada sino peligrosa por ser peores sus consecuencias que las soluciones que se intentan dar.

¿Qué se pretende, en realidad? ¿Más violencia entre los sexos? ¿O replantear las bases de su convivencia? El hecho más claro es que nuestra sociedad no tiene unos servicios de educación de los sexos ni de su asesoramiento que correspondan a una idea moderna, sino parches en el antiguo sistema: en la idea antigua.

Tras estos indicadores, cuando hoy miramos el panorama general de lo que la sociedad ofrece a los sujetos vemos que es conservador de lo antiguo y trata de cubrirlo con un sinfín de medidas por la vía de la urgencia. Todo lo contrario a una oferta pensada y organizada como sucede en cualquier campo modernizado. No se puede seguir tomando el sexo como un asunto moral, cuando se trata primariamente de una cuestión de conocimiento. La idea moderna de sexo requiere ser tomada en serio. Este retraso crea muchos problemas, algunos ya graves.

3. El antiguo *locus genitalis*

La idea antigua de las relaciones sexuales fue constituida y nutrida de *locus genitalis.* Esta fórmula, y su teoría subyacente, puede resumirse en algunos elementos. En primer lugar, la hipótesis del instinto reproductor, según la cual los seres humanos, como todos los seres de la naturaleza, están hechos para la reproducción. En segundo lugar, el esquema de la cópula como referencia igualmente universal, pero sobre todo operativa, es decir, instrumental, según el cual la única forma de relación sexual es la penetración. Y, finalmente, la institución matrimonial como marco legitimador de realización de los dos puntos anteriores.

Se podrían enumerar algunos elementos más. Pero éstos pueden ser suficientes para resumir, de forma fundamental, esa idea antigua de sexo. Si afinamos un poco más, vemos que la cópula constituye el bastión por excelencia en torno a la cual giran los otros elementos.

Por otra parte, la idea moderna de sexo, construida sobre la base de los sexos -y no de los genitales-, no cuadra con la de instinto reproductor. Tampoco con la de cópula. Y es bien sabido que la misma sociedad, en su evolución, se ha dotado de fórmulas de relación que no hacen ya reductible las relaciones al matrimonio.

Pero el remanente de la idea *locus genitalis* es resistente y se mantiene y por lo tanto es el que más dificulta el paso a un planteamiento moderno. El continuo e insisten-

te repiqueteo del sexo con connotación genital es una forma de este mantenimiento constante y que impide abrir nuevos horizontes.

Las expresiones extendidas por la divulgación tales como sexo seguro, sexo sano, tener sexo, salud sexual, etc. son significativas y referenciales de la cópula y el sexo fusionados. Sexo, genital y cópula se dirían inseparables.

4. El final de la antigua idea

La idea moderna de sexo empieza con la Ilustración, en el siglo XVIII. El hecho central es el comienzo del debate de los sexos -lo que se conoce como la cuestión sexual- con el que nacen dos hechos representativos: por un lado, el acceso de las mujeres a la categoría de sujetos y, por otro, a través del planteamiento de la sexuación, el concepto mismo de sexo.

Fueron los sexólogos de la primera generación, a finales del siglo XIX, quienes dieron forma a esta nueva idea de sexo que tiene muy poco que ver con la anterior. Y en términos cronológicos, puede cifrarse el comienzo del siglo XX como la fecha en que, desarrollada y expandida esta idea nueva, podía darse por cerrada la antigua. Lo que queda, pues, de ésta son restos y vestigios, si bien continuamente retroalimentados.

Si recordamos los tres elementos antes aludidos -la hipótesis del instinto de reproducción, la cópula y el marco del matrimonio- podemos ver cómo, frente a los tres, la evolución de la sociedad ha conocido una notoria sucesión de novedades.

En primer lugar, la reproducción no se plantea ya como una ley o instinto de la naturaleza, sino como un deseo individual concreto que puede ser planificado y organizado según los recursos disponibles y al uso. En segundo lugar, la cópula ha dejado de tener sentido. Decir que la cópula ha dejado de tener sentido no es sino reconocer que no se dan ya ni los objetivos ni fines que la han mantenido en vigor. El fin reproductivo ha sido cambiado por el fin sexual, si bien bajo el impropio significado de placer, para el cual es bien probado ya que la cópula no es necesaria puesto que puede sentirse ese placer -léase, si se prefiere, orgasmo- sin la penetración, incluso más placer. Es lo que se entiende por coito y sus formas, noción distinta de la cópula, aunque se sigan confundiendo.

Por último, ninguno de estos fenómenos son ya considerados exclusivos del marco matrimonial. Las sociedades modernas se han dotado de alternativas de legitimación social, incluso institucional, paralelas y distintas al matrimonio, el cual, por otra parte, ha sido reconvertido en lo que es, tras haber abandonado lo que no era de su incumbencia y limitándose a ser una institución dentro de otras.

5. La erótica de los encuentros

Por otra parte, la confusión del sexo con el placer -decir sexo y pensar en el placer o a la inversa- ha sido, por un lado, una gran innovación para separar el sexo de la reproducción; pero, por otro lado, ha generalizado el equívoco que consiste en pensar el placer sin pasar por los deseos, lo que, a su vez, ha dejado de lado otros conceptos importantes como es el caso de la erotización de los sexos.

En la condición humana los placeres no tienen explicación fuera de los deseos. Existen algunas expresiones que reflejan este hecho. Se dice a veces "ir al grano" para indicar ir a la cópula o, más directamente, al orgasmo. Ir al grano del placer es ir a los genitales y no perderse en las ramas de la erótica o del erotismo. De esa forma el placer de los genitales ha dejado de lado la erótica de los encuentros. O, por decirlo con la fórmula de solera, se ha prescindido del *ars amandi* de los sexos.

Al decir erótica o erotismo y al decir amatoria o *ars amandi* estamos usando, a propio intento, dos de los grandes conceptos esenciales, imprescindibles, de las relaciones de los sexos. La erótica es el conjunto de los deseos, sensaciones, emociones y sentimientos de los sujetos sexuados en tanto que sexuados. La amatoria es el abanico de formas o gestos de su realización, el *modus operandi* de estos sujetos con estos deseos y sentimientos.

Dejar de lado la erótica equivale a una pérdida irremplazable para la comprensión de las relaciones de los sexos. Los encuentros no son encuentros de genitales sino puesta en común de deseos que, por ser sexuados, llevan consigo sus genitales como otros complementos. Pero importa no perder de vista el interés de lo principal por la anecdótica de lo accesorio. De hecho, muchas de estas anécdotas han llegado a ser de tal forma objeto de información y preocupación que no dejan ver los deseos, lo que, a su vez, impide fluir un *ars amandi* correspondiente a ellos.

6. La fórmula del *ars amandi*

Las transformaciones sucedidas en las identidades de los sexos, y por lo tanto en sus relaciones, han sido lentas y han sido, a su vez, protagonizadas por generaciones distintas. Pero sucede que se han acumulado, y hoy nos encontramos con todos esos cambios juntos y con la necesidad de comprenderlos y ordenarlos para poder asumirlos y así seguir adelante con una cierta coherencia. Si estos distintos problemas han podido ser abordados o dejados sin resolver uno por uno, la situación actual plantea la reunión de todos de una manera inaplazable. Es la fórmula entera la que necesita un replanteamiento conceptual. Los problemas que acuden a la clínica son, como todos los terapeutas reconocen, resultado de una deficiente educación sexual, las más de las veces hecha a golpe de experimentaciones entre el ensayo y el error de esa vorágine de restos y transformaciones.

Por otra parte una retrasada educación sexual, basada en el exceso de urgencias referidas al *locus genitalis*, ha contribuido a retrasar fórmulas nuevas, distintas de las antiguas ya periclitadas. Las contradicciones se suceden en la misma fórmula de uso que, insistimos, no ofrece más de sí.

Es esta situación la que llevó a W. Masters y V. Johnson, los más significativos sexólogos de la segunda generación, a buscar una fórmula nueva de asesoramiento y tratamiento de los problemas que, a su vez, incluyera una educación renovadora ante tales situaciones cada vez más abundantes y, de paso, a plantear en términos teóricos una fórmula distinta. Su resultado fue doble: por un lado un formato para el tratamiento de los problemas comunes y, por otro, el menos divulgado: la formulación de un nuevo *ars amandi*. Si la terapia ha sido objeto de un gran interés, el nuevo *ars amandi* como fórmula nueva y alternativa a la antigua ha ocupado menos dedicación. Pero ambos fenómenos han tenido un origen paralelo y confluyente.

Se entiende que los clínicos estén interesados sólo en la terapia de los problemas, pero también se entiende que los educadores lo estén en el nuevo modelo, nacido precisamente del tratamiento de esa gran cantidad de problemas que acuden en busca de solución y que pueden evitarse precisamente con otro modelo de relación sexual, con otra conceptualización de ésta, lo que equivale a otro planteamiento.

7. Por qué un nuevo *ars amandi*

Aunque estos sexólogos trataron de utilizar un lenguaje accesible para la comunidad científica, sus formulaciones apuntaron a una nueva versión del *ars amandi*. La expresión *ars amandi* es una continuación de la histórica expresión procedente de

la Época Clásica como forma de encuentro de los amantes: su encuentro por excelencia. Y, dentro de dicho encuentro, el coito que -no haría falta recordarlo- nada tiene que ver con la cópula. En todo caso, aquél puede incluir ésta, pero no a la inversa.

Qué atrae a los sexos, por qué se atraen, qué buscan uno en otro, qué desean, qué persiguen ansiosa o felizmente, etc. son todas ellas una serie de preguntas que están en el fondo de lo que, de otro modo, ha solido ser nombrado como "relación sexual", incluso de forma más difusa "conducta sexual", léase, por seguir otra fórmula, "respuesta sexual". Y sabemos que prioritariamente no buscan el placer sino el encuentro.

Con la denominación de *ars amandi*, por otra parte, ha sido retomada una de las grandes teorías, la teoría erótica que, junto con la teoría de los sexos, replantearán, a su vez, la otra gran teoría del *locus genitalis* de otra forma. Por estas razones es importante mantener la formulación del *ars amandi* acuñada en nuestra tradición clásica y puesta en circulación por Ovidio en el siglo I de nuestra Era.

Continuada de forma ininterrumpida a lo largo de los siglos, a pesar de lo que ha sido llamado la dictadura de la cópula, el *ars amandi* es puesto de actualidad por los sexólogos de la primera generación como corolario del nuevo planteamiento de los sexos y su balance histórico y teórico. Havelock Ellis dedicó una obra con ese titular en 1910. Finalmente, los sexólogos de la segunda generación dotaron a la fórmula clásica de una viabilidad y operatividad propia a través de los experimentos para el tratamiento de los problemas y la aplicación de sus resultados a la educación.

La fórmula se hizo, pues, generalizable y el nombre responde a su raigambre clásica: el *ars amandi.* La novedad responde, por su parte, a un dispositivo renovado. De ahí la denominación de nuevo *ars amandi* de los sexos.

8. La propuesta

Masters y Johnson empezaron sus trabajos de investigación y publicaron sus primeros resultados en dos obras claves: *La respuesta sexual humana,* aparecida en 1966 y *La inadecuación sexual humana,* en 1970.

El nuevo *ars amandi* es la propuesta en esas dos obras mayores que corresponden a dos informes que dan cuenta, en primer lugar, de lo que sucede en los encuentros de los sexos y, en segundo lugar, de la búsqueda de asesoramiento o arreglo de sus dificultades más frecuentes.

Al decir que ambas obras son informes queremos decir que son obras de investigación y no manuales. Por eso las lecturas de estos informes se han prestado a muy distintas interpretaciones. La nuestra se basa en su lectura dentro del marco de la disciplina y en la línea de la idea de los sexos, más clara en sus obras menores, en las que Masters y Johnson se dedican a ello sobre las bases de sus informes anteriores. Es el caso de *El vínculo del placer* de 1974 y de otros escritos, entre los que se incluyen algunas entrevistas y balances.

De las observaciones relativas a los miles de sujetos estudiados en sus dificultades, los célebres sexólogos enunciaron un gráfico con los elementos que forman el coito o encuentro. Éste, con variantes distintas, ha sido fijado en cinco pasos que son los enunciados en el esquema *d.e.m.o.r.*, acrónimo correspondiente a los segmentos que forman la línea siguiente: deseo, excitación, meseta, orgasmo y resolución.

Muchas dificultades han podido ser identificadas con relación a esos distintos segmentos. Y gracias a su identificación minuciosa se han podido diseñar sus intervenciones en el asesoramiento. Es ésta la parte que corresponde a la segunda de las obras mayores relativa no ya a qué sucede, sino a qué se desea que suceda y, en consecuencia, a qué pasa cuando no sucede. Por seguir en esta dirección, la pregunta es, pues, ésta: ¿qué podemos hacer para que suceda lo que deseamos que suceda?

Resulta de interés resaltar, una vez más, esta doble dirección del objetivo de los investigadores: por un lado, su fin terapéutico para el arreglo de los problemas y, por otro, el que aquí nos ocupa que es el modelo de un nuevo *ars amandi* en la educación sexual y en la divulgación general.

9. Claves básicas

Algunas claves básicas ayudan a comprender el perfil de esta fórmula del nuevo *ars amandi* de los sexos. Por ejemplo, que todo lo que sucede a los amantes les sucede en cuanto sujetos sexuados y por lo tanto en interacción y relación.

Del mismo modo, sus diversidades y dificultades forman parte de dicha relación y, por lo tanto, pueden ser contempladas bajo ese mismo principio. Los términos pareja o relación sexual -otros conceptos que necesitan precisiones- no son aquí institucionales sino estructurales: se refieren siempre a la razón de sexo y al ser sexuado: una pareja es una relación de amantes. O dicho de otro modo: de un sujeto sexuado con otro sujeto sexuado. La pareja es la entidad sexuada por excelencia.

Ir a esta raíz de las observaciones ofrece las líneas de estas claves tanto para la comprensión de los fenómenos como para la intervención en las dificultades motivadas por ellos. Los experimentos de Masters y Johnson, así como los que se han seguido desde ellos, han probado de forma empírica que la raíz de una pareja reside en el sexo y de ahí la necesidad de tomar en serio su sentido y sus consecuencias, algunas de las cuales se reflejan en los análisis de los problemas y sus resoluciones, lo mismo que en las preguntas e intereses que se debaten en la educación de los sexos cuando ésta entra a fondo en sus cuestiones y no se limita a las consabidas anécdotas relativas a los genitales. Los problemas de los genitales no pueden entenderse sin estas claves básicas de los sujetos sexuados.

10. Las estrategias

Junto a estas claves, los sexólogos idearon y verificaron una serie de estrategias para abordar los distintos problemas concretos, incluidos los usos precisos de los *genitalia*. En primer lugar, una de las más conocidas y, aunque ha sido formulada de muy diversas maneras, se trata siempre de la puesta entre paréntesis de la cópula. En el formato del asesoramiento o tratamiento es conocida a través de la indicación de su prohibición metódica.

En segundo lugar, y como consecuencia de la anterior estrategia, los amantes tienen la posibilidad de seguir lo que en términos técnicos Masters y Johnson acuñaron con la expresión "focalización sensorial". Se trata de juegos eróticos, indicados o sugeridos en la línea de la teoría erótica, tan cercana y propicia al *ars amandi.* El objetivo de esta estrategia, que se ha prestado a tantas fantasías en el imaginario de la divulgación, no es otro que la articulación de los deseos sencillos y corrientes, pero reales y comunes -su erótica- que todos los amantes sienten pero que, por sus dificultades concretas, no aciertan a realizar. Es lo que se ha acostumbrado llamar, aunque la expresión sea ambiciosa, "no saber quererse" o "quererse mal".

Una tercera estrategia, también consecuencia de las dos anteriores, es conocida como *insight* o percepción de esos deseos y sus formas concretas de vivirlos y que se traduce en la verbalización y comunicación a lo largo del proceso o formato tutorizado del asesoramiento.

Si dejamos de lado la morbosidad que estas claves y estrategias han provocado cuando, con otros fines, se miran los experimentos realizados por Masters y Johnson, vemos que hay un orden de trabajo llano y sencillo, pero ordenado y sistemático, y que su aplicación rigurosa ha ofrecido lo que se conoce como formato de intervención hoy ya común. En el plano de la intervención ante las dificultades o problemas el resultado ofreció un índice de soluciones superior a todo pronóstico: una cota que nunca había sido alcanzada.

Como era de esperar, las críticas se plantearon, los debates también y, década tras década, la fórmula sigue cada vez más consistente y enriquecida. Las claves teóricas, las estrategias básicas, así como las técnicas y recursos asociados a ellas, constituyen un formato completo de intervención y tratamiento. No se trata de fórmulas mágicas; se trata de estudio y dedicación y, sobre todo, de una forma distinta de ver los problemas y de abordarlos desde la idea de los sexos -y no de los genitales- y de actuar en consecuencia. Quedan los porcentajes de fallos para seguir buscando e investigando. Pero el modelo de intervención ha ofrecido los logros mayores conocidos hasta la fecha.

11. La fuerza de un gerundio

Se han preguntado algunos por qué usar la fórmula clásica del *ars amandi* para expresar una propuesta moderna. La respuesta puede ser doble. En primer lugar, para retomar la fórmula clásica, que nunca ha sido abandonada y su fuerza, lo que puede ser una razón histórica con sus propios atractivos y valores.

En segundo lugar, para no perder el poder gramatical de un gerundio que significa la praxis del *modus operandi* de los sujetos. Han intentado algunos hablar del "arte amar" o del "arte del amor". Pero no se trata tanto de amar, en su infinitivo, ni del amor, en su sustantivo, sino del gerundio del *ars amandi* que dice y expresa lo que se está haciendo y se hace. O, mejor dicho, lo que esos sujetos sexuados desean hacer y pueden hacer, de hecho.

La fórmula del gerundio es, por léxico y definición, operatoria. Y es importante resaltar esta operatividad del gerundio relativa al hacer concreto. Algunas ventajas han sido descubiertas en las intervenciones relativas a las dificultades y, sobre todo, en las relativas a sus arreglos o soluciones. Las principales han sido puestas en relieve por los mismos creadores del formato del asesoramiento y, por lo tanto, en sus consecuencias aplicables a la educación.

En efecto, tras muchos intentos fallidos, la observación minuciosa de lo que sucede -esa gran cantidad y densidad de deseos, emociones, sensaciones y sentimientos que se agolpan- ofrece un cúmulo inmenso de materiales puestos en activo en la relación. Su estudio detenido ha ofrecido la posibilidad de corrección y mejora en un escenario adecuado -en cámara lenta- propicio para darse cuenta de lo que, de otro modo, es imposible tanto por su acumulación como por su agolpamiento.

12. Una idea distinta del sexo

Esta serie de datos llevaron a Masters y Johnson a plantear la necesidad de una reformulación del esquema básico de las relaciones sexuales y a priorizar en ellas la idea de *ars amandi* por encima de la idea de cópula.

Formular, como ellos hicieron, un nuevo *ars amandi* de los sexos equivale a traspasar los datos de la clínica y llevarlos a su aplicación en la educación sexual. De ahí el interés de un nuevo *ars amandi* de los sexos. Vemos cómo la fórmula de la cópula crea muchos problemas innecesarios. Y cómo la fórmula del *ars amandi* es más acorde con los deseos y su realización.

Por otra parte, si de la práctica pasamos a una formulación teórica, vemos que hay otra idea de sexo, dentro de la cual se replantean sus conceptos. Es el caso de la erótica y el *ars amandi*. La erótica, o el erotismo, decíamos, es el conjunto de sensaciones, emociones y sentimientos -en definitiva, deseos- de los sujetos sexuados. El *ars amandi* es la puesta en común, el *modus operandi* de esos deseos. Es el sentido de la expresión “respuesta sexual”.

Una educación sexual, basada en la cópula, ofrece temas a los que estamos acostumbrados como es la mecánica del *locus genitalis*. Una educación de los sexos y sus deseos ofrece conceptos ineludibles. Es el caso de la sexuación y la sexualidad -que aquí no hemos tratado-. Es igualmente el caso de la erótica y el *ars amandi,*

en los que nos hemos detenido aquí; y que, a su vez, plantean otros. El conjunto de estos conceptos ofrecen, pues, una idea distinta del sexo.

13. La educación sexual y el asesoramiento

La educación sexual desde la idea moderna del sexo es la vía para una modernización de los sexos. El asesoramiento sexual es el formato de trabajo que cuenta con estas transformaciones de la educación de los sexos para un nuevo *ars amandi* entre ellos. A los sexólogos se les confunde, en ocasiones, con reparadores de disfunciones sexuales a partir de las ideas y modelos antiguos. La idea moderna de los sexos ha ofrecido un horizonte nuevo desde el cual intervenir y éste es su más preciado contenido tanto teórico como práctico.

Si el retraso en la educación de los sexos en orden a una modernización y puesta al día crea problemas, los sexólogos disponen de esta alternativa de intervención basada en los nuevos planteamientos más acordes con los sujetos en la actualidad.

La figura del asesoramiento sexual no debe ser confundida con la clínica general. La tradición ha mantenido en exceso los modelos antiguos y sus denominaciones tanto para el funcionamiento como para la disfunción. El primero sobre la base de la cópula y el apareamiento, el segundo para su reparación. La novedad del asesoramiento es la dotación tanto teórica como instrumental para la intervención en esta transformación de los sujetos y sus correspondientes problemas.

Los sexólogos de la tercera generación, formados con las referencias de este legado, se encuentran hoy con una tarea apasionante. Aunque la imagen que se tiene de ellos se sitúa en muchas ocasiones entre estos modelos antiguos y sus ideas, el perfil de su trabajo y su sitio profesional se labra poco a poco y su objetivo es contribuir a esta modernización.

Bibliografía para profundizar

W. Masters y V. Johnson, *El vínculo del placer,* Grijalbo, Barcelona, 1974.

E. Amezúa, El *ars amandi* de los sexos: la letra pequeña de la terapia sexual, *Revista Española de Sexología,* nº 99-100 (extra-doble). Publicaciones del Instituto de Sexología, Madrid, 2000.

IV Recorridos de mujer, de mujeres

Agurtzane Ormaza. Psicóloga-Sexóloga
Centro de Atención a la Pareja Biko Arloak. Bilbao

Caminando, caminando, he llegado aquí a Avilés, de la mano de otra mujer, Felicidad Martínez, para hablar con otras mujeres sobre nosotras y para hablar con hombres de nosotras, de nuestros recorridos, de nuestros miedos, de nuestros deseos, de nuestras pieles, de nuestros deberes, de nuestros silencios...

¿Cuál sería el comienzo de este recorrido de mujer?

Lo suyo sería comenzar a hablar de mí misma como mujer, o quizás como profesional de la sexología que lleva 10 años trabajando desde su ser mujer con otras mujeres, todas intentando hacer ese largo y difícil recorrido que es ser mujer del ya siglo XXI.

En algún cruce de este viaje se me juntan ambas mujeres y creo que una no podría ser sin la otra. Así pues, hablar de mujer hoy y ahora es hablar de mí hoy y ahora, y hablar de todas hoy y ahora y, cómo no, de ayer y de entonces.

Los caminos recorridos son los que nos han traído hasta aquí y son los que nos llevarán hasta allí, aún cuando el allí sea incierto. Cuando pretendemos dibujar ese allí desde este aquí, apenas si nos damos cuenta de que, quizás, en los caminos recorridos tuvimos la oportunidad de fijar el dónde de nuestro andar. Las prisas para llegar allí hacen que no nos detengamos en nuestras pisadas y de ahí que muchas veces, después de haber corrido tanto, tengamos la sensación de no haber llegado al lugar deseado; más aún tenemos la sensación de ir a la deriva.

Así pues os invito a recorrer este camino.

Espero que después de tanto tránsito no se haya cansado nadie, porque no hemos hecho más que empezar.

Quizás alguno de los presentes se habrá sorprendido al leer que las mujeres nos encontramos a la deriva, ya que es esto lo que parece ocurrirles a los hombres y no a nosotras que llevamos más de un siglo de lucha por resituarnos ante nosotras mismas y ante los demás. Parece mentira que, después de todo lo que se ha luchado, de lo que se ha de-construido y de lo que se ha construido, aún los cimientos no sean tan sólidos como se nos quiere hacer creer.

Creo que desde que nos quitamos la falda de andar por casa y nos pusimos el pantalón para salir a trabajar, parte de "nuestro ser mujer" se quedó en aquella falda. Aquella falda de principios de siglo tenía un corte que se ceñía a un cuerpo de mujer aún por descubrir, tenía también más rotos y descosidos de los que hubiésemos querido... Aquella falda necesitaba nuevos colores, nuevos diseños, nuevos aires que fueran más con las necesidades de la nueva mujer. Lo fundamental de la falda, su corte, era lo que hacía que se ajustara tan bien al cuerpo. Pero aquella falda se quedó en el baúl de los recuerdos, como algo "ñoño" y pasado de moda.

En su lugar apostamos por el pantalón como el amuleto de la suerte, el pasaje al mundo de lo público, al mundo de los hombres, y con este pantalón hemos estado luchando, sin tener en cuenta cómo se ajustaba a nuestro cuerpo. Tanto tiempo con el pantalón puesto que ha llegado a parecer nuestra segunda piel.

Pero está claro que el traje de faena no es cómodo para andar por casa y menos aún para ir a la cama.

En estos momentos, aquella falda, antaño desterrada, parece gritarnos desde el fondo del armario, para ser reutilizada, para ser rediseñada, para ser readaptada a los nuevos tiempos, pero sin dejar de ser falda, que es lo que la hace diferente del pantalón.

Pero hace tanto tiempo que no nos hemos puesto la falda que no sabemos ni cómo era, ni cómo nos quedará, ni si sabremos desenvolvernos con ella, ni qué se podrá utilizar, ni qué cambios habrá que hacerle para que se nos ajuste.

Y en este lío de vestuario andamos.

Quisiera desarrollar dos aspectos para mí quiciales en este ser mujer, para llegar a comprender mejor el encuentro/desencuentro entre los sexos en el campo de la erótica.

1. El cuerpo de la mujer
2. El vestuario de la mujer

1. El cuerpo
Unas breves pinceladas para saber cómo hemos llegado hasta aquí.

Volvamos a la falda, a esa falda que ceñía un cuerpo aún por descubrir.

Hubo un tiempo en el cual el cuerpo en general y el de la mujer en concreto eran unos absolutos desconocidos para quienes vivían en su piel, de hecho parecían saber más de ese cuerpo los ajenos al mismo, o sea, los médicos, la propia iglesia y, en último término, los hombres. Éstos eran los únicos que hablaban del cuerpo con alguna autoridad.

La mujer se desconocía, de hecho se comenzaba a conocer a través de los ojos y manos del hombre. Así pues, desde el *otro* y no desde *sí misma.* Esto, que puede parecer casual, abre y cierra todo un mundo de posibilidades para la mujer, ya que dicho descubrimiento no tiene que ver con el deseo de una mujer, si no con el de un hombre.

Esto no ha pasado hace tanto tiempo, no es tan lejano. De hecho, pensad en vuestros encuentros y desencuentros con el otro y reflexionad sobre cómo y quién descubrió qué. Muchas de las mujeres de hoy en día descubrimos nuestro culo, nuestras tetas, nuestra vulva, a través del deseo de ese otro a quién dejábamos hacer; así que, más de una vez, nos sorprendíamos a nosotras mismas preguntándonos si esto era todo. ¡Ni qué hablar del placer!

Obviamente, hombres y mujeres afrontábamos y afrontamos, vivíamos y vivimos nuestros cuerpo y nuestra sexualidad desde posiciones muy distintas. Nuestros cuerpos son diferentes y hemos sido educados para relacionarnos con ellos de forma distinta. Un ejemplo claro y sencillo de esto es el siguiente: el tracto urinario de los niños es externo y desde muy pequeños sujetan sus penes. Este órgano sexual forma parte de su experiencia diaria. Y desde pequeños son alentados a que usen su cuerpo como medio de expresión. Por el contrario la vulva de la niña está escondida. La mujer sabe poco de ella y tampoco se le ha aleccionado nunca para que se enorgullezca de ella. Pero al mismo tiempo se le alienta a que se muestre, a que se haga atractiva. No es de extrañar que estemos confusas.

Generalmente, no sabemos ni lo que deseamos sexualmente porque hemos tenido una relación bastante inconexa con nuestro propio cuerpo.

Hoy en día tampoco se ha cambiado tanto, aunque aparentemente parezca que sí. Ahora se alienta a la mujer para que aparezca cada vez más atractiva, para que saque partido a su cuerpo, para que lo muestre. Se dan un montón de recetas para que todas seamos capaces de hacerlo, a través de fascículos coleccionables, videos y libros de autoayuda. Se nos empuja de nuevo hacia un modelo de cuerpo con una serie de técnicas corporales para lograr algo que nosotras en principio no hemos elegido, si no que nos viene dado.

La paradoja está en que por un lado se alecciona a la mujer a explicitar el tema del cuerpo y por otro lado se la disuade de la idea de cultivarlo desde sus propios parámetros. Cuando hablo de cultivo, me refiero a que seamos nosotras desde nuestras contradicciones, desde nuestros deseos, desde nuestras curiosidades, las que vayamos haciendo un recorrido por nuestro cuerpo para reencontrarnos en él, para que sucumbamos a las sensaciones que de él emanan, para dejarnos llevar y encontrarnos con nuestros límites; y quizás nos atrevamos a traspasarlos.

Nosotras no somos tontas y no necesitamos que nos den el mapa de carreteras, queremos elaborarlo nosotras mismas porque estoy segura de que nuestro viaje será diferente al que nos plantean.

Mientras, en los kioscos nos siguen vendiendo el mapa que hemos de recorrer y, si no seguimos esos recorridos, ni llegamos a los puntos de interés turístico allí plasmados, se entiende que "seguro que sufrimos alguna patología sexual".

2. Vestuario

¿Cómo hemos de vestir este cuerpo, aún desconocido? Según la última moda, con pantalones, ya que las faldas son incómodas para tantas cosas...

Se ha de partir del hecho de que intentar vestir un cuerpo del que aún no se han cogido bien las medidas es un poco difícil, y parte del problema radica ahí.

El vestuario actual consiste en que la mujer de hoy en día, se disfrace de *superwoman* y viva como tal. Esto es, que en su fondo de armario tenga: ropa para la trabajadora fuera de casa, ropa para la de las tareas del hogar, ropa para la madraza del año, ropa para ser la amiga/madre moderna de sus hijos, ropa para ir de caza sexual,

ropa para ser multiorgásmica, ropa para ser una amante perfecta, ropa para ser una esposa a la altura de su pareja... En fin, demasiada ropa para un cuerpo que aún pelea por conocerse.

Todo este vestuario te hace ser mujer de hoy en día.

Este vestuario, al parecer tan variopinto, tiene un patrón común -que, por cierto, no hemos confeccionado nosotras- cosido en principio para trajes de hombre.

Esto no quiere decir que las mujeres no queramos y/o no debamos llevar esos trajes, pero con nuestro propio estilo. Es más, muchos de esos nuevos trajes funcionan en el ámbito de lo público, de las puertas de casa para fuera, pero no en el ámbito de lo privado, de puertas para dentro.

Nosotras que durante tanto tiempo hemos estado reivindicando nuestro lugar en el mundo como *un alguien* diferente a ese *otro*, con entidad propia, no como un apéndice del otro, terminamos adaptándonos a su vestuario para "poder estar a su altura y ser iguales". Valorando su patrón y desvalorizando y olvidando el nuestro. Craso error.

El patrón de este ¿nuevo? vestuario tiene un corte fundamental que es la asunción de la independencia en la mujer como valor primordial para ser mujer, desvalorizando la dependencia por ser sinónimo de debilidad. Entendidos estos términos como:

Independencia como independencia económica, autosuficiencia, autonomía, capacidad de explicitar lo que se desea, no necesidad del otro, autogestión, no dejarse dominar, ser fuerte.

Este es el valor en alza en esta sociedad; valor, valores, que todos hemos asumido con más o menos resignación, con más o menos alegría, con más o menos oposición. Valores que no son nuevos, si no que vienen ya de largo y estaban relacionados con lo masculino. Valores que nos revalorizan, en este caso como mujeres. Esta claro que hemos aprendido mucho de los mismos y, a través de ellos, también de nosotras mismas; les hemos sacado brillo y partido porque a menudo nos funcionan, sobre todo en el ámbito de lo público: en la oficina, en el centro comercial, en la facultad, en los cursos, con el profesor de nuestro hijo.

Dependencia como necesidad de otro, como sumisión, como fragilidad, como discapacidad, como pasividad, como inseguridad, como preocupación, como ser débil. Valor a la baja, y con sinónimos también a la baja. Valor relacionado de siempre con lo femenino. Valor que hemos querido olvidar y rehusar; como si no fuera con nosotras, considerado vergonzoso. De hecho, en el ámbito de lo público lo hemos conseguido, pero en la intimidad es donde aflora como un sarpullido que nos escuece.

La dependencia tiene que ver con la necesidad de ese otro, con la querencia de dar y recibir, con la querencia de saberse necesitada y deseada, con la querencia de compartir, con nuestra vulnerabilidad como principal motor de fuerza.

La dependencia tiene un sitio privilegiado en el encuentro, en una relación que no puede ser más que inter-dependiente.

Así, nos encontramos con mujeres que siguen muy confusas respecto a estas dos cuestiones que se interrelacionan constantemente, pasando de un ámbito al otro e intentando que las reglas del ámbito de lo público funcionen en el privado. Esto crea una *tensión continua,* apenas palpable en el ámbito de lo público, pero que se materializa en el ámbito privado, concretamente en el *encuentro erótico.*

Nadie pregunta a la mujer con qué quiere vestirse, con qué se siente más cómoda, qué es lo que a ella le sale ponerse. A veces, ya ni nosotras mismas nos preguntamos qué queremos ponernos. Así que vamos tirando de catálogo.

Antes, parece que no había elección, se asumía la falda, no se preguntaba si nos gustaba o no; era lo que había.

Ahora parece ser que hay elección, falda o pantalón, pero lo suyo es llevar pantalón que es mucho más moderno. Existen otros mecanismos, los de la nueva norma liberalizadora, que, partiendo de la supuesta libertad de elección, hacen que una mujer termine eligiendo el pantalón, porque ni se puede preguntar si le apetecería llevar otra cosa.

Así como hace unas décadas, y aún hoy en día, luchábamos, desde las ciencias, movimientos sociales, políticos, etc., para deshacernos del lastre del pensamiento conservador que limitaba nuestra vivencia del cuerpo, de la sexualidad y del

encuentro con el otro, del mismo modo creo que hoy en día hemos de poner en duda esta nueva norma disfrazada de "liberalismo sexual", que como toda norma -explícita o implícita- tiene una incidencia clara en la vivencia de nuestro ser mujer: *implica, de nuevo, un deber ser,* otro nuevo deber ser.

Si partimos de un cuerpo aún por descubrir y de un tener que ser mujer en unas coordenadas dibujadas desde fuera de nosotras mismas, es lógico suponer que en el plano sexual haya más desencuentros que encuentros, pues es en ese plano donde desde nuestro cuerpo y desde nuestro ser mujer, desnudas, nos ponemos frente a ese otro, *que, a su vez, está liado,* intentando conectar con nuestro deseo.

En esta desnudez es donde nos encontramos solas, perdidas, sin claves que nos ayuden a encontrarnos. Lo aprendido e interiorizado sobre la independencia hace aguas en la cama.

¿Cómo puede ser que una pareja joven de "treinta y tantos", guapos, con trabajos con los que se sienten a gusto, que se quieren muchísimo, que comparten una filosofía de vida abierta, que llevan relativamente poco tiempo para estar ya aburridos el uno del otro; que comparten aficiones, que comparten amistades, que comparten todo lo relacionado con la economía del hogar, ¿cómo puede ser que tengan problemas en el campo de la erótica?

Esto podía entenderse en la generación de nuestros padres y madres que tenían una visión de la sexualidad más monolítica, represora, donde el sexo y todo lo relacionado con él era un problema. Pero después de la supuesta revolución sexual y con la gran expansión de todo lo relacionado con lo sexual, parece incomprensible que el sexo y la sexualidad sean hoy más confusos que entonces. Se nos alienta para tener una vida sexual activa, nos exhortan a disfrutar con el sexo, con los masajes, a sentirnos a gusto con nuestro propio cuerpo, a tener ideas liberales sobre la sexualidad de los niños, de los ancianos, de las personas con diferentes discapacidades... Y, sin embargo, *esas posibilidades que podrían ser muy válidas conllevan una especie de tensión.* Podemos sentir al mismo tiempo que ponemos demasiado énfasis en esto del sexo como que no lo consideramos lo suficiente.

Pero, obviamente, lo que sentimos y pensamos de nuestros cuerpo y de nuestra sexualidad depende de cómo nos sintamos y construyamos nuestro sexo, nuestro ser mujer. Esta toma de conciencia nos ayudará a construir desde nuestro cuerpo, desde

nuestro deseo, nuestro ser mujer, cimentándolo para luego poder encontrar nuestras diversidades, matices, variabilidades... que nos lleven al encuentro con el otro sin miedo a jugar con otras reglas, con otros colores.

Solamente desde la seguridad de ser una misma podemos arriesgar y mezclarnos, enriquecernos, reaprendernos, enseñarnos...

Quiero hacer hincapié en cómo la interiorización de una norma que parece funcionar en lo público incide en el deseo de la mujer y en la interacción erótica de la pareja. Por supuesto que al trabajar el tema del deseo habría que indagar otras variables que facilitan la problemática de pareja, como son las biografías personales de cada cual, aspectos que los ayudan a crecer y otros que dificultan el proceso de enriquecimiento, los juegos conscientes e inconscientes en los que se meten, las dinámicas adaptativas y complementarias, los límites y un largo etc. en el cual no me voy a entrar porque no ha lugar, pero que, de hecho, son parte del proceso terapéutico.

Retomando el hilo, la pregunta que hemos de hacernos es: *¿Qué queremos las mujeres?* Y aún otras como: ¿con qué nos sentimos cómodas?, ¿qué nos queremos *poner*?

En primera persona, *¿qué deseo?*

¿Cuántas veces nos hemos hecho estas preguntas? Y ¿cuántas veces, al no coincidir con la respuesta estándar, hemos creído que no deseábamos?

El tema del *deseo en femenino* nos lleva ya al campo del *encuentro/desencuentro erótico entre los sexos*. Para esto vamos a retomar la pregunta del caso de los treintañeros.

¿Cómo puede ser que una pareja joven de *treinta y tantos,* guapos -él es atento, sensible, dispuesto; ella es decidida, fuerte y segura de sí misma-, con trabajos que les gustan, que se quieren muchísimo, que comparten una filosofía de vida abierta, que llevan relativamente poco tiempo para ya estar aburridos el uno del otro, que comparten aficiones, que comparten amistades, que comparten todo lo relacionado con la economía del hogar, ¿cómo puede ser que tengan problemas en el campo de la erótica? ¿cómo puede ser que ella no tenga deseo sexual, si lo tienen todo?

Para contestar a esta pregunta centrándonos en el tema, hemos de tener en cuenta que en este encuentro se realizan dos recorridos, uno interior y otro exterior, uno de encuentro consigo misma y otro de encuentro con el otro.

En el primer recorrido la clave es *arriesgar(se) a mirar(se)*:

El deseo no es algo que sucede en mi cuerpo sin ninguna voluntad por mi parte, porque los astros se han juntado; y tampoco es, haciendo un símil con la musa fuente de inspiración de los escritores, algo que aparece cuando menos lo espero. Así como lo escritores para crear han de tener una disciplina y han de pasar horas delante de un papel en blanco preguntándose, nosotras también necesitamos tiempo para preguntarnos por nuestro deseo, y luego trabajarlo para que aflore.

Para llevar a cabo este trabajo es necesario:

1º. Dejar de huir hacia delante y detenerse: hay que crear espacios y tiempos -últimamente la manera de asegurarse esto parece ser la prescripción falcultativa.

2º. Abrir el armario y quitar algunos de aquellos trajes que tenemos para ir a trabajar, desnudarnos.

3º. Contemplar nuestra desnudez y quedarnos en nuestro cuerpo, pues éste va a ser nuestro instrumento y campo de trabajo, nuestro espejo. Tenemos que acercarnos a él, escuchar lo que nos dice, lo que siente, lo que teme, lo que le avergüenza, lo que le excita, lo que le alegra, lo que lo culpabiliza...

Al hacer este primer recorrido con la mujer, me encuentro con los siguientes caminos:

Encontrar tiempo y espacio es realmente difícil; detenernos nos hace sentir no productivos, nos hace sentir mal con nosotras mismas.

Vaciar el armario no es nada fácil, ya que hay muchos trajes que para el trabajo nos van muy bien, aunque para casa no terminen de quedarnos bien, y sin ellos, desnudos, nos sentimos frágiles, vulnerables.

Bucear en el deseo, en el cuerpo, tiene su dificultad. Nos enseñan a encontrar lo que se nos presupone, pero no a buscar, a indagar, a experimentar.

Cuando la mujer empieza a dejarse llevar y va reencontrándose con su deseo:

Siente que está cansada, siente un gran peso, siente que no llega, que no quiere ser la *superwoman* del S. XXI, que sus pudores son parte de sus olores y los quiere recuperar; siente que no quiere ser como una compresa blanca, higiénica, "como si nada" que no le recuerde que es mujer ensangrentada; siente que no quiere que se espere de ella que tome la iniciativa, que no quiere ir en busca del orgasmo perdido, que no quiere hablar de su deseo como si fuera el menú del día, que no quiere dar lecciones sobre cómo la tienen que masturbar; siente que quiere dejarse hacer, que quiere que la averigüen, que la busquen; siente que quiere un alguien a su lado que sepa hacer, que lleve las riendas, siente que no quiere que le dejen salirse siempre con la suya...

En el segundo recorrido la clave es el encuentro

En este viaje no hemos de olvidar lo aprendido en el anterior.

1º. Poder de nuevo encontrar esos tiempos y esos espacios de encuentro con el otro, con quien a menudo convivimos y presuponemos que vemos (trampas visuales en las que frecuentemente caemos).

2º. Quitar la ropa y desnudarnos frente a ese otro. No tengamos miedo, o lancémonos con los miedos; ese otro también tiene y usa trajes que le resultan incómodos y que pueden estar ocultando quién es realmente o quién desea ser.

3º. Jugar con el deseo y crear un escenario diferente desde este re-descubrimiento del cuerpo. Sabemos que, a menudo, parte de la dinámica del deseo tiene que ver con no decir exactamente lo que se desea, especialmente en nosotras, pero ¿cómo va a saber y hacer el otro sin yo decir?

Partiendo del deseo de una misma, yendo a buscarlo en el encuentro con el otro, nos ha llegado la hora de crear nuevos lenguajes de encuentro, un lenguaje de complicidades en el cual nos pudiéramos sentir cómodos, quizás poniendo nombre a lo indecible y callando lo decible.

Uno y otro viaje van entrelazados, pues uno aprende de sí mismo desde sí y desde el otro; tan sólo hemos de ir poniendo nombre a lo que encontramos, mirar lo que vemos, escuchar lo que oímos, saborear lo que comemos, acariciar lo que tocamos, olisquear lo que olemos...

Quitémonos la ropa y desnudémonos. En nuestra vulnerabilidad nos encontraremos con el otro; que no se nos olvide que es tan vulnerable como una misma.

V El hombre "en"[1] la discapacidad física (Caracteres sexuales terciarios)

Silberio Sáez Sesma[2]*. Psicólogo-Sexólogo*
Instituto de Sexología AMALTEA (Zaragoza)

Hace muchos años, incluso décadas, que ningún sexólogo, psicólogo, médico o profesional de las ciencias afines habla de caracteres sexuales terciarios. Nosotros vamos a partir de ellos para nuestra argumentación. Entendemos también, que, en los tiempos que corren, hablar del hombre como valor e ir en contra de la igualdad es otra de nuestras osadías; pero la ciencia no está para "contentar" expectativas, sino para ofrecer respuestas "ciertas" a nuestras preguntas e inquietudes humanas.

Cuestiones previas

Nuestra idea al elaborar estas líneas no es articular un recuento de contenidos coherente y pormenorizado, sino ofrecer un referente científico sobre el que situar la construcción del hombre (e inevitablemente de la mujer) y proponer algunas líneas de reflexión para una nueva "percepción de la realidad sexuada" de los sujetos.

Analicemos, pues, al hombre (y por ende a la mujer) desde otro modelo, el sexológico.

Punto de partida

Va siendo hora de que, ateniéndonos a la etimología de las palabras -Sexo viene de *Sexare,* separar. Ejemplo: sección-, la Sexología comience a ser lo que realmente indica su nombre: "Logía" del Sexo. Es decir, ciencia cuyo objeto de estudio es el sexo. La diferencia, por tanto; los hombres y las mujeres.

1 El matiz de "en" y no "con" puede parecer excesivo, pero nos referimos al hombre, en tanto sexo, en general; más que al individuo "con" discapacidad. Lo relevante es cómo afecta de forma diferencial esa discapacidad al hombre; y, por tanto, diferencialmente en relación a la mujer.

2 Puede dirigirse correspondencia al autor en las siguientes direcciones: Silberio Sáez. Instituto de Sexología AMALTEA. Pª Sagasta 47, 2º E. Zaragoza 50.007. E-Mail: amaltea@institutoamaltea.com

Se trataría de entender el sexo como aquello que "separa" y "distingue", con dos resultados: hombre y mujer.

Y la Sexología sería la "logía" que tiene por objeto este "sexo". Obvio; pero evidente.

Lejos de cegarnos en la igualdad, haremos de la "diferencia" nuestro punto de entrada, "el ojo con el que otear el horizonte". Es decir, ver aquello y en qué distingue y, por lo tanto, diferencia al hombre de la mujer.

Dado que la Sexología[3] es la ciencia que estudia el sexo (mejor dicho los sexos), este Hecho Sexual Humano se articula en tres registros[4].

Variables sexuales

Hay una doble expresión de lo sexual (que en ocasiones ha llevado a dos planteamientos): planteamiento dimórfico (dos formas) y planteamiento de intersexualidad[5] (grado). Tan valioso es el uno como el otro, aún cuando el primero[6] pueda parecer más contundente. Sin embargo, el segundo es más habitual de lo que pensamos y, probablemente, contenga muchas más claves explicativas de las que creamos.

Los cromosomas (XX o XY), las gónadas (ovario o testículo), los genitales internos y externos (vulva o pene) y la identidad sexual (soy un hombre o soy una mujer) encajan bien en un modelo dimórfico. Sin embargo, el nivel cerebral y neuronal, el hormonal, comportamental, estatura, peso, rol... aceptan mal cualquier plantea-

3 Entenderemos este planeamiento desde el "nuevo paradigma" frente al anterior paradigma del "locus genitalis". AMEZÚA, E. (1999), Teoría de los sexos. La letra pequeña de la sexología, *Revista Española de Sexología*, nº 95-96, Madrid.

4 Para encontrar con más pormenor está cuestión remitimos a una publicación de ámbito juvenil: SÁEZ SESMA, S. (2002) El Hecho Sexual Humano, (Ponencia Marco), en "Jóvenes y Sexualidad: Algunas situaciones de exclusión", C.J.E., Madrid.

5 Fue Magnus Hirschfeld quien planteó a principios del s. XX la teoría de la intersexualidad. *"... entiende al hombre y a la mujer completos como ideales entre los que se situarán hombres y mujeres reales a lo largo de un continuo..."*. Ver LLORCA A. (1996). "La teoría de intersexualidad de Magnus Hirschfeld: los estadios intersexuales intermedios". *Anuario de Sexología nº 2*, AEPS, Valladolid.

6 Protagonista único del antiguo paradigma del "locus genitalis".

miento dimórfico y no por ello dejan de ser "variables claramente sexuales".La intersexualidad, a diferencia de lo dimórfico, hace referencia a un sexo que se va haciendo en un continuo cuyos polos son dos representaciones (teóricas y "extremas"), de tal forma que el sujeto es un punto, un grado dentro de un continuo. No en el mismo punto que el resto, sino en el mismo continuo que los otros.

Lógica de sexuación

La sexuación es el proceso que acaba dando resultados sexuados. En toda esta sucesión de niveles que se van sexuando, se repite una lógica de forma reiterada. Cada uno de los procesos pasa a formar parte del proceso global de sexuación (con resultados sexuados); pero no por ello dejan de tener un resultado parcial, también sexuado.

En todos estos procesos se repiten así mismo unos pasos "similares": una estructura potencialmente sexuable, un agente sexuante y un resultado sexuado (dimórfico o intersexual).

Y sería conveniente matizar que no estamos hablando sólo de cuestiones biológicas (cayendo en la trampa de separar lo bio-psico-social), sino que llevamos este esquema a todos los fenómenos que conforman la evolución sexual del sujeto.

Que los agentes sexuantes sean a veces genes u hormonas, no querrá decir que en otras ocasiones esos agentes puedan ser expectativas sociales, por ejemplo. Y en el caso del hombre, todos estos agentes pueden ser denominados "andrógenos" y en el caso de la mujer "ginógenos".

Toda esta lógica de sexuación tiene además unas particularidades que se repetirán de forma reiterada.

- Partiendo de la lógica de sexuación -estructura potencialmente sexuable, agente sexuante y resultado sexuado, que se repite de forma reiterada-, constataremos que, una vez producida la sexuación, la influencia del agente sexuante ya no es tan determinante. Habrá por tanto momentos críticos.

- El sexo por "defecto" es claramente femenino. La evolución en femenino no requiere de intervenciones específicas, sino que la podríamos llamar el desarro-

llo sexual “natural”. Esto se pone de manifiesto en estados intersexuales varios. La estructura original es, pues, “protofemenina”.

- El sexo masculino requiere de un factor inhibidor de los ginógenos y de unos andrógenos de potente acción. Por un lado hay que bloquear el desarrollo “natural" en femenino y, por otro, estimular de forma activa el desarrollo en sentido masculino.

La identidad sexual y la sexación

De la sucesión y concatenación de todos los niveles de sexuación, llegaremos (no en el sentido de meta, sino siguiendo el proceso) a una identidad sexual, cuyo contenido irá cambiando en sus matices definitorios o aspectos significativos (del nacimiento a la vejez el “contenido”irá transformándose claramente), pero que permanecerá invariable en un resultado: soy hombre o soy mujer.

Se produce un ejercicio de reducción o “redondeo” a solo una de dos posibilidades.

La *sexación*[7], aunque volveremos sobre ella, hace referencia al etiquetado sexual que se hace en el sentido personal y social. Yo mismo me etiqueto y etiqueto a los demás como hombre o mujer. Se trata de un elemento clave para poder construir la identidad sexual (cuyo contenido es más amplio que el mero “etiquetado”, pero imposible de realizar sin él).

Así pues, la “Sexuación” es un proceso (siempre en marcha, aunque siempre con un “resultado”) y la *“Sexación”* es el etiquetado; forma parte de los procesos de Sexuación. Y, aunque aquélla es un elemento de ésta, ésta no es posible sin aquélla.

Como en todo, habrá ocasiones en que todo guarde una determinada coherencia (la sexación propia coincide con la *sexación* social) y otras veces en las que no (la transexualidad, por ejemplo, nos pone ante esa tesitura).

[7]Aunque parezca que forzamos el lenguaje; la sexación como tal tiene un significado contundente. Existe la profesión del “sexador de pollos”, que como tal se ocupa de “separar, distinguir, diferenciar...” a los pollos (seguramente irán destinados a las carnicerías) de las pollas (que a lo mejor tienen más suerte -aunque esto siempre es discutible- y sobrevivan poniendo huevos).

Los caracteres sexuales terciarios

Ya hemos dicho más arriba que las variables sexuales no siempre son dimórficas, sino que en ocasiones sólo pueden ser explicadas con un enfoque intersexual.

Observemos por ejemplo el "vello corporal". Queda claro que habrá mujeres más cercanas al polo del hombre y viceversa; y que a veces la distancia entre un hombre y una mujer será menor que entre dos personas del mismo sexo; pero no por ello el vello corporal deja de ser una variable que discrimina y "diferencia" a hombres de mujeres.

Hasta aquí no creo que estemos diciendo nada especialmente novedoso. Ya que los caracteres sexuales primarios y secundarios tienen unos referentes en lo biológico. Pero a partir de aquí empieza nuestra gran "apuesta": la lógica de la sexuación la compartirán todos los "niveles", a pesar de que su naturaleza sea también "psico" o "socio".

Demos entrada, por tanto, a los caracteres sexuales terciarios para explicar una realidad del sexo de los sujetos.

En la construcción del sexo no sólo son determinantes las cuestiones puramente biológicas, también hay continúas (e inevitables) influencias de roles, este-reotipos, expectativas sociales, criterios educativos...

Lo primero (hormonas, neuronas, genitales) son claramente sexo, desde cualquier enfoque. Sin embargo, lo segundo (estereotipos, roles, "patrones") no suele ser tenido tan claramente por "sexo" (gusta más género).

El motivo puede ser que "él cómo se articula esto segundo (estereotipos, roles, patrones...) en cada sujeto", pues da resultados muy diversos, que acaban haciendo personas demasiado diferentes unas de otras.

Sin embargo, también los caracteres sexuales secundarios son diferentes de unos sujetos a otros (a veces hasta se solapan de uno a otro sexo). A pesar de ello, estamos científicamente de acuerdo en que los "caracteres sexuales secundarios" son sexo.

Si empezamos a llamar a las influencias culturales, criterios educativos, roles y expectativas, patrones de conducta... caracteres sexuales terciarios, tal vez podamos empezar a entender la sexuación con una lógica coherente; independientemente de que *"aquello que se esté sexuando"* (estructuras potencialmente sexuables), *"aquello que esté sexuando"* (andrógenos o ginógenos) y *"aquello qué finalice sexuado"* tengan una mayor significación en lo "bio", lo "psico" o lo "socio".

Toda sociedad tiene unos andrógenos (agentes sexuantes tendentes a "andrizar") que llegan y ejercen su acción en los sujetos (lo mismo podemos aplicar al caso de la mujer con ginógenos y agentes "ginizantes").

Hay un temor absoluto a investigar lo "socio-cultural" y hallar diferencias. Es más, el hecho de plantearlo, *"buscar" en lugar de "evitar" la diferencia*, agobia (pero esto son más cuestiones ideológicas que científicas).

Tenemos la impresión (y como tal, es sólo una impresión) de que existe cierta "unanimidad" en la expectativa social de cara al sexo (qué se espera de un hombre o de una mujer). Aún cuando esto cambie de unas épocas a otras y de unas generaciones a otras, pero "intuimos" que existe un cierto hilo conductor. Que cada sujeto se coloca de forma distinta en este continuo (intersexual) de cada *carácter sexual terciario* queda claro, mas no por ello dejarán de discriminar a hombres de mujeres. Cada cultura (por muy igualitaria o variada que sea) tiene unas líneas de expectativa que son percibidas (implícita o explícitamente) por el sujeto y éste se adecua (como quiere -en realidad, como puede-) a esas expectativas.

Ser hombre no es sólo etiquetarse y ser etiquetado como tal, *es también una tendencia* (carácter sexual terciario) *a actuar de una determinada manera* (patrón de conducta)[8].

Tras una intensa revisión bibliográfica (sobre todo de las aportaciones recientes), somos conscientes de que buscar con el criterio "diferencia" (sin la intención previa de evitarla) genera suspicacias. Pero esto es más una cuestión ideológica que cien-

8 El que eso sea cuestión exhibible o rechazable, forma parte de la misma dinámica en la que están algunos caracteres secundarios Si quieren hacemos un ejercicio con bolsitas de complementos. El resultado será válido para discriminar el sexo (en función de la cantidad de complementos que contenga cada una: más mujer, menos hombre), incluso a nivel transcultural.

tífica. Incluso el continuo desengaño que desde las corrientes igualitarias se tiene, ante la evidencia de lo "no-conseguido", no supondrá para nosotros "desilusión" alguna, sino justamente, el centro de nuestra mirada.

La etapa adulta y la discapacidad física

Hasta aquí hemos expuesto un esfuerzo por encuadrar epistemológicamente con sentido sexológico la doble realidad de ser y hacerse hombre y mujer.

A partir de aquí podríamos comenzar a explicar (esbozar) cómo va sucediendo en orden cronológico esta sexuación. Podríamos hablar de forma relevante de los procesos prenatales de sexuación, de los procesos neonatales (asignación de sexo), de la evolución sexuada de la infancia (conductas de los padres, entorno social y contacto con grupo de iguales, otros comportamientos asociados al sexo...), de la adolescencia (pubertad en tanto sexuación corporal, desarrollo intelectual y social sexuado, la orientación sexual del deseo, el autoconcepto, los sentimientos y conductas eróticas, intimidad intragrupo, prioridades de pareja, etc.).

Pero daremos un salto, dado que va más allá de las intenciones de este texto[9], para ir directamente a la etapa adulta y centrarnos en los matices que pueden suponer al varón la discapacidad física.

Tampoco estará de más matizar, que no toda la evolución del sujeto es "sexuada" (es decir, con resultados siempre "diferenciales para hombres y mujeres"). Explicamos aquello que creemos que "sí lo es".

La etapa adulta

Ámbito íntimo

Algunos autores hablan de los cambios en la "adecuación" o "inadecuación" al estereotipo sexual en la medida en que se evoluciona (independientemente de la edad) por cuatro fases bien diferenciadas en transiciones vitales importantes: coha-

9 Para ampliar información: SÁEZ SESMA, S, (2003): "La identidad de los sexos, del hombre y la mujer. Un enfoque sexológico", Documentación Interna, Incisex, Madrid.

bitación, matrimonio[10], espera del primer hijo y maternidad-paternidad. Los autores predijeron[11] (desearon, diríamos nosotros) una evolución hacia una personalidad más andrógina[12], pero sucedió todo lo contrario.

- En cohabitación: varones y mujeres otorgaron puntuaciones bajas a las características consideradas como femeninas al describirse a sí mismos (por ejemplo, fidelidad, compasión, sensibilidad...).

- En el matrimonio, ambos dieron puntuaciones más altas a estas cualidades.

- Llegada del primer hijo: situación ambivalente. Las mujeres reclamaban atención y, al mismo tiempo, se sentían autosuficientes. Los varones experimentaban un sentimiento de exclusión, a la par que les preocupaba más garantizar seguridad a la esposa y al futuro hijo. En esta situación ambos reconocieron que aparecían tendencias masculinas y femeninas más fuertes que en los casados que no esperaban hijos[13].

Parece que al convertirse en padres y madres es cuando los varones y mujeres muestran comportamientos más ligados a los roles sexuales tradicionales. "Poco después de nacido su primer hijo, los varones empezaron a centrarse más en los aspectos económicos y a adoptar un *status* de poder y dominio más elevado, mientras sus mujeres, más dedicadas al hogar y a sus hijos, se volvieron más dependientes".

---

10 Nosotros podríamos hablar de "convivencia" (independientemente de que sean matrimonio o parejas de hecho); pero respetamos la denominación que el autor hace en su estudio. Abrahams *et al.* (1978) "Sex role, self-concept and sex role attitudes: Enduring personality characteristics or adaptations to changing life situations", *Developmental Psychology*, 14, 393-400.

11 Es curioso cómo, en casi todas las investigaciones de género, hay un "tufillo" indisimulado acerca de la respuesta deseada. Actitud absolutamente discutible en el plano metodológico previo a cualquier estudio. En ocasiones me veo recogiendo "conclusiones a regañadientes" de sus propios autores.

12 Pedimos disculpas si resulta obvio o reiterado para el lector; pero no es lo mismo "andrógeno" (hacia "andros", hombre) que "andrógino" (de "andros", hombre y de "gino", mujer). Sólo hay una letra de diferencia; ¡pero qué diferencia!

13 Más adelante expondremos cómo la aparición de un hijo es un agente sexuante, que ejerce su acción y acaba dando un resultado sexuado y, por tanto, "resultados" diferentes en hombres y mujeres. Algo que no sucede antes de tener el hijo, dado que el agente sexuante no ha ejercido su acción sobre la estructura indiferenciada. Creemos que se repite lo que venimos denominado como "lógica de sexuación".

No estaría de más detenernos mínimamente en este aspecto. La discapacidad física, en función de su magnitud, sitúa al varón ante una clara "pérdida" de sus señas de identidad[14]. En ocasiones, el varón pierde su *rol* de "sostén" económico de la familia, lo que conllevará sin duda una re-adaptación nada despreciable de su propio autoconcepto de varón. No desmerecemos que en la mujer esta situación no genere ningún tipo de dificultad, simplemente apuntamos que el papel de "sostén económico" se halla más interiorizado en la identidad masculina que en la femenina ("más" en uno, no quiere decir "nada" en otro)

Somos conscientes de que entramos en un terreno pantanoso, donde a veces se confunde lo que "vemos" con lo "que queremos ver"; donde se entienden los resultados diferenciales como el fruto de mecanismos "injustos" que serían resueltos resolviendo esos "mecanismos". Pero todo esto nos adentra en la elucubración de "cómo podría ser un mundo social diferente", "más justo", "sin diferencias"... Sinceramente, desearíamos que el lector hiciese un esfuerzo de autovigilancia, como ejercicio científico, para no estar "predispuesto en negativo" (tal como avisábamos al principio del texto, pero seguramente hemos llegado a la parte más "antipática", así que pedimos de nuevo ese talante).

En la etapa adulta es cuando el hombre y la mujer deben responder a lo que la sociedad espera de ellos. Es en este momento cuando el hombre y la mujer deben ser **más hombres y mujeres que nunca**, ante la mirada de todo cuanto los rodea. Están obligados a ser hombres y mujeres responsables frente a la presión social. Los atributos que tiene que cumplir el estereotipo de adulto (independientemente, en este caso del sexo): racionalidad, rendimiento y responsabilidad, son el "visado" para insertarse en el mundo social.

Con esta acentuación de los roles sexuales establecidos, las diferencias y desigualdades sociales entre el hombre y la mujer se hacen más claras. Es el ámbito familiar, y sobre todo la aparición y crianza de los hijos (tal como expusimos arriba), lo que más acentúa lo que es propio de hombres y mujeres (poniendo de manifiesto, en ocasiones, la desventaja de la mujer).

14 No conviene olvidar que estamos hablando en general del hombre; y que las realidades biográficas, intersexuales, nos hablan de varones irrepetibles; pero nosotros nos situamos en la "tendencia general" masculina.

Y, si tenemos en cuenta que una discapacidad física puede situar al hombre (y a la mujer) ante la imposibilidad de ejercer de forma "adecuada" la expectativa asociada al sexo (insoslayable, por otro lado), la propia "autosexación" del varón se verá inevitablemente afectada. Dado que la realidad más inmediata le impone unas limitaciones para "desarrollar de forma adecuada" su propia realidad de hombre. Es además ahora, en la etapa adulta, cuando más se requiere esta puesta en escena y será, por tanto, ahora cuando más se eche en falta su posibilidad (ya sea en lo referido a la autosexación o a la sexación social).

En todos los textos que hablan de la "maculinidad" aparece como rasgo más acentuado (no por ello inexistente en la mujer, no nos cansaremos de matizar) la "independencia" y la "autonomía". La discapacidad física obliga al varón a tomar conciencia absoluta de su pérdida.

En esta etapa hay, por tanto, una nueva toma de conciencia de lo que en esta sociedad significa ser hombre y mujer y hasta que punto coincide esto con la identidad que uno posee. Estos cambios exigen la ***redefinición de la identidad sexual.*** Si a esta situación, consustancial a la propia evolución del sujeto, añadimos circunstancias adicionales (y en ocasiones permanentes e irreversibles) que suponen una discapacidad física, esta redefinición, sobre todo en lo referido al varón, matizará, a su vez, de forma significativa esta otra "redefinición" de su identidad sexual.

Ámbito laboral

A nivel general constatamos la existencia de trabajos "masculinos" y "femeninos", y esto nos pone ante la evidencia de unas jerarquías de prestigio. Los trabajos masculinos son más considerados que los femeninos y dan más dinero.

Así mismo, dentro de un mismo ámbito laboral, las mujeres suelen desempeñar los cargos de rango inferior en la jerarquía profesional.

Más allá de diferencias y desigualdades a "corregir" en el plano social, en la realidad biográfica del varón con discapacidad física nos podemos encontrar con una perdida de su "*rol* de mantenimiento familiar". Si los trabajos masculinos poseen un mayor *status* (más allá de la valoración de su justicia o no), su pérdida supondrá sin duda una "pérdida de mayor magnitud". Sería interesante no perder esto de vista a la hora de "entender" qué suponen para el varón determinadas limitaciones en su vida, que en ocasiones se producen de forma brusca.

Ámbito erótico y afectivo

En cuanto a la evolución de la erótica[15], en esta etapa es la pareja el principal (no el único) ámbito de expresión. Ahora las generalidades son difíciles y la expresión y vivencia erótica dependerán de la propia historia del sujeto, sus actitudes hacia la sexualidad, anticoncepción, sincronía con la pareja, etc...

Parece que en los últimos tiempos la información sexual para los adultos ha aumentado, hay disposición de métodos anticonceptivos, hay posibilidades de terapia sexual y de pareja[16], etc., aunque esto no garantiza la felicidad sexual de la pareja, al menos es un paso adelante.

Parecen existir algunas ***tendencias*** generales (no normas universales) en la vida sexual de las parejas:

- A medida que pasan los años de vida en pareja la actividad sexual va disminuyendo.

- El afecto y la comunicación son cada vez más decisivos.

Reedy, Birren y Schaie (1981) estudiaron la evolución de seis componentes en las parejas sexuales: Seguridad emocional, Respeto, Comunicación, Conducta de Ayuda y Juego, Intimidad sexual y Fidelidad.

El orden de valoración de estos componentes permanece estable a lo largo de la vida de la pareja. Lo más valorado es la Estabilidad Emocional. Con la edad, la valoración de la Seguridad Emocional y la Fidelidad aumentan, disminuyen la Comunicación y la Intimidad sexual.

---

15 Nos referimos sobre todo a su expresión "relacional" y "objtetivable en conductas" (amatoria).

16 Es curioso, como teniendo claro que sexo (de "sexare", separar) es ser hombre y mujer; la distinción, por ejemplo, entre terapia sexual y de pareja, se torna paradójica. Una pareja se articula tomando como clave el sexo de sus componentes (si son iguales pareja homosexual, si es distinto pareja heterosexual); por tanto la, mal llamada, terapia de pareja no puede (aunque quisiera) dejar de ser terapia sexual, dado que el sexo es el foco que marca la esencia de esa relación. Que las dificultades se den en el plano erótico o en otro nivel, es otro cantar; pero nunca podrá dejar de ser sexual.

Las parejas jóvenes dan más importancia a las relaciones eróticas (¿tal vez excesiva?). Si éstas no van bien, se resiente todo el sistema de relaciones de la pareja. Y éstas suponen muchas veces el reflejo de su funcionamiento general.

Convendría introducir ya el matiz que supondrá la "edad" en la que acontece la discapacidad física. Si esta dificulta el contacto erótico (sobre todo genital) será vivido con distinta intensidad en función de la edad del sujeto. Será, por tanto, necesario no perder de vista este matiz a la hora de entender los propios procesos de "adaptación" a las nuevas circunstancias.

Además, parece existir distinta valoración de la sexualidad por parte del hombre y por parte de la mujer. Éste parece darle más importancia. Asimismo, los hombres están más centrados y dan más importancia al coito que las mujeres.

Dado que estamos hablando de hombre, si la discapacidad física, dificulta (o incluso imposibilita) la actividad genital-coital, afectará en mayor medida a la concepción masculina de lo que puede suponer una "erótica adecuada".

Otro tema aparte son los solteros. Se ven obligados a cambiar de pareja con más frecuencia, lo que crea en muchos casos situaciones de inestabilidad emocional. Su sexualidad es aún más variable que la de los adultos casados. Si a la soltería añadimos la discapacidad física, estaremos hablando de factores que sin duda influirán en las posibilidades eróticas del sujeto.

Como último matiz, no nos olvidamos de las consecuencias que la discapacidad pueden acarrear al autoconcepto del *rol* de "padre". Si como hemos apuntado la capacidad de mantenimiento familiar, la independencia y la autonomía eran algunos de los matices definitorios de la identidad masculina, éstos se concretan en el *rol* de padre. La nueva situación obligará a la construcción de una nueva figura de padre "valioso", sin poder contar en ocasiones con algunos de los principales "atributos" de la identidad masculina.

Algunas consecuencias

La igualdad como algo deseable ha quebrado la estructura misma de la lógica sexual. Cualquier sentimiento de particularidad sexual (reconocimiento de mis caracteres sexuales) ha sido tenido por irrelevante y, en el caso de los caracteres

sexuales terciarios, como indeseables (cuando no "inestudiables", "inanalizables", y otros muchos "in"). Y es ésta la paradoja en la que el hombre se ha perdido en tanto concepto (lo que la mujer consiguió a mitad del s. XIX el hombre lo ha perdido entrando en el s. XXI)[17]. Dado que, de negar alguno de los dos sexos, se ha negado el masculino (el opresor frente al oprimido).

Uno de los sexos, el femenino (o, mejor dicho, algún feminismo), ha instaurado la diferencia como indeseable, y cualquier sentimiento íntimo de "sexo varón" se vive con culpa, a lo sumo como un mal menor. En el fondo, es una manera como otra cualquiera de "vengarse" del opresor. Dado que no puedo utilizar su dinámica (estaría siendo tan ruin como él), agredo a "lo diferente"; la coartada será la "diferencia no existe" o si existe es irrelevante o indeseable. Peligroso camino.

De todos modos, no deja de resultar curioso cómo a nivel sexológico se plantea el estudio diferencial entre hombre y mujer. Y, en contraposición a cómo se podría interpretar hoy, uno de los objetivos (ya histórico) era situar a la mujer en el mismo plano de reflexión que el hombre.

Paul Möbius, psiquiatra alemán, escribe en 1901 la obra "Sobre la imbecilidad fisiológica de la mujer". El texto de Möbius será rápidamente contestado: Vaerting, Voitglander (autores que defenderán la diferencia, no es una cuestión cuantitativa, pero sí en el modo de expresarse).

Las airadas reacciones ante la obra de Paul Möbius, a principio de siglo desde la *sexología* naciente (intersexualidad de Hirschfeld), ponen de manifiesto cómo la "diferencia" buscaba objetivos de emancipación que ahora, un siglo después, sólo parecen defendibles desde la "igualdad".

La ausencia del hombre, y ésta es la situación actual (por ahí parecen ir las aportaciones recientes), es la negativa a participar de una lógica que de entrada lo niega como realidad diferencial. Más aún, una lógica que entiende esa realidad diferencial (tozudamente percibida aunque sólo sea a nivel íntimo o implícito) como algo negativo, nunca como un valor. El objetivo será, pues, no expresarse como hombre, sino

17 Viola Klein sitúa en la segunda mitad del siglo XIX el momento de aparición de la mujer como objeto de estudio científico. KLEIN, V. (1985). *El carácter femenino.* Paidós, Barcelona.

como persona; y en la medida en que se hace denota pérdida de nivel, afán discriminatorio, escasa evolución, etc...

Y volvamos a los caracteres sexuales. Los primarios y secundarios son "disculpables" dentro de la lógica de la igualdad; al fin y al cabo se supone que el control sobre ellos es más limitado (como mucho podremos exhibirlos u ocultarlos en función de los intereses); sin embargo, y es ahí donde ha caído la artillería pesada, los caracteres sexuales terciarios deben ser extinguidos. No hay comportamiento de hombres o mujeres. Hay comportamientos asexuados. En caso de ser sexuados, es el propio sujeto el que los controla y por tanto su voluntad y su responsabilidad son directas. El objetivo es, pues, ejercer un control destinado a actuar sin expresar sus caracteres sexuales terciarios (aunque en realidad no podamos; a pesar de no tener conciencia de cuáles son).

Pero tan preocupante es un estereotipo rígido (una carácter sexual terciario extremo, negando el otro polo) como un vacío de identidad o una negación de la misma por "vergüenza social". Y ahí está la razón de la ausencia del hombre: no podemos abdicar de ser hombres (aunque sería lo deseable, no podemos). El sexo es insoslayable con todas sus implicaciones. Y no crean que hago un discurso victimista para ser "comprendido" en el plano afectivo.

Sólo con un sentido de identidad claro, "hombre" (cierto orgullo biográfico), se podrán asumir los caracteres sexuales terciarios sin temor a lo que éstos puedan implicar. De ahí la necesidad (¿educativa?) de tener identidades sexuales atrayentes para el propio sujeto.

Si esto subyace a la realidad de los sujetos, pero no es asumido de forma explícita, supongamos lo que puede suponer en un varón con discapacidad física y sus consecuencias. Es varón y como tal su discapacidad le obligará a reelaborar su identidad diferencial de varón; pero si en el plano general, plantear esta diferencia supone una "osadía", *¿cómo admitir el sufrimiento o las inquietudes ante la pérdida o el déficit en "algo" que parece no existir* (o al menos que no "debe" existir) en el plano social, pero que sí existe de forma insoslayable en el personal?.

La trampa está en que el hombre con discapacidad puede sentir que ha "perdido" algo de su identidad, pero ni siquiera se puede reflexionar o explicitar, dado que

hacerlo supondría negar la igualdad; sin embargo es hombre, pese a quien pese y a pesar de cualquier discapacidad. Lo políticamente correcto agrava sobremanera la reelaboración de la identidad sexual a los varones con discapacidad física.

Tras alguna que otra lectura, me temo que la masculinidad cuestionada no es realmente la masculinidad. No se plantea su identidad de varón en el sentido sexual. Esto lo hace la mujer (que se define y reflexiona sobre su identidad), que se revela contra lo que no es y, por reacción natural, denomina masculino. Pero esto no es la identidad sexual del hombre, sino la percepción desde la mujer de la "supuesta identidad sexual del hombre". Desde este enfoque, la masculinidad es el problema. Y, como decíamos más arriba, una cosa son los problemas y otra bien distinta los valores.

La diferencia y el encuentro son la clave de la cuestión sexual. La igualdad pretende (sólo como propuesta deseable) allanar un terreno inevitablemente accidentado.

Colofón

Tal vez de este texto se puede desprender las "dificultades sobreañadidas" que pueden suponer a los varones la discapacidad física, pero en modo alguno era ésa nuestra intención.

Lo que pretendemos es que, partiendo de la realidad sexuada de los sujetos, de la evolución de sus propios procesos de sexuación, que acaban dando unos resultados sexuados, no nos olvidemos que los hombres (con o sin discapacidad física) estamos sometidos a estos procesos.

Que no estaría de más proyectar programas de intervención teniendo en cuenta la realidad sexuada de los sujetos. La idea es ayudar, más que hacer especial énfasis en los déficits. Antes al contrario, indagar dónde se puede ver más afectado el hecho de ser hombre por la discapacidad física, para intervenir de forma explícita sobre ellos.

De no considerar la realidad sexuada, obviaremos lo que inevitablemente es necesario reelaborar para el propio sujeto. Y de nuevo aquí la *sexación* entrará en juego.

Proponemos programas de intervención específicos encaminados a mejorar *"la sexación propia"* y la *"sexación social"* del varón con discapacidad física. Es decir, se trataría de ayudar a construir modelos compatibles de varón ante las nuevas circunstancias.

Que los hombres con discapacidad (aunque suene políticamente incorrecto y tal vez a algunos les "piten los oídos") se sientan "suficientemente hombres" y el entorno social que los percibe los vea también como "suficientemente hombres". Las claves estarán, pues, en "recomponer, ayudar, reforzar" los procesos de sexuación para retomar una lógica que acabe dando resultados "suficientemente sexuados" (hombre, en este caso).

VI Sexualidad y minusvalías: precios, aprecios, desprecios y menosprecios sexuales

José Ramón Landarroitajauregi
Co-director del Centro de Atención
a la pareja "Biko Arloak" Bilbao

1. A modo de introducción

En primer lugar, quiero ofrecer tres pinceladas introductorias muy breves. También tres reflexiones provocadoras. Una sobre las trampas del lenguaje. Otra sobre los precios que nos ponemos y nos ponen. Y la última sobre dónde tenemos la minusvalía y dónde el sexo.

1.1 Trampas del lenguaje

Tendemos a creer que detrás de cada palabra que decimos hay alguna cosa: alguna realidad que corresponde con lo que la tal palabra nombra. Sin embargo, el lenguaje está lleno de miles de trampas que rompen cualquier continuidad entre lo nombrado y el nombre que lo designa. Tal ocurre con el término "persona con minusvalía física".

Desde luego -y esto quiero subrayarlo bien pronto y bien claro- no hay prácti-camente ningún elemento de comunalidad entre las personas definidas por esta categoría. Es cierto que pueden encontrarse, si se buscan, algunos rasgos comunes en su relación con este mundo imperfecto que hemos creado (por ejemplo su segregación laboral o sus dificultades de integración), pero desde luego no es posible encontrar ninguna comunalidad sexual. Por lo menos ninguna que les distinga del resto de los humanos que se tienen -o los tenemos- por "más válidos".

Es evidente que alguien que "camina" en silla de ruedas tiene particularidades (limitaciones, pero también posibilidades) diferentes que alguien que camina sobre dos piernas. Pero también un zurdo las tiene respecto de un diestro; un gordo, respecto de un flaco; un feo, respecto a un guapo; un salado, respecto a un soso; alguien con la voz nasal respecto a alguien con la voz gutural; un bizco, respecto a un miope; un tuerto, respecto a un tartamudo; un zambo, respecto a alguien con los pies patos; o un manco respecto a un cojo.

El asunto es que cada cual con sus limitaciones; pero también con sus recursos y habilidades, va por la vida y vive su sexualidad como mejor puede, sabe y quiere.

Y detrás de esta etiqueta "persona con minusvalía física" hay tantas diversidades sexuadas, sexuales y eróticas como las que encontraríamos si hubiésemos simplificado la etiqueta a su primer sustantivo.

Por cierto, otra trampa del lenguaje. En castellano usamos el mismo verbo (sentir) para referirnos a las sensaciones y a los sentimientos. Curiosamente el latín, que es el idioma original del cual el castellano procede, sí distinguía el verbo que hacía referencia a cada uno de éstos. En concreto diferenciaba entre *sensare y sentire*. Así, aunque parece que, por ejemplo, alguien con una lesión medular no siente determinadas partes de su cuerpo; sin embargo, sí las siente. Quizás no las "sense", pero las siente. Quiero decir que quizás no sienta sensaciones, pero sí siente sentimientos.

Muchas minusvalías físicas producen limitaciones o incompetencias sensoriales; pero -que yo sepa- no producen incompetencias sentimentales.

1.2. Alterando el precio de las cosas

Dice una frase muy socorrida "todo el mundo tiene un precio". No estoy muy seguro de ello (menos en el contexto que suele decirse; esto es, en relación a comprar y vender conciencias). Lo que sí afirmo es que todos (nos) merecemos un aprecio, sufrimos con el menosprecio y nos morimos (y también matamos) con las balas del desprecio.

Con frecuencia -otra trampa del lenguaje- confundimos precio con valor. Así que no solo ponemos precio apreciando o menospreciando; sino que también ponemos valor valorando, desvalorizando o minusvalorando.

Con frecuencia la minusvalía, como la minusvaloración o el menosprecio, no es sino una alteración del precio (o del valor) real de las personas. A menudo estas alteraciones perversas del mercado provienen de agentes externos. Pero, lo que es peor, a veces vienen de dentro. Con frecuencia desde tan dentro que son menosprecios intestinos de alguien que lucha contra sí mismo; sin que los demás participen ni para bien, ni para mal en esta guerra.

Así, un minusválido puede llegar a menospreciarse y a desvalorizarse tanto a sí mismo que se convierte -en su propio sistema de valor- en harapo depreciado y despreciable. Lo peor de esto es que, quien así actúa, suele lograrlo: alterar, a la baja, el valor (o el precio) real de sí mismo.

1.3. La silla ¿en el culo o en la cabeza?

Hay frases impactantes que a uno le impresionan de por vida marcándole con huella indeleble. Traigo aquí una de ellas. Corría el año 1990, cursaba yo en Salamanca el Doctorado en Sexología y daba mis primeros pasos profesionales como sexólogo. Impartíamos allí un curso sobre Sexualidad en el Centro de Rehabilitación de Minusválidos Físcos (CRMF). Era nuestra primera experiencia en este sector y teníamos la ilusión, el empeño, la entrega y la bisoñería de los principios. Fue entonces cuando escuché esta frase por vez primera en los labios de un chico con una lesión medular. Posteriormente -la misma frase con alguna pequeña variación- la he vuelto a escuchar en bastantes ocasiones y en diferentes lugares, pero siempre dentro del mundillo de las personas con lesiones medulares. Así que -supongo- es ya frase extendida y conocida. Decía aquel chico: "yo tengo la silla (de ruedas) en el culo; no en la cabeza".

Desde entonces me quedó meridianamente claro que no es lo mismo tener la silla de ruedas en el culo, que en la cabeza. Más aún que es muy mala suerte tener que llevarla bajo el culo, pero que aún es peor llevarla de por vida dentro de la cabeza. Nos va muy diferente en la vida, cada uno con su muy particular biografía, según donde llevemos las cosas y según qué cosas llevemos en nuestra mochila. Porque, efectivamente, hay muchas cosas que es mejor llevar en el culo; mientras que otras se llevan bastante mejor en la cabeza.

Pero, y así vamos entrando en materia, ... y el sexo ¿dónde llevar el sexo? Porque también el sexo, como la silla, puede llevarse en varios sitios; y no es lo mismo. Cada cual con su minusvalía -y las minusvalías, más o menos graves, más o menos tasadas, están muy repartidas-, lleva el sexo donde lo lleva. Donde puede, donde sabe, donde quiere. Pero las consecuencias de este llevar son muy diferentes dependiendo del lugar en el que son llevadas. Ahora bien, lo llevamos donde lo llevamos en razón de cómo lo definimos y de qué tenemos en la cabeza cuando decimos sexo. Porque, ¿qué es el sexo?

2. El mito del sexo y el sexo del mito

Vamos a darnos un breve paseo por la mítica griega para entender siquiera un poco de este término que es latino: sexo. Para ello recurriremos al mito del Andrógino.

Fue Platón quien hace más de dos milenios nos lo brindó en uno de sus "Diálogos" titulado "El Banquete". Allí es Aristófanes quien nos relata las características de este mítico antepasado humano que tenía un cuerpo esférico y estaba dotado de dos juegos de cabezas, de piernas, de brazos y de genitales.

Este protohumano originario resultaba al parecer tan poderoso y soberbio que finalmente desató la ira de Zeus quien, rayo mediante, procedió a su separación en dos mitades por la línea de la espalda. Desde entonces cada mitad desgajada paga el precio de aquel castigo divino a través de una permanente y necesaria búsqueda de "su *otro*" complementario.

De aquellos lodos, vinieron estos barros. Así, aún hoy hablamos del mito de la "media naranja", que no es sino la versión popular de aquel mito platónico.

Según este relato mítico, en tanto que sexuados, somos hijos de un castigo divino en forma de rayo que: por un lado nos separa (nos hace diferentes) y por otro propicia que nos busquemos (nos atraigamos, nos deseemos, nos amemos). Y éstos son los dos territorios conceptuales que la raíz sex nos trae: la diferencia y el encuentro. Luego es sexo la diferencia (la diferenciación, la diversidad, la fisión, la discriminación, etc.) y es sexo el encuentro (la búsqueda, el anhelo de lo otro, la fusión, la comunión, etc.).

Hablemos un momento del sexo en tanto que diferencia. Es sexo lo que distingue a los machos de las hembras y a las hembras de los machos. Y también es sexo el resultado de las tales diferencias que produce dos categorías (los sexos; esto es: los machos y las hembras) en casi todos los seres vivos (incluidos no-sotros). La Sexología es precisamente la ciencia que estudia los sexos en tanto que diferentes y el sexo en tanto que agente diferenciador.

Ahora bien, en estos veinticinco siglos que median entre la civilización que creó el mito del Andrógino y la nuestra, el término sexo ha ido cambiando su originario sentido. Así, y puesto que el referente era el hombre y lo masculino, y "lo distinto" era la mujer y lo femenino, durante mucho tiempo -todo el medioevo- el término "sexo" fue usado como sinónimo de "mujer" (a quien le parezca anacronismo puede sorprenderse de algo muy similar que ocurre hoy con el neologismo "género").

Por otro lado, en tanto que durante mucho tiempo se creyó que lo que distinguía a los machos de las hembras eran, precisamente, los genitales, se asoció el sexo a esta zona anatómica. De este modo, durante mucho tiempo el término "sexo" fue sinónimo de "genitales". Todavía hoy muchos lo entienden así.

Y ya llegados al siglo XX, se asoció este término (sexo) a los gestos -las acciones, las conductas- que con esta parte de nuestro cuerpo (los genitales) podemos llevar a cabo con unos u otros propósitos. Así hoy, para muchos, "sexo" es lo que con los genitales hacemos; o sea, sexo es sinónimo de conducta genital.

Con todo esto cada quien lleva el sexo según lo que tenga por sexo. Si tiene por sexo la condición femenina (o masculina) lo llevará en un sitio diferente que si tiene por sexo los genitales. O que si tiene por sexo lo que con los genitales pueda hacerse.

Ahora bien, el conocimiento científico que la Sexología moderna nos ha ido brindando a lo largo de este mismo siglo XX nos permite afirmar que: a) los hombres y las mujeres difieren en casi todo, excepto en los genitales, que son bastante similares; b) que las tales diferencias que distinguen a hembras de machos están repartidas por toda nuestra geografía corporal (en cada célula, en la mayor parte de los sistemas y órganos; pero sobre todo, en el cerebro). De forma que quien lleve su sexo sólo entre las piernas, se deja mucho sexo repartido por todos los rincones de su cuerpo.

3. Sexuación, sexualidad y erótica

Desde que en 1979 Efigenio Amezúa los diferenciase, en Sexología solemos manejar tres conceptos centrales y básicos. Estos son: sexuación, sexualidad y erótica.

Con el concepto *"sexuación"* hacemos referencia a los elementos estructurales y estructurantes que hacen que seamos machos o hembras. Por mejor decir: determinados modos de ser machos o determinados modos de ser hembras. La sexuación es fundamentalmente soporte biológico que sirve al propósito diferenciador. A través de la sexuación nos hacemos sexuados.

El concepto *sexualidad* hace referencia al modo de expresarse y a la vivencia subjetiva de esta condición sexuada. Así pues la sexualidad es la construcción subjetiva y personal de mi manera peculiar de ser el hombre o la mujer que, de hecho, soy. La sexualidad es fundamentalmente conciencia, significación y viven-

cia subjetiva de la condición sexuada. A través de ella nos hacemos sexuales y dotamos de significados a los hechos sexuados originarios.

Finalmente, el concepto *erótica* hace referencia a la expresión gestual de lo sexual. Por lo tanto a aquellas producciones, hechos, realizaciones, conductas e interacciones a través de las cuales vivimos y expresamos que somos sexuados y sexuales. La erótica es fundamentalmente acción. Más aún, es interacción con unos *"otros"* -reales o simbólicos- que son *"distintos y diferentes"* de mí. A través de ella nos hacemos eróticos.

En unos y otros casos hablamos de un proceso -una construcción biográfica- que trenza estos tres registros sexuales. De ahí que en Sexología sea tópica la utilización del adjetivo "bio-psico-social", que nosotros preferimos decir "sexuado, sexual y erótico".

4. Erre que erre con las tres erres

La sexualidad humana se caracteriza por poseer tres dimensiones diferentes pero íntimamente interrelacionadas entre sí. Estas tres dimensiones son: la dimensión relacional, la dimensión recreativa y la dimensión reproductiva.

No puede entenderse la sexualidad humana sin alguna de sus tres dimensiones. Aunque durante mucho tiempo se nos ha tratado de presentar la sexualidad unidimensionalmente como sólo reproducción (o también, como sólo placer), lo cierto es que la sexualidad, como el lubricante o la Trinidad, es tres en uno.

Por supuesto que en determinados momentos podemos, por lo que sea, hacer prevalecer una sobre las otras dimensiones (incluso dos personas pueden ir al mismo sitio a por distintas cosas), pero la sexualidad humana no es desgajable. Como puede verse todas empiezan por erre. Por eso decimos "erre que erre, con las tres erres".

La dimensión *relacional* hace referencia a todo aquello que la sexualidad tiene de interacción entre seres sexuados, de comunicación entre distintos, de encuentro con el otro (que es un no-yo), de expresión de afecto, de sentimientos, de emociones, de atracción, de dar y recibir, de compartirse, etc. Ésta ha sido tradicionalmente la dimensión de la sexualidad más silenciada a lo largo de la historia, y también la menos atendida, si bien no es menos importante que las otras dos.

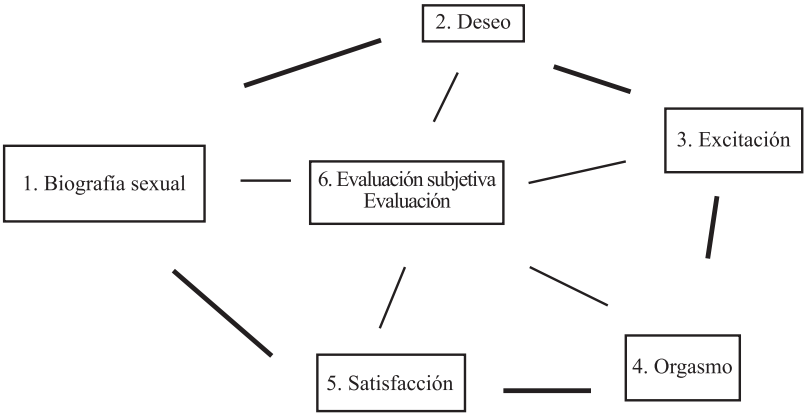
La dimensión *recreativa*, engloba todo aquello que la sexualidad tiene de gratificante, de placentero, de fantasioso, de ilusionador, de reforzador, de divertido, de gustoso y de juguetón. Y también de reglado, de simbólico y de orientado a un fin. Esta dimensión de la sexualidad, por cierto, ha sido campo de bastantes batallas a lo largo de la historia, que han ido desde el intento de imposibilitarla o silenciarla, hasta la pretensión de considerarla como la esencia misma y exclusiva de la sexualidad. Herencia de esas viejas batallas conviven hoy dos principios en teoría antagónicos: lo que podríamos llamar la cruzada del antihedonismo y lo que nosotros denominamos la dictadura del orgasmo.

La dimensión reproductiva se refiere a todos los aspectos que la sexualidad tiene de hecho conceptivo o procreativo (que no reproductivo); esto es, la dimensión de ser padres, de tener los hijos que se deseen, en los momentos que se consi-deren oportunos y por decisión responsable y compartida.

5. Conducta erótica

Ya hemos dicho más arriba que la erótica hace referencia a los gestos, las conductas y las interacciones que los seres sexuados y sexuales llevan a cabo precisamente por serlo. La seducción, el cortejo, un beso, un guiño, una caricia, un *streeptease,* una felación, una estimulación anal, un coito o una masturbación son hechos eróticos.

Ahora bien, cada uno de estos hechos no ocurren en el vacío, sino en un contexto sexual que los dota de sentido. Vamos a explicarlo mínimamente y para ello vamos a presentar un esquema simplificado a seis hechos que son: 1. Biografía sexual. 2. Deseo. 3. Excitación. 4. Orgasmo. 5. Satisfacción. 6. Evaluación subjetiva.



Más o menos el esquema puede explicarse del siguiente modo:

La Biografía sexual incluye cinco apartados que se han descrito como: a) proceso de sexuación, b) evolución de la sexualidad, c) biografía erótica, d) experiencia amatoria y e) socialización sexual.

El proceso de sexuación se inicia desde el momento mismo de la concepción. Esto es, cuando el espermatozoide de nuestro padre dejó su carga genética en el óvulo de nuestra madre. Ya en ese primer instante se determinó nuestro sexo genético (dependiendo de que aquel espermatozoide fuese X ó Y).

Semanas después se generó una gónada indiferenciada que, dependiendo de determinados factores activadores, se convirtió en una gónada masculina o femenina (ovarios o testículos), gestándose nuestro sexo gonadal. Con el correr del tiempo y el avanzar del embarazo de nuestra madre, esta gónada empezó a secretar hormonas (estrógenos o testosterona), dando lugar a lo que conocemos como sexo endocrino. Estas hormonas circulando a través de la sangre fueron configurando en una u otra dirección nuestros genitales externos e internos (sexo genital) y nuestra configuración neurológica (sexo cerebral).

En el caso femenino, se empezaron a gestar los primigenios gametos (la primera fase de la producción de óvulos se realiza fetalmente y se almacenan de por vida). En el caso masculino esta función gamética no comenzará hasta la pubertad.

Y por fin un día -precisamente el de nuestro cumpleaños- vimos la luz y, tras minucioso examen de entrepiernas, nos clasificaron como niño o como niña (sexo de asignación). Nos pusieron un nombre sexuado y nos registraron legalmente en calidad de lo uno o de lo otro. A partir de ahí nos criaron y educaron en razón de esto (sexo de crianza).

Desde muy pronto comenzamos el proceso circular por el cual, como somos de un sexo se espera algo de nosotros, y como se espera algo nos vamos haciendo de eso (o a veces nos rebelamos).

Con el correr del tiempo -estamos aún en la infancia-, iniciamos el proceso de investigación corporal. Tanto de nuestro propio cuerpo, como del cuerpo de los otros que se dejan explorar (entre los cuales hay adultos que pueden -o no- ser

intrusivos con la sexualidad infantil). Con éstas y otras cosas fuimos identificándonos con gente -en positivo o en negativo-, precisamente porque también ellos eran de lo uno o de lo otro (hombres o mujeres) y nos empezamos a clasificar a nosotros mismos (identidad sexual) con esta etiqueta identitaria. A partir de aquí, aprendimos unos u otros papeles (roles sexuales) que tenían que ver con todo esto y nos fuimos socializando en esto del sexo (y también en las cosas, más o menos prohibidas, mas o menos excitantes, de la erótica).

Años más tarde, llegados a una edad, nuestro cuerpo y nuestra mente entraron en una revolución de origen hormonal que llaman pubertad: empezamos a sentir emociones y sensaciones hasta entonces desconocidas (sino en su naturaleza; sí en su intensidad). Nos sentimos potentemente atraídos por algunos *"alguienes"* que a su vez son de uno u otro sexo (orientación del deseo); y empezamos a experimentar el deseo que es una cosa que te empuja hacia alguien, aunque no tanto como otra que es más intensa y bastante más invasiva y movilizadora y que le llaman enamoramiento.

En los chicos las erecciones se tornan hiperpresentes y comienza el *"reglo"* (*sic*) que es como en bromas llamamos a las primeras eyaculaciones voluntarias o involuntarias. Empiezan a salir pelos en la cara, en el cuerpo, en los genitales, en las axilas; cambia la voz, la mente, los intereses, los valores...

En las chicas comienza el ciclo menstrual con un acontecimiento siempre inesperado (menarquia) al que se siguen un montón de cambios corporales y psíquicos, alguno de los cuales tiene que ver con que las grasas empiezan a guardarse siempre en los mismos sitios, produciendo que nos miren y nos miremos distinto de cómo había sido hasta ahora.

En unas y otros, comienzan las primeras actividades explícita y declaradamente aloeróticas (esto es, con otros; aunque también con uno/a mismo/a); la fantasía se dispara y entramos en la *"competición"* (hasta dónde y cómo) y en el *"parquet eróticobursátil"* (cuánto valen mis acciones y cómo puedo hacer para que mejoren).

Con toda esta *"mochila"* a la espalda, y sus consiguientes correlatos evaluativos se inician las primeras experiencias eróticas. Al decir correlatos evaluativos quiero decir: qué ideas, qué actitudes, etc. tengo; y en virtud de todo ello cómo me evalúo (a mí, cómo soy y cómo me ven, cómo es mi cuerpo y cómo mis emociones, etc.).

En estas primeras experiencias eróticas, siento una especie de picazón psíquica (2. Deseo). Este deseo erótico lo es de un alguien y/o de un algo; esto es, de besar a éste, de tocar las tetas a aquélla, de que aquélla se fije en mí, etc; y, según cómo evalúe esto que me pasa, me voy metiendo en situaciones en las cuales me voy excitando (3. Excitación) cada vez más hasta el punto de que en ocasiones me encuentro (muchas veces porque lo estaba buscando) con una sensación intensa, extensa, efímera e indescriptible (4. Orgasmo) que desencadena una liberación masiva de oxitocina y de dopamina en el cerebro. Tras la cual me quedo con una sensación laxa y gozosa de relajación y bienestar (5. Satisfacción) que me hace sentirme no sólo bien ahora mismo, sino que se extiende en el tiempo en lo que podría llamar como estar "existencialmente" satisfecho.

Con todo esto se va haciendo mi biografía erótica, voy desarrollando mi técnica amatoria, me redefino en mi sexualidad (mi ser hombre o mujer y lo que esto signifique) y me reelaboro y me reconstruyo en mi proceso de socialización sexual. Y todo esto, entendido como un proceso circular cuyo principio y fin se van difuminando, propiciará que siga en adelante el circuito. O que se corte, porque lo mismo que ha ido bien, puede ir fatal y, claro, no es lo mismo.

La concatenación de estos momentos del proceso viene en gran medida determinado por un filtro intermediador (6. "Evaluación subjetiva") que promociona o inhibe tanto en el nivel consciente de conductas, como en el nivel inconsciente de procesos intrapsíquicos y en el nivel biofisiológico cada uno de los momentos del hecho erótico (el deseo, la excitación, el orgasmo y la satisfacción).

En rigor, lo que llamamos "evaluación subjetiva" suele tener un papel más inhibidor que activador. Es, de hecho, responsable de muchas de nuestras "desactivaciones" eróticas (conscientes o no, deseadas o no). Y esto porque los propios mecanismos fisiológicos de la conducta erótica, una vez activados tienden a retroalimentarse (por ejemplo la vasocongestión característica de la excitación incrementa el aflujo sanguíneo a los genitales y a la piel, lo que provoca una mayor excitabilidad de estas zonas, lo cual facilita las condiciones para que se mantenga o se incremente la excitación).

La evaluación subjetiva no sólo es un proceso cognitivo ("conciencia de sí" en el sentido más intelectivo y consciente del término), sino que -al igual que los demás elementos del esquema- en ella están imbricados aspectos de naturaleza biológica

(sobre todo bioquímicos). Por decirlo con una imagen, no sólo evalúo con mi cabeza pensante, sino también con mi cabeza y mi cuerpo "sintiente" (sentimientos) y con mi cabeza y mi cuerpo "sensante" (sensaciones). Esto es, evalúo por debajo -y por encima- de mi propia capacidad de "evaluar".

Un ejemplo puede servir para explicar mejor todo esto. Imaginemos una chica que hace el amor con su pareja en un coche a la orilla de un camino poco transitado. Cada vez que se escucha el motor de un coche acercándose, se activa una especie de alerta que activa la esteroceptividad decrementando la propioceptividad (esto es, se activan los sentidos -sobre todo vista y oído- que informan de lo que se mueve fuera del coche; y por lo tanto se produce un cambio del foco de atención sensorial desde dentro -de sí misma y del coche, que es su escenario erótico- hacia fuera donde está la fuente disruptiva). Los resultantes de esta evaluación (incomodidad, peligro, invasión, etc.) que este estímulo produce pueden inhibir -o incluso desactivar totalmente- todo el proceso de activación erótica tanto en sus aspectos psíquicos como fisiológicos. Y estos mismos "desajustes" eróticos pueden producirle una sensación de incomodidad, de malestar, que incrementan la tal desactivación. En este caso, la posibilidad de ser descubierta (atacada, invadida, descubierta, etc) le inhibe e impide continuar.

Bien es cierto que si su grado de excitación es muy elevado, ni siquiera escucharía ese mismo motor. Incluso si sonase un bocinazo en el momento mismo del orgasmo no lo podría escuchar, porque somos totalmente sordos durante los 0,8 segundos que viene a durar el orgasmo.

Por el contrario otra chica en las mismas y exactas circunstancias podría evaluar la posibilidad de ser descubierta como un estímulo que incrementa aún más su activación erótica.

Y es que en esto, como todo lo que tiene que ver con el universo de la erótica, lo peculiar es precisamente la diversidad.

6. Botellas medio llenas y botellas medio vacías

Evidentemente alguien aquejado por una tara, una discapacidad, una incapacidad y/o una minusvalía tiene problemas. Los tiene en todos los campos y también en el terreno erótico. Pero también tiene soluciones. Tiene limitaciones, pero tam-

bién tiene posibilidades. Tiene dificultades, pero también tiene oportunidades. Tiene obstáculos, pero también tiene recursos.

Ahora bien, si uno se define por lo que no tiene, por lo que le falta o por lo que no puede, se convierte a sí mismo en una "botella medio vacía". Y al contrario, si uno se define por lo que sí tiene o por lo que sí puede, se convierte a sí mismo en una "botella medio llena".

Al final parece que tanto el contenido, como el continente son lo mismo, pero no es lo mismo ser "botella medio vacía" que ser "botella medio llena". Unos tienen la silla en la cabeza (lo cual es un problema), mientras que los otros tienen la silla en el culo (lo cual es un recurso que les permite la movilidad que sus piernas no tienen).

Con frecuencia, acabamos odiando lo que más debíamos de valorar: por ejemplo nuestro cuerpo. Con sus limitaciones, pero también con sus posibilidades. Así mismo cogemos manía a algunos de nuestros recursos (la sonda, la silla, la bolsa, la muleta, la grúa, etc).

Si odiamos las herramientas que nos facilitan la vida y la más valiosa de ellas (el cuerpo), difícilmente podremos gozar, sentir y vivir las posibilidades de nuestra sexualidad. Quien se define por lo que no puede, no dedica sus energías a disfrutar, vivir y sentir aquello que sí puede.

Aquél que ya no tiene erecciones sigue excitándose (incluso le encanta ver cómo le lamen ese pene -insensible a las sensaciones- que sí siente sentimientos). Y aquella que no siente sensaciones en las piernas, sí que las siente en sus senos, sus axilas o sus labios. Y este otro que supuso que nunca más volvería a penetrar a su chica, descubrió las inyecciones intracavernosas y está encantado porque su pene se mantiene erecto más tiempo que nunca. Y esa otra ha descubierto un truco para ser penetrada sin quitarse la sonda. Y aquel otro, parapléjico él, descubrió las posibilidades de poner el arnés de su grúa a su chica (de preciosas y muy funcionales piernas) con motivos lúbrico-festivos. Y el que se asustó tanto porque tuvo un intenso dolor de cabeza en su primera eyaculación (tras siete años de "parón genital" autoimpuesto), se toma de vez en cuando un antimigraño y está tratando de embarazar a su chica mediante el "sistema tradicional". Y esta pareja ha descubierto que la cama con mando a distancia tiene muchas

más posibilidades que las que aparecían en el catálogo. Y estos dos, aunque parezca increíble, están exultantes por su embarazo de seis meses. Y esa mujer de los grandes pechos se ha reconciliado por fin con su condición femenina y la reivindica incluso en su vestir atrevido y escotado. Y aquel otro sonríe pícaro cuando la enfermera que le pone la sonda se persigna -entre maravillada, asombrada, acomplejada y asustada- por el tamaño de su miembro flácido. Y ése se masturba porque, aunque no siente con su pene la mano, si siente con su mano el pene. Y aquella otra deja sus muletas apoyadas en la cama y no corre las cortinas cuando se cambia la ropa interior porque sabe que el simpático viejecito del cuarto retiene con venerable admiración la imagen de sus pechos en sus envejecidas retinas. Y este joven adolescente bromea desde la silla con sus colegas bípedos porque su perspectiva visual de los movimientos glúteos de esa hermosa y cimbreante muchacha es la envidia de todos.

Todos ellos, cada uno de ellos, no son menos válidos que nadie. Saben que no tienen lo que no tienen, pero eso no les impide disfrutar de lo que sí tienen. Porque no se definen por lo que les falta, sino por lo que son. Y descubren sus límites, como los demás, experimentándolos.

VII El encuentro de los sexos

Felicidad Martínez Sola. Psicóloga-Sexóloga
Profesora Colaboradora del
Instituto de Sexología. Madrid

Cuando nos planteamos el proyecto de estas jornadas, hablamos de lo interesante que es el encuentro de los sexos por sí mismo. Independientemente de qué hagan o para qué se encuentren, el encuentro tiene su propia deseabilidad, su propio atractivo y su propia erótica. Si en otros momentos de la historia, lo importante era para qué se encontraban los sexos o qué hacían en ese encuentro -reproducirse, proporcionarse placer- y desde ese punto de vista adquirían especial importancia la seducción, la atracción, el cortejo, los deseos y gestos eróticos, desde este nuevo modelo *importa el hecho mismo de que se encuentren.* De ahí que lo más significativo en este nuevo modelo vayan a ser sus identidades. Sin embargo, con ser el encuentro el auténtico eje en torno al cual gira la vida de los sexos, en la actualidad está sujeto a muchas tensiones y presiones; a una extremada confusión: no se sabe muy bien qué se espera de él ni de ella, se confunden los roles o papeles sociales con las identidades, no sabemos a qué atenernos, persisten otros modelos, se ensayan nuevas formas de relación y de convivencia... y se generan la confusión y el caos.

Al mirar el origen de estas confusiones, tenemos que buscar por el lado de la liberación o la emancipación de las mujeres. O, dicho con otras palabras, la liberación femenina ha significado para las mujeres un cuestionamiento acerca de su modo de estar en el mundo y una serie de cambios. La pregunta sería, tal y como la formulan los sociólogos alemanes Ulrich Beck y Elisabeth Beck[1], qué consecuencias están trayendo estos cambios en las relaciones entre los hombres y las mujeres y, por lo tanto, en sus encuentros.

Para decirlo aún de otro modo: la cuestión de las mujeres ha puesto en cuestión a los varones. Y éstos han quedado a su vez replanteados, con independencia de que consideremos que ese replanteamiento no ha ido en la dirección que las mujeres queríamos o nos parecía más interesante.

1 *El normal caos del amor: las nuevas formas de la relación amorosa.* Barcelona. Paidós. 2001. Pág. 91

El caso es que, como consecuencia de este cuestionamiento de los papeles y de las identidades de ambos, las propias condiciones de la relación y del encuentro sexual se han modificado, pero sin que parezca que hayamos llegado aún a un modelo alternativo. Unas y otros vamos un poco a la deriva sin saber muy bien a qué atenernos, cómo comportarnos y qué hacer con nuestros deseos. Lo que resulta evidente es que los sexos no van bien y que sus encuentros están presididos por el malestar, por tensiones en las que se mezcla quién friega los platos o quién atiende a los niños con el derecho individual a desarrollarse profesionalmente y a encontrar la vivencia de una intimidad placentera y satisfactoria con alguien, sin que unas ni otros acabemos de encontrar nuestro lugar. Es evidente, por otra parte, que ese lugar no podemos encontrarlo cada sexo por nuestro lado, sino que tenemos que encontrarlo en relación.

Recientemente, una película en la que se entrelazaban brevemente cinco historias en las que las protagonistas eran mujeres de hoy un día me daba pie para reflexionar sobre esta cuestión. Si me correspondiese buscarle un título a esa obra, he pensado que éste muy bien pudiera ser *Retratos de mujer con hombre al fondo*. Porque, en efecto, eso parecen: retratos de mujer en los que hay un hombre al fondo: el hombre ansiado que no llega, el hombre que se busca y no se encuentra, el hombre huidizo, el hombre que no se compromete. Se trata de personajes femeninos fríos, solos, que mascan y rumian la tragedia de su soledad mientras que adoptan actitudes fuertes. Incluso en el caso de la historia de dos jóvenes homosexuales se mastica esa ausencia del hombre: un mundo de mujeres donde no existen hombres alrededor, un mundo irreal, sin la tensión argumental que da a la vida el hecho de que somos dos sexos. Mujeres que desempeñan roles fuertes, activos en sus trabajos y que luego no saben abandonarse; al salir no pueden *fichar* otra identidad, como quien ficha una hora de entrada y de salida. Hombres perdidos, difusos, centrales en el pensamiento de las mujeres y con una presencia débil en sus vidas cotidianas y reales. Me pareció una película interesante, que daba cuenta bastante bien de este estar perdidos, de esta confusión que afecta a los sexos, máxime cuando las edades variaban: desde algunas treintañeras, a mujeres de cincuenta, incluso de sesenta, pasando por las de cuarenta, incluso asomando la precocidad de adolescentes que corren a ritmo de vértigo en una carrera por agotar y quemar etapas en las relaciones con el otro sexo. El retrato de mujer es un retrato con hombre al fondo. Ahora bien, queremos suponer que el sentido de las ideas y de las acciones que ha llevado consigo la Cuestión de las Mujeres -incluso, con un lenguaje de mayor militancia, el senti-

do de la lucha- era el deseo de compartir y de situarnos al lado de los hombres, no el desplazarlos.

Por aquí viene el interés en hablar de la erótica del encuentro, de su deseabilidad; pues, de no mirarlo en clave de deseo, tal vez tendríamos que plantearnos un futuro marcado bien por la agudización del enfrentamiento entre los sexos, bien por intentos reaccionarios de vueltas atrás carentes de sentido. En cualquiera de ambos casos, seguiríamos dando tumbos, a merced de actitudes y modos de relación meramente reactivos.

Sobre el encuentro

En nuestra cultura el encuentro tiene una tradición muy arraigada, independientemente de para qué nos encontremos o qué hagamos. Lo importante es que se vuelva real esa forma en la que yo me hago presente para el otro y el otro, a su vez, se hace presente para mí.

Podemos pensar en diversidad de situaciones de la vida cotidiana en las que el encuentro adquiere para nosotros una significación por sí mismo: cuando nos encontramos con alguien que hace tiempo que no hemos visto, cuando buscamos el encuentro o nos hacemos los encontradizos… Un chico al que le gusta una chica procura ir a donde ella va, parar por donde ella para. Y también al revés. Buscan encontrarse por el gusto de verse y porque ahí se establece la posibilidad de que pasen cosas. Está claro que si cada uno va por su lado, no cabe la relación. La relación necesita encuentro, es su campo de juego. O cuando nos hemos enfadado con nuestra pareja y, por lo que sea, no queremos ceder abiertamente, pero estamos deseando reconciliarnos. Se busca el encuentro: uno se acoge a cualquier excusa para propiciar el ponerse frente al otro. Y ahí surge la posibilidad de que se dé el juego, del acercamiento. O cuando no se tiene pareja y uno siente que no tiene a nadie y le gustaría encontrarlo. O cuando uno se felicita por haber encontrado a éste o a ésta con quien comparte su vida. O cuando, por fin, nos encontramos a solas y quedamos el uno frente al otro. O cuando nos regocijamos, nos damos gusto y complacemos en el encuentro carnal.

El encuentro tiene un significado muy hondo, lleva consigo la sorpresa, la fruición, el deleite o el dolor del descubrimiento del otro en su situación. Por eso, al hablar del encuentro sexual, o sea, de los sexos, nos referimos a una mujer y a

un hombre concretos; una mujer y un hombre que se han hecho tales a través de unos procesos, a través de una historia, a través de una biografía y de unas relaciones con el otro; una mujer y un hombre que coinciden en un trayecto de sus vidas[2].

Antes de llegar a un posible encuentro erótico, han sucedido muchas cosas entre ellos: cuando se unen por primera vez y en la vida cotidiana; cuando el encuentro es fugaz y cuando se define en el marco de otros encuentros. Le han sucedido muchas cosas a ella y a él entre sí y en su relación con el otro sexo -sus búsquedas, sus historias, sus biografías, sus avatares, sus conflictos. El hacerse de la una y del otro. De hecho, ese encuentro, el carnal, puede suceder o no, pero esa mutua relación y esa mutua referencia que son un sexo para otro siempre esta ahí y asoma a cada vuelta de la esquina, y permanece cuando el placer carnal se va. Y reaparece en las más diversas situaciones de la vida y en sus más recónditos rincones, anda en la plaza pública y *entre los pucheros* -recordando la expresión de Santa Teresa- porque en ésta, en la vida, somos los sexos, los hombres y las mujeres, los compañeros de especie, los compañeros de andadura y de camino. De ahí que el encuentro tenga su propia erótica, su propio atractivo y su singular interés. La unión erótica posee singularidad, pero no dejemos que ésta empalidezca la riqueza y el interés de sus propios protagonistas, que son en definitiva quienes la viven.

La guerra de los sexos

El encuentro sexual, el encuentro de hombres y mujeres, como decíamos, está sujeto hoy a muchas tensiones y presiones. Veámos: no se trata de que el conflicto entre los sexos sea algo nuevo, que haya surgido por primera vez en la historia a consecuencia de los movimientos de liberación femenina o de lo que más generalmente llamamos *Cuestión de las Mujeres*[3]. De hecho, ésta surge como parte del conflicto sexual, es una forma de respuesta o defensa del momento anterior, ése que se ha conocido como machismo. En el hecho de ser dos, y dos irreductibles el uno a la otra, hay que buscar la causa tanto del conflicto como de la atracción y de la necesidad radical que tienen entre sí.

---

2 Quiero dejar claro que me refiero al encuentro de los sexos, por tanto hablo de mujeres y de hombres que se encuentran, sin que ello suponga ningún menoscabo de otras orientaciones del deseo.

3 Martínez, F. *Abstrats* de las ponencias y comunicaciones del VI Congreso de Sexología. AEPS. Gijón, 19-20 mayo de 2000. Pág.7

Sin embargo, no deja de ser llamativo que, necesitándonos como nos necesitamos, entre los sexos no arraigue una tradición de cultivo del encuentro. A él vamos de una forma defensiva, las más de las veces. Y esta actitud, curiosamente, prende con suma facilidad. El conocimiento de nuestra mutua fragilidad, de la necesidad del otro y de nuestra insuficiencia nos lleva a dinámicas de guerra, de lucha por el poder y de contienda, más que a dinámicas de diálogo: se trata de la conocida *guerra de sexos.*

Esa pelea viene de antiguo. La fabulilla de Tiresias nos cuenta algo de esto:

> *Tiresias, el personaje mitológico que tuvo el don de ser de un sexo por un tiempo y luego del otro, recibió un buen día la visita de Zeus y Hera, la pareja célebre por sus disputas conyugales. (…) lo que fueron a preguntarle era esto: a ver quién puede disfrutar más en la relación sexual, el hombre o la mujer.*
>
> *Claro, Tiresias había sido las dos cosas. Entonces, podía responder a la pregunta. De hecho, Zeus, como buen representante del sexo masculino, opinaba que quien más disfrutaba era Hera. Y ésta, encabritada,* revoltée *(¡ya en aquellos tiempos!), dijo que de eso nada. Que el hombre llevaba todos los privilegios y que eso no iba a ser distinto. Que era el hombre.*
>
> *¿Qué dijo Tiresias? Aquella especie de sexólogo se encontraba en un apuro nada cómodo. Conocía bien lo que traía a Hera a su "consulta… sexológica". Pero Tiresias, en un alarde de sinceridad, respondió: "Verdaderamente es más agradable y placentero ser mujer". En buena hora aquel pobre colega dijo aquello.¿Sabéis como le pagó Hera la consulta? Mandando que le sacaran los ojos a Tiresias.*

Quien nos cuenta esta fábula es el sexólogo Efigenio Amezúa allá por el año 1976. Yo, una sexóloga de hoy, puedo continuar la gracia diciendo, por ejemplo, que los autores de la fábula y del relato son hombres. Pero eso sería sencillamente lo que digo: continuar la gracia. Aunque no puedo dejar de reconocer que parece querer decirnos algo de una cierta resistencia femenina a dejar una identidad de perdedora en la relación. En realidad, parece que los dos quieren perder. Discuten por adoptar el lugar del menos. De ahí se derivan ciertas ganancias a las que no se desea renunciar. Ella no reconoce su goce y él no habla del goce que siente al hacerla gozar.

Dejemos la fábula como referencia y vayámonos más cerca.

Vigilancias y prevenciones en los encuentros

Desde la óptica de la contienda, una de las características de las relaciones entre los sexos será que éstas se establecen en un marco de *vigilancia* y *alerta*[*]. Los mensajes que han fomentado estas actitudes han provenido principalmente de la moral y de la sanidad. En el caso de la moral católica, se ha planteado el fin de la erótica como algo enfocado exclusivamente a la reproducción, regulada ésta en el ámbito del matrimonio. El disfrute simple y llano así como la erótica extraconyugal quedarían fuera de la norma moral. El encuentro entre los sexos se consideraba desde la perspectiva de qué hacían cuando se encontraban y no desde sus identidades.

Esta doctrina condiciona las relaciones entre los sexos estableciendo que deberán ser *vigilantes:* de los propios deseos y actitudes, y también de las del otro que viene a personificar la tentación. Y de la tentación se debe huir, no caer en ella, sentir pero no consentir, etc. Los encuentros debían ser vigilados por un tercero o por la propia conciencia, presididos pues por la tensión a la que obligaba la observancia del *sexto.*

Pero, quizá esto se sorteaba y hasta podía ser un acicate para el encuentro. Sin embargo, calaba una idea que ha superado con mucho el ámbito de lo religioso: *los hombres siempre quieren lo mismo y las mujeres debemos cuidarnos de ellos.* Cada hombre que se acerca a una mujer, en principio, *lleva el mismo fin.* Ella debe estar alerta, en guardia. Cuando el mensaje se dirige a los varones cambia: *las mujeres somos malas porque incitamos al pecado; comprometemos* al hombre y él es *frágil. Peca porque es hombre,* pero es ella quien le ha seducido.

Según a quien se dirige el discurso, a él o a ella, el otro sexo será aquél del que hay que preservarse, de quien hay que defenderse, de quien hay que sospechar.

Otras fórmulas o versiones: *el hombre deja su semen y se va y es ella quien se queda con la barriga. Ella debe servirse del deseo de él para atraparlo. Él es libre y ella quiere cazarlo.* Pero hay una manera de nutrirle a él, más aún, una máxima desconfianza con respecto a la mujer: la paternidad. *¿Acaso estás seguro de que es hijo tuyo?* -le dirá algún amigo- *¿Puedes asegurarme* -le devuelve él a ella- *que es hijo mío?*

Creo que, aunque los acontecimientos han ido muy deprisa en los últimos tiempos y la moral sexual ha cambiado, estas ideas nos resultan familiares. El juego de los sexos sería un juego de pieza y cazador, donde cada uno de los dos sería ambas cosas, aunque jueguen a que sólo lo es uno. Cada cual según su objetivo. Armas y utensilios servirían a las estrategias: se echan las redes o se cae en ellas; se ponen o se cae en las trampas; se enganchan o se desenganchan. Son actitudes de defensa que ponen en guardia contra el otro u establecen una dinámica de recelo.

Con la llegada de la píldora y, en general, todo lo que se llamó la *revolución sexual,* estos recelos podían quedar aparcados puesto que el placer era lo que presidía la erótica. Seguíamos pensando en el encuentro desde la óptica de qué hacen los sexos cuando se encuentran, aunque, *de paso,* se nos dice algo acerca de sus identidades. Sin embargo, se fue filtrando una nueva desconfianza: las mujeres fingían. Llamo la atención sobre el hecho de que eso es nuevo: las mujeres no habían fingido hasta que llegó la dictadura del orgasmo. No era necesario. Antes del orgasmo, el objetivo no era ése, con lo cual podían disfrutar sin esa unidad de medida del placer. Lo interesante es que sobrevienen otra serie de recelos que tienen la virtualidad de hacer que el estado de alerta permanezca. Pero, sobre todo, será la medicina quien se encargue de esto.

Donde antes habían existido las enfermedades venéreas, surgen las así llamadas enfermedades de transmisión sexual -obsérvese que no se dice genital, sino sexual. Es la gran época del SIDA, cuando la educación sexual se torna prevención sexual. El varón y la mujer pasan a ser aquellos que pueden contagiarse. El recelo y la alerta no tienen ya una justificación moral, sino sanitaria. No se educa a los sexos para el encuentro y la convivencia, sino para preservarse. De hecho, se pone de moda el *preservativo* que, como indica su nombre, tiene la función de preservar. La dinámica de guerra, de mirar al otro como alguien que puede ejercer un posible mal sobre ti, se afianza. Nadie es fiable en principio, sobre todo cuando se comprueba que no se trata de una enfermedad que ocurra sólo entre homosexuales.

Pero aún hay otra fuente de recelo y desconfianza que surge en las últimas décadas y que está afectando de raíz a las relaciones entre los sexos en el núcleo mismo de sus identidades. Me estoy refiriendo a la idea de hombre y a la idea de mujer que se está propagando desde ciertas visiones feministas y que se ha hecho coincidir con lo políticamente correcto.

Nuevas formas de recelo y desconfianza entre los sexos

- El hombre es un presunto discriminador. La mujer una posible discriminada.
El origen de esto habría que buscarlo en la lucha por la igualdad de derechos. Una lucha de carácter social que busca la equiparación de los hombres y de las mujeres en la educación, el trabajo, la política... Son los movimientos por la igualdad de oportunidades que han tenido como instrumento las llamadas acciones positivas.

Hoy podemos decir que la igualdad de oportunidades es un hecho[4]. No se pretende decir con ello que en todos los ámbitos -laborales, por ejemplo- no puedan darse situaciones de discriminación hacia las mujeres, sino que ya estamos dotados de mecanismos legales e institucionales para combatirlas. Eso sucede en otros muchos órdenes de la vida; una vez que se reconocen unos derechos, se implantan las instancias encargadas de velar por su cumplimiento.

Sucede, sin embargo, que la discriminación positiva -ésa que en caso de igualdad favorece a las mujeres, por entenderse que forman parte de un colectivo que históricamente ha estado subrepresentado-, en una situación concreta lesiona los derechos de un hombre. ¿Tiene sentido que alguien "pague" por lo que han hecho otros compañeros de sexo o, mejor aún, tiene que verse dañado alguien en sus intereses porque hubo otro modo de organización social? No parece muy razonable. De hecho, se vive como injusticia. Sería necesario ya, cuando la lucha no es tan ardiente, ni necesita serlo, buscar otros criterios para resolver estos conflictos. Pero en el aire de la relación pesa que él es un posible discriminador y ella una posible discriminada. Ante los comentarios más triviales, uno y otra están en guardia, al acecho de posibles actitudes que puedan resultar sospechosas bien de ser discriminada, bien de ser acusado de discriminación. Y nace una queja sorda, esta vez en los varones. Esto sería en el plano social.

- El hombre es un presunto acosador. La mujer una presunta acosada.
La cuestión del acoso en su inicio se llamó acoso sexual en el trabajo. Una vez que la mujer se incorpora masivamente al mercado de trabajo, se encuentra en éste una serie de obstáculos y barreras: reglas de juego un tanto obscuras que

4 Guadalupe Gómez-Ferrer Morant. *Hombres y mujeres. El difícil camino hacia la igualdad.* Instituto de Investigaciones Feministas. Universidad Complutense de Madrid. 2002.

rigen en él. Quiero adelantar que el acoso laboral siempre ha existido en formas de presión o chantaje. Lo que ahora se llama *mobbing* son tácticas bien conocidas que se ejercen sobre quienes están en una situación de mayor vulnerabilidad.

Por su parte, la organización de la vida de los sexos según el modelo anterior de convivencia había mantenido dos espacios, dos ámbitos o mundos bien diferenciados: el público y el privado. Mientras que el primero era principalmente un mundo masculino, el segundo lo era femenino. Esto hacía que los sexos organizasen sus encuentros principalmente en torno al universo de la erótica y de la conyugalidad. O, dicho con otras palabras, como la convivencia era menor, la atracción era mayor. Causaba más sorpresa el encuentro y la tensión sexual se acentuaba. Así, tenemos que pensar que, al encontrarse los sexos en esta situación nueva, las prácticas o hábitos de galanteo, propios del modelo de convivencia anterior, no iban a ceder sin más. Todos sabemos que se mantienen hábitos mucho tiempo después de que su funcionalidad o el objetivo por el que se adquirieron haya desaparecido. Y es de entender que en el gusto de estar juntos y en la novedad se conservasen esos patrones de seducción o cortejo.

Por su parte, la mujer cuando llega al mercado de trabajo, por un lado se encuentra ella misma en una actitud defensiva porque va a algo que no conoce: el mundo masculino, donde, como trabajadora, es recibida con prevención; por otra, es consciente de que está haciendo valer un derecho, pero sin haber tenido aún ni tiempo ni experiencia para naturalizarlo. Además, va creyendo que su sexo es lo que le ha impedido estar en el mundo laboral, o en la vida pública en general. No considera que la causa de ese impedimento haya que buscarla en una organización de la vida social que fue fruto de un pacto anterior entre los sexos para adaptarse a las exigencias del modo de producción[5].

Más bien se generaliza la idea de que la causa de su separación del mundo de lo público está en su sexo. Y esto parece que absolutamente nadie lo discute. En España fue la Unión General de Trabajadores quien hizo los primeros trabajos al respecto, precisamente vinculado discriminación con acoso[6]. Es el sexo quien discrimina y es el sexo el culpable de que ella sea acosada. Y el otro, el varón, es

5 Esta tesis la desarrollan con especial enfásis Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim. *Op. Cit.*

6 Calle Fuentes, M., González Romero, C. y Núñez Triguero, J.A. Prólogo, Redondo, N. *Discriminación y acoso sexual en el trabajo.* Editorial Largo Caballero, Madrid, 1988.

acosador por razón de sexo. Ésos son mensajes que se expresan abiertamente. Y se da la paradoja de que las mujeres cada vez reniegan más del sexo en nombre del cual están actuando: el suyo -pues, precisamente, por ser mujeres luchan por su derecho al trabajo. Haciendo filigranas, se pormenorizan las conductas de acoso, incluyendo palabras, miradas, gestos... Para concluir este punto quiero enfatizar cómo, a través de esta regulación del acoso sexual, se va más allá en esa línea histórica de fomento de actitudes de vigilancia y recelo entre los sexos: se tejen las identidades de ella como víctima y de él como verdugo. Y las identidades, ya lo hemos dicho, no son laborales; no se ficha una identidad como hombre a la entrada y se deja a la salida. Ni como mujer. De modo que no será solamente ella quien tema, sino que él también tendrá miedo de ser acusado de acosador: temerá acercarse y galantearla, seducirla. En cierto modo, le espantará el encuentro. O, cuando menos, irá con la actitud alerta y vigilante.

A lo mejor ella se pregunta por qué él no se acerca o por qué parece tenerle miedo. Es posible. Todo lo anterior es sin menoscabo de que efectivamente se ejerzan formas de presión o de chantaje haciendo uso o reclamando comercio carnal. Pero aquí nos importa lo relativo a los sexos y no lo referente a delitos o conductas más o menos inmorales o reprobables.

- El hombre es sospechoso de abusos deshonestos, la mujer es quien debe proteger a la infancia de esos abusos.

El estado de alerta que se ha generado con esto es desproporcionado, abusivo, provocando un alarma injustificada en nuestro entorno social y cultural, al jugar con la sensibilidad que lógicamente despierta en nosotros la protección de la infancia. Si bien, por fortuna, en España no se ha llegado al grado de complejidad que ha alcanzado este fenómeno en Estados Unidos, ya se observan algunos efectos: no sólo se ha convertido en una causa de discriminación para que los varones puedan acceder a puestos de trabajo relacionados con el cuidado de menores, sino que en los hogares va calando la idea, haciendo a las madres vigilantes del comportamiento de los padres con sus propios hijos e hijas. Y todo esto con el beneplácito de las autoridades sanitarias. Un sexólogo como Money[7] ha denunciado la industria que se ha montado en torno a los abusos y la falta de veracidad y de rigor con la que se tratan

7 *Antisexualismo epidémico: del Onanismo al Satanismo.* Anuario de Sexología. AEPS. Noviembre 1999. pp. 23-30.

estos casos. Pero, además, en esta cruzada en ningún momento se plantea qué puede ser más dañino para el menor[8] y, desde luego, lo que no se considera de ninguna forma es que esta actitud preventiva, vigilante de las caricias y del afecto pueda restar la espontaneidad que realmente requiere el mundo afectivo. Ya desde la cuna se estaría inculcando al varón que él puede ser un posible abusador, al tener que ser protegido de las caricias de su padre. Dicho de otra forma: aprende que el sexo masculino debe ser vigilado. Por su lado, la niña aprende ya desde la cuna que debe preservarse del hombre, que tiene que ser protegida del varón. ¿Cómo va a ir luego al encuentro esperando protección, un ansia muy común en las mujeres? ¿Cómo va a abandonarse?

- *El hombre es un presunto maltratador. La mujer una posible maltratada*

Las identidades de verdugo y víctima adquieren así su máximo exponente. Parece que no habría mucho que comentar sobre esto, pues los medios de comunicación se encargan de generar opinión a diario. Lo que en décadas anteriores era reflejado en las crónicas de sucesos e incluso en las publicaciones que específicamente se dedicaban a este género, ahora es noticia de telediarios. Grupos y asociaciones de mujeres se hacen eco de este tipo de hechos plan-teando lo que no es sino violencia como el patrón que se agazapa tras cualquier relación en los sexos. Ante esto, las medidas que se proponen son sobre todo de carácter policiaco, penal, judicial, volviendo de nuevo al orden del derecho, sin que se vislumbren propuestas de una auténtica educación de los sexos o coeducación. Lo que queda es la idea de que tras cualquier hombre hay un maltratador y tras cualquier mujer una víctima, y se toma lo que son sucesos como la clave de la relación.

Se prescinde u olvida el hecho de que se necesitan y que están llamados a encontrarse y a convivir, dejándolos en la indefensión. Una vez más parece que cuando los sexos pueden compartir andadura están obligados a mirarse de modo preventivo[9].

8 Agustín Malón. *Onanismo y abusos sexuales: historia de dos obsesiones.* Anuario de Sexología. AEPS. Diciembre 2001. pp. 75-90.

9 Al hacer afirmaciones de este tipo es posible que ciertas sensibilidades puedan sentirse afectadas. El interés que nos guía no es otro que reflexionar acerca del encuentro entre los sexos y, en ningún caso, descartar las aportaciones incuestionables de los feminismos, tanto en ideas como en acción social y política, y que han modificado profundamente nuestra vida cotidiana.

Algunas peculiaridades actuales de los encuentros

Con estas características, el hombre que aparece al fondo del retrato de la mujer de hoy no sale muy bien parado: tendríamos a un potencial discriminador, acosador y maltratador; además de alguien que es capaz de cometer abusos deshonestos con los niños. Todo ello sin olvidar que siempre quiere lo mismo, exige que le devuelvan una imagen de sí como excelente proporcionador de orgasmos y, además, puede contagiar. Si tuviera la dificultad añadida de algún tipo de discapacidad funcional, además podría ser considerado un pervertido. Claro que, cuando uno de los sexos pierde, el otro tampoco gana, también resulta mal parado en la inevitable dialéctica de su relación. Así, en este retrato, la mujer ocuparía un primer plano que para él se resume en el de alguien que siempre va de víctima, en el fondo quiere cazarle, seguramente está insatisfecha con él, es extremadamente susceptible y exigente, no está claro lo que espera de él, lo quiere todo y todo a su manera y, además puede contagiarle. Si, además, tuviera la dificultad añadida de algún límite funcional y quisiera gozar de su cuerpo, seguramente se la miraría con cierta morbosidad.

Cualquiera diría que, con este panorama, unos y otras no quieren saber nada entre sí. Pues, al contrario, en medio de esta alerta y de esta crispación, se afianza con mayor fuerza que en otros momentos de la historia la creencia de que puede encontrarse a la mujer perfecta o al hombre perfecto: cuanto más incierto es el horizonte, más se afianza esta creencia. Y se busca con esta perspectiva. Una perspectiva que es totalmente coyuntural y provisional: se va a ver si funciona, a ver si el entusiasmo de los inicios permanece, a ver si en ella o en él se cumple efectivamente la promesa de lo que presumían ser. Los encuentros son esporádicos, nuevamente vigilantes; en esta ocasión, del fallo. A las relaciones se lleva una lógica de consumo: éste no funciona, otro; ésta no vale, otra. Se busca al que responda más a nuestras expectativas, a aquél o a aquélla que nos puede salvar de la soledad en la que nos ha dejado instalados la libertad. Pero, al mismo tiempo, sin estar dispuestos ni una ni otro a ceder un ápice de ella.

De hecho, podríamos apuntar ciertas características o supuestos de relación en algunas de las parejas actuales:

**Ambos tienen que mantener la libertad y la independencia.*

Cuando la base del encuentro es la necesidad del otro, el deseo, que me lleva a buscarlo, ¿cómo voy a mantener mi independencia? Está claro que la dependencia, la

necesidad del otro, son bases del encuentro. Pero aquí también se está ojo avizor, evaluando si veo que el otro también me necesita y midiendo mi necesidad y la suya. Como si fuera posible medir las necesidades de uno y otra. La libertad, la mía y la suya, están en el límite de ambos. Libertad no es sinónimo de cada uno por su cuenta: se ejerce la libertad para irse, pero también para quedarse, para permanecer, para depender, para compartir. Se ejerce la libertad con el no y con el sí. Se ejerce la libertad con la sumisión. Este concepto, el de libertad, es uno de los que más aclaración requeriría.

**Ambos tienen que dar prioridad a su realización y a sus carreras profesionales.*

No se sabe muy bien cómo ha sido, pero la carrera profesional se ha convertido en una de las señas de identidad actuales para ambos sexos. Todo lo que signifique demorar o relegar esta carrera en aras a otro tipo de alternativas está mal visto, sin perjuicio de las consideraciones económicas que se puedan imponer según las posibilidades de cada cual. Por lo que respecta a las mujeres, parece que estuviéramos traicionando nuestro futuro, nuestro ser en el mundo; para los hombres, siempre ha sido un valor. La realización personal se pone en la cuestión profesional, dejando a un lado otro tipo de vivencias, intereses y deseos. Y, siempre que no se respete este principio de prioridad, surge el conflicto: la visión del otro, no como alguien que acompaña y con quien se comparte, sino como alguien que estorba o pone zancadillas en el camino. Se codifican todas las señales de alerta y se activan los dispositivos de defensa. El miedo a la anulación, al ser anulada o anulado crece. Pero, ¿es eso lo que queremos? ¿Realmente la carrera profesional en el rincón más íntimo es lo que deseamos? ¿Hasta qué punto? ¿Podemos apartar al otro como a un simple estorbo? Estamos habituándonos al lenguaje de la conciliación: conciliar vida familiar y profesional, algo así como decir que todos tenemos que "arrimar el hombro", pero yo veo mujeres que se sienten culpables por dejar a sus hijos pequeños en una guardería y se sienten culpables también si no se esfuerzan en su carrera profesional, si no llegan a donde se supone que tendrían que llegar. Son demasiadas exigencias y ante ellas habría que situar como eje de las decisiones los deseos y los intereses de ambos, los de su relación.

**La relación ha de regirse por la igualdad.*

Se pretende que la igualdad sea el criterio de la relación. Igualdad de deseos, igualdad de elecciones: si ayer has elegido tú, hoy lo haré yo, aunque tú tengas algo que

te apetezca en especial. Es necesario turnarse para decidir a dónde se va de vacaciones, quien cuida a los niños para salir, quién friega los platos, etc. La medida de la igualdad se va introduciendo en todos los órdenes. Quizá el más llamativo sea el de la economía. Ambos tienen que aportar igual o, al menos, proporcionalmente a los gastos. En esto se es cada vez más escrupuloso, hasta el punto en que se da un fenómeno llamativo: con el anterior pacto de los sexos, los hombres trabajaban fuera del hogar, en el mercado de trabajo o en los sectores productivos, mientras que las mujeres lo hacían principalmente en el ámbito doméstico. Los hombres, que eran quienes percibían un salario, pagaban. Y eso era parte de su masculinidad, como el asumir los compromisos. Ahora, los hombres tienden a sentirse utilizados sin ven que son ellos los que aportan económicamente más. Y ellas también. Por lo tanto, ambos tienen un nuevo campo en el que mantenerse expectantes y vigilarse entre sí. No estamos hablando de que él gane más o menos ahora que antes, sino de que el hecho de que ella también perciba o pueda percibir un salario la convierte en alguien que puede beneficiarse de él, que puede lucrarse a su costa. En los hombres hay una gran susceptibilidad en este punto, probablemente respaldada por las sentencias que se están produciendo en algunos casos de divorcio. En general, con el horizonte de la igualdad estas actitudes se extrapolan y lo que antes se hacía de buena gana, ahora se convierte en causa de indignación y malestar si el otro no lo hace también y en idéntica proporción.

**La unión dura mientras dura el amor.*

Este es el punto más delicado. El compromiso depende de algo tan voluble y sujeto a cambios, tan poco predecible, como los sentimientos. Si ya no es necesario que ella friegue los platos ni que él traiga el dinero, el vínculo parece que dependiera de ese hilo tan frágil que es el amor. Cuando se dice que éste ya no existe, se piensa que lo más lógico es que se separen, puesto que ya no se aman. ¿Y lo que han construido juntos? ¿Y lo que se comparte? ¿Son el amor o la falta de amor suficientes motivos para decirle a alguien ahí te quedas? ¿Dónde va a reclamar el abandonado? Como el compromiso se establece con base al amor, cuando uno de ellos no ama y, además, se considera que tiene derecho a amar, parece que el resto está justificado. Pero el hecho es que el amor es un mal consejero para ser la única base sobre la que se construye una pareja. Y que es un mal consejero lo prueban el gran número de divorcios, separaciones y rupturas que se producen. Cuando los sexos son más libres para elegir, los criterios de la elección son bastante frágiles. Ya no les obligan las familias, ni los patrimonios,

ni la necesidad de ser cuidado o mantenida. Ahora que nada les obliga a elegir, habría que plantearse por qué son tan frágiles las uniones. Este tema por sí solo merecería un gran detenimiento.

El caso es que cada vez somos más exigentes porque cada vez son más los desengaños. Cada vez el listón más alto y nosotros más bajos. La eventualidad es la característica de las relaciones entre los sexos. Para ella y para él. No aguantar. Romper. Independencia. Autonomía. Provisionalidad. Esas son las nuevas claves de la relación. Se emparejan pensando en la ruptura, se casan pensando en el divorcio. Si ayer se exageraba con el para siempre: *-hoy te quiero más que ayer pero menos que mañana-,* ahora la verdadera fórmula sería, también exagerada: *hoy te quiero, mañana no se sabe*. Los ensayos de relación y las formas de convivencia y de relación se multiplican, y entorno a ellos crece el caos. En realidad, nadie sabe a qué atenerse.

No parece sensato continuar por ahí. A estas alturas, no seré yo quien censure el movimiento de las mujeres para ocupar su lugar en la sociedad, en la historia y, sobre todo, en su relación con el hombre. Pero una cuestión es ésta y otra la desorientación y el caos a los que nos están llevando las actitudes defensivas o de reacción, yo diría, revanchistas. El objetivo que se consigue con ellas es justamente el inverso al que se persigue:

La pregunta decisiva es si estos problemas continuarán y se agudizarán aún más hasta que al final sólo queden los terapeutas como acompañantes de nuestra soledad. O también existe la posibilidad de entregar el alma a un animal doméstico, como explica Elisabeth Plessen en una novela: "Su hijo había caído en Rusia… Su mujer le había abandonado… Para el alma tenía un gato[10].

El nuevo paradigma sexual, ése que hemos caracterizado como el hecho de dos, es la clave para empezar a buscar sobre la base de lo que desean y de lo que es del interés de esos dos. Ésa es la mayor novedad y también la mayor conquista de la modernidad. Supone, eso sí, el reconocimiento de nuestras discapacidades. En realidad, el encuentro vendría a ser ese espejo en el que nos vemos reflejados con nuestras capacidades y nuestras flaquezas. Ahí, en las limitaciones, las flaquezas y las discapacidades se origina el encuentro: en el reconocimiento de la necesidad del otro, en el deseo del

10 Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. Op. Cit. Pág. 111

otro, en la búsqueda del otro; lo cual es tanto como decir en la propia insuficiencia, en el saberse a sí mismo y a sí misma como limitado. Recientemente hemos tocado este punto en la revista *serCapaz*[11]. Nos detendremos ahora sólo un momento en él.

Discapacidades e insuficiencias

No vamos a negar -sería absurdo- que las discapacidades existen y conllevan una serie de restricciones o anomalías de funcionamiento[12]. Es cierto. Las discapacidades existen, imponiendo al comportamiento y a la vida diaria una serie de limitaciones y sobreesfuerzos, afectando también a la forma de vivirse -a sí mismo- y de relacionarse- con el otro sexo. Estas discapacidades tienen una etiología y unas características bien diferentes, pero quiero señalar algo desde el punto de vista de las vivencias. Por ejemplo, desde el lado de su transitoriedad o permanencia: es bien distinto saber que tras un tratamiento y un periodo de recuperación y rehabilitación se recupera una función a tener que desarrollar nuevas habilidades que vengan a sustituir a las anteriores de manera definitiva. Estas nuevas formas de manejarse requieren cambios profundos. Es distinto también hablar de tetraplejias o paraplejias que de una extremidad perdida o reconstruida; de secuelas de una enfermedad o de consecuencias de un accidente; de deficiencias congénitas o adquiridas a una edad temprana; de las sobrevenidas en la primera juventud o en la edad adulta; cuando se tiene pareja o cuando no se tiene; cuando aún no se ha tenido esa primera vez o cuando se ha tenido; cuando hay hijos o cuando ni siquiera se ha pensado en ellos. Son situaciones distintas que, sin duda, pueden y deben ser agrupadas siguiendo criterios para favorecer su estudio.

Sin embargo, de esta diversidad de situaciones que hemos insinuado podemos decir que son, sobre todo, discapacidades vividas; discapacidades biográficas, discapacidades que han entrado de una forma más o menos invasiva en la vida de los hombres y las mujeres que resultan afectados por ellas. Discapacidades que se viven con miedos y preguntas con respecto a sí mismo y con respeto al otro sexo: ¿voy a gustar? ¿soy deseable? ¿podré satisfacer al otro? ¿estaré a la altura de lo que se espera de mí?. Y temores: temo que me rechacen, que el otro

11 *Vida Sexual de las mujeres con discapacidad. Capacidades y necesidades*. COCEMFE ASTURIAS. Nº 7. Primavera 2002. pp. 4-6.

12 Lázaro, O. y de la Cruz, C. *Las sexualidades más válidas*. Anuario de Sexología. Asociación Estatal de Profesionales de la Sexología -AEPS. Nº 1. Noviembre 1995. pp. 91-96.

no me busque como yo lo busco, que no me desee como yo lo deseo; que encuentre feo mi cuerpo. Temo el abandono. Temo ilusionarme y que me dejen. Temo por mi vulnerabilidad frente al otro. El otro, en su soberanía para desearme, me deja en la indefensión.

Estas son preguntas y miedos corrientes, las que vivimos y nos hacemos todos y todas. Ellos y ellas. Cada uno con los matices que les son propios. La clave de ésta nuestra debilidad está en el hecho de que entramos en el campo de la relación. Quedamos a merced del otro. Cada uno llevamos a nuestros encuentros miedos y fantasmas. Algunos de ellos son triviales: mis michelines, mi barriga prominente, mis piernas demasiado delgadas, mi celulitis, mis celos, mi carácter... Otros son más profundos: a veces estamos firmemente convencidos de que no merecemos gustar ni que nadie nos quiera. Vienen de historias pasadas que no hemos digerido aún, de lo que vemos a nuestro alrededor, de nuestra biografía... ¿Quién no se ha sentido inquieto al acercarse a ese hombre o esa mujer que le hace sentir algo especial? ¿Quién no ha sentido alguna vez el miedo a perder al otro o a ser abandonado? ¿Quién no ha se ha preguntado qué tengo yo para que me quieran? ¿Quién no se ha hecho tantas y tantas preguntas que tienen que ver con sus discapacidades, las imaginarias o las reales? ¿Quién no ha pensado que el defecto aleja al otro?. A lo mejor, curioso, podría ser lo que lo atrae. No gustamos por perfectos, gustamos por ser sexuados.

La discapacidad física no invalida como hombre o como mujer: no elimina la capacidad de desear ni de ser deseable; no anula la capacidad de conocer a alguien y de convivir y de compartir; no borra la capacidad de proporcionar y sentir placer. Incluso, al contrario, puede servir de punto de acercamiento, de ocasión o trampolín para abrirse a las necesidades del otro, para detenerse y merodear en las sensaciones, para explorar nuevos horizontes y ensayar otras posibilidades que, de otro modo, quizá nunca se buscarían. Pero, sobre todo, una discapacidad no quita ni minusvalora la identidad: el ser y hacerse, sentirse y vivirse, expresarse y actuar como hombre o como mujer. La discapacidad es una circunstancia más o menos grave en la vida, pero no lo que nos estructura como sexos. Los miedos adquieren nuevas formas y maneras, mas en el fondo sigue latiendo la inquietud por el otro sexo, esa inquietud que nos mueve hacia el encuentro. Ahí podemos darnos la mano para seguir haciendo camino.

En resumen y para concluir

Tras unos procesos de búsqueda de las identidades sexuales por separado, qué es ser mujer-qué es ser hombre, tras respuestas que se han dado desde el lado colectivo, social, de los hombres y desde el lado colectivo, también social de las mujeres, quedan aquellas otras que vayamos a poder dar desde el lado de los sexos, desde el lado de sus biografías, desde el lado de las individualidades que se buscan y se encuentran: se desean. La llamada al encuentro no es una llamada que nazca de la igualdad, sino de las diferencias sexuales; no se mueve en la lógica de la cuantificación, ni en la de la medida, sino en la del entendimiento; no es un ejercicio constante de confrontación, sino de ternura, y de diálogo; no se basa en la imposición, sino en la inteligencia; no es cuestión de fuerza, sino de atracción, seducción y vulnerabilidad; no se mantiene vigilante y alerta, sino que se abandona al otro. Son los lenguajes íntimos. El lenguaje del deber, del tener que ser o el tener que hacer de una forma u otra, da paso al lenguaje del ser, de cómo se es, de los hechos, de quién se es y en relación a quién y con quién. Da paso también al lenguaje del deseo. No hay uno que busque y otro que sea buscado; no hay uno que atraiga y otro que sea atraído; no hay uno que seduzca y otro que sea seducido; no hay uno que elija y otro que sea elegido, sino que ambos, una y otro, él y ella, se desean, se buscan, se seducen, se eligen. No hay uno que sea activo y otro que sea pasivo; no hay uno que sea fuerte y otro que sea frágil; ambos son activos y pasivos, fuertes y frágiles en una relación en la que fuerza y fragilidad, actividad y pasividad, dependen del otro. En el juego de los sexos todo queda replanteado entre ellos por la lógica del deseo. Ambos son sujetos y objeto de una misma relación: la relación de los que se buscan y se encuentran. Nuevos sujetos aptos para el encuentro. Se trata de la relación de quienes se desean: acariciarse, convivir, reproducirse, compartir, colaborar, escucharse, tocarse, sentirse tenido en cuenta por el otro. Cada relación buscará sus peculiares encajes y el encuentro estará marcado por el nuevo código de los intereses y deseos de los sujetos. Después de tanto recorrido, bien nos merecemos los sexos un nuevo paisaje. Con nuestras discapacidades y capacidades.

* Sólo he pretendido apuntar algunas ideas que, en distintos momentos de mi biografía, he visto que reforzaban cierta desconfianza entre los sexos. No pretende, pues, ser un análisis rigurosa.

VIII La sexualidades más válidas

Carlos de la Cruz
Responsable del Plan de Educación y Atención en Sexualidad para la Infancia, Adolescencia y Juventud. Ayuntamiento de Leganés. Madrid

No soñemos pasados
que el viento se ha llevado.
Una flor de hoy
se marchita justo mañana.
Es preciso que nazcan flores a cada instante.

(Lluis Lach, "Cal que neixin flors a cada instant")

Como responsable del "Plan de Educación y Atención en Sexualidad para la Infancia, Adolescencia y Juventud" del Ayuntamiento de Leganés, sé lo que ha costado, y todavía cuesta, que nuestro trabajo esté dirigido a "lo que queremos conseguir y no sólo a lo que "queremos evitar". A *conseguir que las sexualidades sean válidas* y no sólo a que dejen de ser problemáticas. Parece un juego de palabras, pero es mucho más que eso.

Me explico. Casi nunca se plantea si chicos y chicas disfrutan o no de sus relaciones eróticas. En cambio, sobre otra cuestión no hay dudas. Todo parece girar en torno a si se producen *embarazos no deseados* o si se contagian de ETS o SIDA y sobre cómo evitarlo. Sin embargo, se olvida lo fundamental ¿o es que todavía hace falta recordar que quien sabe disfrutar sabe evitar "malos rollos", incluyendo embarazos y SIDA, y que, por otra parte, lo contrario no siempre es cierto?

Durante muchos años se ha criticado, y se sigue criticando, a la Iglesia Católica por reducir la sexualidad sólo a aquellas conductas que pueden conducir a la reproducción. Es decir, que desde su punto de vista el resto eran poco interesantes y estaban fuera de lugar. Tienen la consideración de pecado. Sin entrar en consideraciones morales, como sexólogo, ¡y aunque no lo fuera!, tengo la certeza de que ni la sexualidad, ni la erótica tienen por qué ser tan reducidas, a los genitales y el coito.

Pues bien, de un tiempo a esta parte, y aunque no sea exactamente igual, tengo la impresión de que quiénes *nos dedicamos a la Educación Sexual* estamos haciendo algo bastante parecido a aquello que decíamos criticar: *"reducir la sexualidad a aquellas expresiones que pueden traer líos: embarazos, SIDA, ..."*

Nosotros nos amparamos en lo urgente, ahora no hace falta ampararse en la moral. Pero nuestra atención sólo se dirige a los coitos. Y naturalmente, eso significa que sólo nos ocupamos de quienes pueden practicarlos. Y, más concre-tamente, de quienes pensamos que pueden practicarlos sin *"nuestro" control.*

Como es evidente, *esta atención* ya es de por sí un *juicio de valor,* que dinamita nuestra idea de que todas las sexualidades son válidas. Hay unas que existen y que se les presta atención y otras que no.

Generalmente a la *erótica* de hombres y mujeres se le presta poca atención. Ya he dicho que con demasiada frecuencia se confunde erótica con coito. Pero a la *erótica* de las personas con discapacidad aún menos: habitualmente están más controlados y, a veces, hasta tienen dificultades para practicar el coito, luego resulta que hay menos peligros y *tienen menos riesgos.* Menos sexualidad.

Mal asunto, por tanto, *si dejamos que sigan siendo los riesgos* quienes tiren del carro de la Educación Sexual. De un lado, no sería Educación Sexual y, de otro, son *tantas las cosas que desbarata, como las que se supone que pretende arreglar.* ¿O no es este el mejor modo de seguir considerando la erótica fundamentalmente como coito y como genital?

¿Tiene algo que ver esto con la erótica de los hombres y mujeres discapacitados? Absolutamente *todo. No hay dos eróticas,* una normalizada y otra "discapacitada". *Hay cientos,* miles, millones de eróticas. Así que, en la medida en que se proponga un único modelo, se está excluyendo a todos los que no quepan en él. Si encima el modelo propone jerarquías, peor. Ya no sólo te dejan "fuera", sino que sitúan "por debajo". Hay mejores y peores.

Si de verdad nos creemos que no hay una única sexualidad, sino que hay sexualidades, *habrá que hacerlo creíble,* en todos los frentes y en todos los momentos. Desde el principio.

Un ejemplo que quizás ayude a ilustrar lo que quiero decir. Tanto los *gays* como las lesbianas han tratado (y probablemente con cierto éxito) *que no se dé por hecho que ya está "normalizada su existencia"* y que, por tanto, ya están incluidos en los genéricos: hombre, mujer, persona o pareja. Ellos y ellas quieren que se les "nomine". Que explícitamente se les dé visibilidad. Consideran, con toda razón, que con

tanto hablar "de la primera vez", "de los peligros de embarazo" o "de las dificultades en el coito", en realidad, su sexualidad **se** estaba quedando *reducida a un único capítulo*. Probablemente sin mala intención, pero un capítulo: el del tema homosexual.

Gays y lesbianas lo que *quieren es estar presentes en todos los capítulos*. Supongo que no hace falta explicar por qué. Tanto unos como otras sienten que *lo peor era estar abocados al silencio*. A no existir. Percibir que esto de "la educación sexual normalizada" no va ni con ellos, ni con ellas, ¡qué son una excepción! Por eso había (y hay) quien prefiere que se les desprecie -por lo menos se les da existencia- a que se les oculte, se les mande al olvido, a la nada o a un único capítulo.

Dicho sea de paso, *gays* y lesbianas aún no han logrado totalmente lo que pretenden. Menos aún las *lesbianas* que consideran que su *invisibilidad* se sigue dando, que mientras que los *gays* han conseguido cierta visibilidad, su existencia y su sexualidad se sigue difuminando entre las sexualidades en general y entre las homosexualidades en particular.

Pensemos ahora en hombres y mujeres con discapacidad, ¿cuantas veces habrán oído que se nombra su sexualidad? Ya sé que se me podrá decir que no hace falta nombrarlos, que son tan hombres y tan mujeres como cualquiera y que por tanto no se les excluye. Pero, *seamos sinceros, ¿no se les excluye?* ¿de verdad que no hace falta nombrarles? ¿un chico o chica que vaya en silla de ruedas puede sentirse identificado con todos los ejemplos que suelen ponerse al hablar de sexualidad o de las primeras relaciones eróticas?

Ya sé que si habláramos cómo deberíamos, no habría diferencia. Pero ahora *se trata de lo que hay y no de lo que debería haber.* ¿Valen los ejemplos de los primeros coitos? ¿Del parque? ¿Del coche? ¿De cómo se liga en las discotecas? ... ¿De verdad que no hace falta explicitar que *también* las personas con discapacidad tienen su primera vez, que *también* se ponen nerviosos y nerviosas, que *también* ligan ...?

Naturalmente que *la solución no pasa por hablar "siempre"* de hombres y de mujeres, homosexuales y heterosexuales (o, mejor, *gays* lesbianas y heterosexuales), personas adultas y de la tercera edad, personas sin discapacidad o con discapacidad física, psíquica o sensorial...

¿Se imaginan lo que podría ser un texto si hubiera que repetir toda esta "ristra" cada vez que se procurara evitar el uso de un genérico? Además, ¿de verdad alguien cree que así se acabaría con la situación? *¿Valdría de algo cambiar "el sujeto" si los verbos y los predicados se mantienen,* si después *todo lo demás* sigue representando sólo a algunas de las partes? Evidentemente con nombrarlos no se solucionan los problemas.

Además, tampoco creo que *"la calidad"* de las personas guarde relación con el número de veces que se las cita en un texto o en una sesión. Esto podrá valer para los investigadores, que llevan la cuenta de las veces que son citados y van anotándose puntos. Pero, sinceramente, creo que en lo que estamos hablando, no hay muchas cuentas que echar.

Un ejemplo, si *de nuestras palabras,* y hablo como Educador Sexual, se pudiese desprender que "lo más de lo más", lo "chachi", "el modelo", "el ideal", *la verdadera relación erótica es el "coito vaginal"*, ¿qué pasaría con todas esas personas que por un motivo u otro no lo practican o tienen dificultades para hacerlo?

Ya sé que ningún Educador Sexual hará explícitamente esta afirmación. Todo lo contrario. *Sabemos "lo que tenemos que decir"*. Incluso creo que no se nos olvida nombrar todo lo "nombrable". Por eso *hablo de lo que se desprende de las palabras,* ¿y qué otra cosa se puede desprender de hablar de penes, vaginas, erecciones, lubricación, preservativo, eyaculación precoz, primera vez, himen, ...?

Así las cosas. Entre un silencio explícito o un desprecio implícito. ¿Qué se debería hacer? *¿Seguir igual?* No. ¿Dejar de hablar? Tampoco. Lógicamente esto *no se resuelve ni con una charla,* ni con un nombre de más o de menos, pero es que la situación tampoco ha surgido de golpe, ni tiene un único responsable.

Supongamos a un padre y una madre que tiene un hijo o una hija con algún tipo de discapacidad. Será fácil imaginar todo lo que "emocionalmente" les habrá removido, los sentimientos encontrados, las noches en vela, las preguntas sin respuestas y tantas otras cosas. También podremos imaginar cómo se han movilizado hasta el límite buscando recursos y apoyos. Se habrán preocupado por saber hasta dónde podrá estar afectada la motricidad, la autonomía, la inteligencia, los sentidos, el habla... Y en cada uno de los puntos habrá encontrado una respuesta. Además harán todo lo que

esté en sus manos para que el niño o la niña *lleguen al máximo* en cada uno de los aspectos ¡Qué no sea por no intentarlo, aunque sean muchos los esfuerzos!

"Habitualmente" *la sexualidad,* lo sexual, la identidad, las relaciones, *no forman parte de lo más urgente,* de lo que preocupa o de lo que moviliza a los progenitores. Lo sexual queda *en el cajón de lo que no se pregunta.* Lo cual, si uno se pone en el papel del padre o de la madre, puede llegar a entender. Al fin y al cabo están reflejando las prioridades que la sociedad en la que viven les transmite. Pero otra cosa es si nos ponemos *en el papel del profesional* que habla con ellos. Ahí *es menos entendible,* no es lo mismo.

El profesional debe hablar aunque no le pregunten. Debe hablar de lo que considera que es importante para el chico o la chica, y su sexualidad, desde luego, lo es. Es más, debe hablar tanto si la discapacidad afecta como si no lo hace. Si sí: porque sí y si no: porque *no.* En cualquier caso, se trata de hacer consciente a la familia de que el chico o la chica tiene su sexualidad ¡la que sea! Y que merece la pena prestarle atención. ¡Cómo debería suceder con cualquier otro chico o chica!

Si los profesionales no hablamos de sexualidad, si no explicamos cómo evolucionan también en este aspecto, ¿cómo nos podemos extrañar de que las familias no le presten atención, de que no quieran verlo? O lo que es peor, *si sólo les hablamos de la sexualidad cuando surge "un problema",* ¿cómo va a sorprendernos que vivan esa sexualidad de su hijo como problema? ¿Qué otra posibilidad les hemos dejado?

Lo curioso es que, a menudo, detrás de ese silencio que "problematiza" están *dos personas que inicialmente no partían* de la idea de la sexualidad como *problema.* Puede que hubiera un profesional que estuviese deseando que le preguntaran para poder hablar, pero que por prudencia o por "no meterse donde no le llaman", no intervenía. Y puede que también hubiera un padre y una madre que deseaban que se les hablase del tema y que no preguntaban por "pudor" o por no parecer "inoportunos".

Esto es lo que *da aún más rabia:* un buen punto de partida, dos buenas intenciones y, sin embargo, un resultado demasiado conocido: *la sexualidad en el cajón y un muro de silencio* a su alrededor.

Como profesionales no debemos mantener esta situación. Debemos *hablar de todo aquello que nos parezca importante* y contar todo lo que creamos que merece la pena saber. ¿Cuesta tanto informar de lo sexual del mismo modo que hacemos con el resto de aspectos del individuo? No nos podemos quedar a la espera de las preguntas, si no queremos seguir siendo cómplices del "silencio".

Por el otro lado sucede lo mismo. Cada cual debe *preguntar todo lo que crea pertinente,* todo aquello sobre lo que tenga dudas y, especialmente, lo que considere necesario. Además, desde la certeza de que no hay preguntas inoportunas. Como ha quedado claro, a la larga siempre serán más inoportunos los silencios que las preguntas.

Por supuesto estas invitaciones a "contar y preguntar" incluyen a las propias personas con discapacidad. Para que les contemos expresamente a ellas y para que *se permitan preguntarnos directamente.* Por su cuerpo, sus genitales, el efecto de ciertos medicamentos, la sensibilidad... ¡por todo lo que les preocupe!

En definitiva, insisto en la misma idea: *no hay ninguna sexualidad que merezca estar escondida* o arropada por el silencio. Por supuesto, la de las personas con discapacidad tampoco.

Ya he dicho que con demasiada frecuencia se asocia la sexualidad a los problemas: el embarazo, las enfermedades, el escándalo, los abusos. Pero, como sabemos, *ni la sexualidad ha de ser necesariamente un problema, ni desde luego el silencio es una vacuna.*

De todos modos, no resulta extraño que se mantengan los miedos o los fantasmas. Pensemos por un momento en "sexualidades placenteras y enriquecedoras" ¿Qué imágenes nos vienen a la cabeza? *¿Cuáles son los modelos que nos ofrecen los medios de comunicación?* ¿Cuántas sillas de ruedas aparecen? Ya sé que esto no es exclusivo para el tema de la sexualidad, ni para las minusvalías físicas o psíquicas: tampoco aparecen de la tercera edad, ni de obesos, ni de los supuestamente menos agraciados, ni de quienes se muestran torpes o nerviosas… Pero, que falten más, no es consuelo.

De todas formas, *lo peor de todo no es eso.* Lo peor es que, casi siempre, las pocas veces que aparecen esas "otras sexualidades" es asociándolas a los problemas: las

angustias, las inseguridades, las obsesiones, las dificultades en la relación... Volvemos a lo anterior: ¡cómo sorprendernos después de que la sexualidad de las personas con discapacidad se vea como un problema!

He dicho que "se vea" como un problema y *no que "se viva"* como un problema. Porque creo que son más los "problemas o dificultades" que se presuponen desde fuera, que los que realmente (al menos en muchos casos) se viven desde dentro.

Supongo que los medios de comunicación no deberían ser ajenos a estas reflexiones. Pues, aunque ya sé que más de uno pensará que *su tarea no es "educar",* que para eso está la Escuela o la familia, considero que su tarea tampoco debería ser la contraria: la de *"deseducar"* lo que con muchas dificultades se supone que están intentando lograr la escuela o la familia, entre otros agentes sociales.

Si se pretendiera justificar la presencia en los medios de comunicación de ciertas sexualidades frente a otras con argumentos "democráticos" que pretenden representar o dirigirse a la mayoría, tampoco me valdría. Peor aún. De un lado, porque no sé muy bien "donde está" esa mayoría que se supone representar y, sobre todo, porque si hablamos de democracia, ésta debería distinguirse más *por el respeto a las minorías* que por el triunfo aplastante de las mayorías. Poca democracia será la que no permita expresarse a las minorías.

Se trata de ser coherentes y que, cada cual desde su plano, contribuya a hacer realidad aquello de que *no hay una sexualidad, sino sexualidades:* distintos procesos de sexuación, distintas maneras de vivirse como sexuados y distintas maneras de expresarse y de disfrutar. No hay jerarquías. Todas las sexualidades pueden ser *más válidas.*

Por ejemplo, si trabajando en educación o atención en sexualidad toca hablar (que tocará) del cuerpo o de los cinco sentidos, será necesario explicar cómo funcionan, pero también qué sucede cuando falta un sentido, cuando hay zonas sin sensibilidad, con los órganos no funcionales, con capacidades sin desarrollar… Todos estos *aprendizajes son importantes* estén o no, aparentemente, en sus intereses. Con toda seguridad están en sus necesidades. Y la educación sexual consiste en atender lo que "se quiere saber", pero sin descuidar "lo que se necesita saber".

Conocer a los demás ayuda a conocerse uno mismo. Además, también hemos de aprender cómo seremos, o cómo podremos ser, dentro de unos años, tanto nosotros

como nuestros seres queridos. Si se trata de aceptarse (y de aceptar), desde luego, es más fácil lograrlo desde "el conocimiento" de lo que hay y de lo que puede haber, que desde la compasión o la resignación. Y *¿cuál era el objetivo de la Educación Sexual?* Conocerse, aceptarse y aprender a expresar la erótica de modo que se sea feliz, que te sientas satisfecho o satisfecha.

Veamos otro ejemplo, hoy en día nadie duda de que es necesario *educar en seguridad vial.* De hecho tanto la Seguridad Vial como la Educación Sexual son dos de los ejes transversales que deberían impregnar todas las áreas del curriculum educativo y en todas las etapas.

Pues bien, cuando se educa en seguridad vial *se parte de distintos supuestos,* con lo cual no hacen falta ni "los guiños", ni la ristra de sujetos (como los que hablábamos antes). Todos existen y todos están representados. Me explico, se educa para ser un buen conductor, pero también para ser un buen peatón, para saber ir de copiloto o en los asientos traseros, para conducir tu propio vehículo, para utilizar el transporte público e, incluso, para saber ir "de paquete en la moto".

Además ¡y lo que es más importante! No sólo se educa desde las distintas posibilidades, sino que *nadie afirma que sea mejor ser conductor que peatón o usuario de los transportes colectivos.* No hay jerarquías. A lo sumo se habla del uso racional de las distintas opciones. *Pero ¡todos aprenden de todas las opciones!*

¿Se imaginan que con la Educación Sexual hiciéramos lo mismo? Que habláramos de coitos, pero también de masturbación, de caricias, de fantasías, de distintos cuerpos, distintos deseos y distintos ritmos. Que no jerarquizáramos, ni dogmatizáramos, que nos limitáramos a *cultivar las distintas posibilidades* que hay en los distintos hombres y en las distintas mujeres.

Pues por ahí van los tiros o, mejor que tiros, las ideas. Por tener "nombre", pero fundamentalmente por tener presencia. Pero *una presencia que sea "fruta madura"* que no se arranque a golpe de reivindicación. ¡Las reivindicaciones deberían estar para suprimir "otro tipo de bordillos"!

Ahora que, mientras llegan esos "nuevos tiempos", ni podemos ni debemos quedarnos de brazos cruzados. Hemos de vivir el presente y propiciar que cada hombre y

cada mujer viva el suyo. Desde sus posibilidades y desde su realidad. Desde sus deseos. Conociéndose, aceptándose y expresando la erótica de modo que se sea feliz. Sin esperar a que sean otros quienes nos lo traigan todo resuelto. Nada más revolucionario que reivindicar *lo personal e individual, la peculiaridad.*

"ES PRECISO QUE NAZCAN FLORES A CADA INSTANTE"

No esperemos el trigo
sin haber sembrado.
No esperemos que el árbol
de frutos sin podarlo.
Hemos de trabajar.
Hemos de ir a regarlo
aunque los huesos
nos hagan daño.

IX Encuentro a gusto este encuentro

Óscar Lázaro Cabezón
Confederación ASPACE. La Rioja

Bienvenida al Encuentro

Antes de nada, resaltar el acierto con que se ha diseñado esta campaña corporativa, y también por resumirla con la palabra *"encuentro"*. Posiblemente pocas palabras definen por sí mismas la sexualidad, pues, ¿qué otra cosa es, sino un encuentro con tu propio cuerpo sexuado... o/y un encuentro con el otro? Y hablar de encuentros es invitar a la *diversidad,* y su respeto invita también a entenderlo desde el marco de las posibilidades... y no de las ausencias.

Recuerdo un seminario celebrado hace 14 años sobre "sexualidad" y "enfermos renales". Releyendo los recortes de prensa, descubrí que el acto abrió con un auténtico bombardeo de *"negativismos"* para abordar la *"problemática concreta de la sexualidad de los enfermos renales"* (desequilibrio hormonal y metabólico, debilidad física y cansancio, inseguridad, sentimiento de inutilidad,...). Me sorprende, sobre todo, que según la crónica, en aquella intervención trataba de descontaminar de prejuicios sociales... y, al parecer, sólo lo supe hacer explicando las distintas disfunciones sexuales. Me sonroja haber caído tan ingenuamente en una trampa de la que tantas veces hemos sido advertidos irónicamente por Efigenio Amezúa. Pido perdón y haré valer en esta ocasión mi propósito de enmienda.

Encuentro con *sexualidades y discapacidades*

La verdad que es difícil: discapacidad, *minusvalía,...* Todos conocemos los dichosos *certificados de minusvalía* que sentencian los grados de deficiencia... Sutilmente nos obliga a unos y otros a centrar la mirada en las limitaciones. Y esto es algo que condicionar..., condiciona. En quienes tienen discapacidad, mitigando la autoestima, y en los demás, recelando de sus iniciativas. Aun con todo: enormes esfuerzos por la integración escolar... y hasta laboral. ¡Pero de ahí a tratar de integrar la sexualidad...! ¿Para qué?

Situemos el tema. Si tradicionalmente la sexualidad sólo se entendía como genitalidad, como instinto reproductor... la *cuota de audiencia* era una muy selecta audiencia que gozaba del privilegio de la sexualidad: se trataba de parejas heterosexuales, en edad fértil, dentro del matrimonio, con claras intenciones de tener

hijos... Si quitamos a niños y mayores, solteros, votos de castidad, viudos y viudas, mujeres con menopausia, ...y discapacitados, ¿qué nos queda?

Bueno, afortunadamente, ahora son otros tiempos. Ya nadie está tan obsesionado con la genitalidad, y se entiende que hay una vertiente tremendamente enriquecedora de la sexualidad como es su faz comunicadora, afectiva, placentera... ¡Es evidente! ¿...O no? ¿Ha desaparecido esa insistencia en las relaciones genitales? Reconozcamos que, al menos, es difícil obviarla... Pues, ¿cuál es la figura de *normalidad* en sexualidad? Si, al paso que vamos, acabaremos sospechando de cualquier soltería como una desviación y de cualquier pareja sin hijos como un silenciado trauma sexual.

Anécdota del Encuentro con parejas de discapacitados

Lo diremos de otra manera. El pasado sábado[1] en Salamanca se celebró la Asamblea General de Aspace. Entre los delegados, causaron cierta expectación (y benevolencia) dos parejas. Una de ellas estaba compuesta por un informático con parálisis cerebral y su novia, con la que se va a casar este verano. En algún momento se llega a pensar: ¿se darán pena mutuamente? Si lo ves andar, y lo hace tan lento..., que crees que está a punto de desplomarse en tus propias narices; y, sin embargo, había conducido durante cuatrocientos kilómetros en su propio coche. ¡Qué valor! Ahora, de ahí a... la boda, ¡qué ganas!

La otra pareja estaba protagonizada por una joven con parálisis cerebral, con una deambulación extremadamente rápida y muy imprecisa... ¡Bueno, pues estaba casada con un joven! ¿Extraño, no? ¿No disimularía él alguna discapacidad psíquica o… no sé? Y además tenían una preciosa hija de cuatro años o así. Durante la cena uno no dejaba de intuir cómo fue posible ese "encuentro".

¿Prejuicios yo? ¡Por favor! Que se me entienda... Bueno, quizá algunas reservas, las normales... La verdad es que al tratar a estas parejas, uno descubre gente muy normal: con nuestras bondades y nuestras miserias...

1 Nota de edición: se refiere al 1 de junio de 2002, sábado anterior a su intervención en las Jornadas *Discapacidad y vida sexual: la erótica del encuentro.*

Es curioso, ahora se me ocurre preguntarme: ¿habrémos sido yo y mi pareja también objeto de análisis? ¿Habrá pensado alguien ¡qué pareja tan rara!? Quizá notaron que no bailé en toda la noche y que no estuve especialmente romántico,... y ¡no sé, no sé...!

Anécdota del Encuentro de monitores sin discapacidad

A media noche, salí a la terraza a tomar un refresco. Tomé asiento junto a dos monitores de residencia de personas con parálisis cerebral. Se me ocurrió comentar que hoy estaría en Avilés, participando en estas interesantes jornadas. Y me hicieron partícipe de sus desazones. Por ejemplo, consideraban que los residentes tenían perfecto derecho a expresar su sexualidad.

- "Otra cuestión es cómo -comentaban-. Por ejemplo, si un residente ronda en amores a otro, ¿qué hacer? Porque claro, ¿qué pasa con los demás residentes…?".
- Eso mismo les pregunté yo: "¿qué pasa?".

- "Pues eso", me contestaron...

- "Claro, claro...", asentía yo.

- "¿Y si se enteran sus padres? Porque ellos pueden ser todo lo adultos que quieras, pero...".

- A lo que yo les repuse: "ya, están incapacitados y sus padres tienen la custodia..." "No. No hace falta. Pero son los padres."

- "Entiendo -contesté, entonces- que vosotros a vuestros padres les confiáis vuestras...

- "¡Hombre! No empieces con ironías y teorías... que hay que estar ahí todos los días".

- "¿Estar ahí? ¿Dices en sus cuerpos...?".

- "¡Hala...! tengamos la fiesta en paz." (Y me dejaron plantado con el refresco...).

Anécdota del Encuentro con la decoradora
Como al parecer ya era presa fácil de la fiesta, tomó asiento de okupa una decoradora que me empezó a hablar de lo que quiso... Tenía en proyecto: un centro residencial con todas las innovaciones domóticas posibles.

- "Van a estar... de lujo". Ésas fueron sus últimas palabras. Como era tal mi desánimo, traté de agarrarme a aquel soplo de optimismo, y le insté a que se explayara. Con el dedo índice fue simulando en la mesa el plano de la residencia: habitaciones, salones,...

- "¿Las habitaciones con baño individual?".

- "No, hombre... !Te he dicho que cada dos habitaciones hay un baño en medio, al que se accede desde cualquier habitación e incluso ¡más cómodo! desde el pasillo... Accesible, accesible, accesible...".

- Yo debí de poner unos ojos tremebundos, a juzgar por el gesto de rareza que me brindó. Me sentí obligado a explicarme un poco más, y lo hice: "¿Y cada vez que vayan al baño, tienen que cerrar tres puertas?".

- "¿Qué falta tienen...?", concluyó ella.

Yo, la verdad, pensé en mí. ¿Qué sería de mi pudor... y del de los demás? Y ¿dónde quedaba la intimidad? ¿Acaso las personas con discapacidad no valoran la intimidad? Será eso ... Al menos así debió pensar esta profesional de la estética, mientras levantaba vuelo y me volvía a dejar en el desencuentro.

Anécdota del Encuentro con la administración
La directora de un Centro de Ocupacional también tuvo la gentileza de compartir conmigo sus preocupaciones.

- "Aprovecho que te veo muy tranquilo, para hacerte una pregunta muy concreta, tú que sabes..." Y lo soltó, ya lo creo que lo soltó: "Un usuario del centro le ha pedido a un monitor que le lleve a... a eso, a una prostituta, porque..., pues eso. ¿Qué? " Yo la verdad, que había salido a refrescarme..., pero

cada vez estaba menos fresco y no sabía qué me preguntaba: si estaba de acuerdo en que fueran de prostitutas, si acaso tenía que habérselo pedido a la Dirección,... ¿o qué?

- Ella sin darme tiempo a seguir pensando, insiste: "¿Qué? ¿Va a no va?. Y más todavía, de ir, ¿van en horario laboral o qué... ¿Y con qué coche? Porque ésa es otra, que si pasa luego algo, la responsabilidad... ¡eh!

Yo seguía en silencio, así que ella concluyó como tenía previsto hacerlo: "Ya veo que aún menos idea que yo. No, si la teoría es muy bonita..., pero hay que estar ahí todos los días... ¡todos, todos los días!".

Anécdota del Encuentro con la madre del adolescente

Se me ocurrió que era buena idea volver al salón del baile, que tanto "refresco" no debía ser bueno. Pero en el camino fui interceptado por una madre. Su hijo está en plena adolescencia:

- "Se excita con gran facilidad, me pide que le ponga películas… ya sabes. Hasta a las monitoras del centro de Día, les da apuro, porque cuando le cambian de chándal..., pues le notan, vamos le notan todo..." Yo preferí no darme por aludido y le hice ademanes de absoluta *normalidad*. Ante lo cual ella asintió que coincidía conmigo, pero añadió:

- "No, si el problema es que él no se puede masturbar y lo intenta frotando su cuerpo contra la silla de ruedas y las correas… Y claro: se daña con frecuencia. Además de que alguna monitora le tiene un poco de recelo... Normal".

- Acordamos que sería bueno *educarlo* para masturbarse en su cama, con unas almohadas a sus lados, incluso visionando una película… Pero una pregunta de la madre me hizo temblar, en tanto recordaba la célebre película "Johnny cogió su fusil":

- "¿Y masturbarle yo...?".

- Sólo fui capaz de contestarle: "Si no te apura... Igual que eres su mano para darle de comer, ¿quién sabe?".

Anécdota del Encuentro con la pareja del baile
Cuando me incorporaba al salón, mi pareja salía con otros conocidos y hablaban de la influencia de la infancia en la vida sexual. Desconozco qué canción, de no ser algún bolero de Antonio Machín, les pudo inspirar tan profunda conversación. Pero me ayudó a ordenar un poco mis ideas.

- Todos coincidían en la importancia que había tenido la masturbación para conocerse, y para propiciarse placer y soportar un poco más la frustración de no tener un cuerpo de *glamour.*

- Recordaban las malévolas estrategias para amurallar su intimidad en el cuarto de baño o en su propio dormitorio para el disfrute sexual.

- El morbo de fantasear con otros encuentros *políticamente menos correctos:* con la chica o el chico facilón, sin conversación..., pero con buen tiro.

- De cómo los padres apenas comentaban de estos temas. Y, aún más, que nunca les consideraron sexualmente maduros del todo..., ni todavía hoy.

- Incluso cómo los padres y amigos les han confiado en muchas ocasiones que... "esa pareja... no te creas que te va mucho. Sois tan distintos".

Anécdota del Encuentro con el sabor de la despedida
Es por todo ello que me parece muy interesante este Encuentro como una romería a la ermita de la diversidad: *¡no hay sexualidad... sino sexualidades!* Tantas, como personas nos encontremos... *Tampoco hay discapacidad..., sino discapacidades,* y tantas como personalidades y cuerpos mostremos. En definitiva: que las sexualidades más válidas son las nuestras…

Las sexualidades más válidas son todas las que uno vivencia favoreciendo su placer, reconfortando su autoestima y estrechando sentimientos con los demás. Como los buenos vinos, llevan su propio sello de denominación. Y si te hacen apetecer sucedáneos, refrescos de moda, marcas publicitadas: ¡es tu problema! Nuestro problema.

Con la sexualidad ocurre como con el buen vino, si se me permite (en mi caso) el vino de Rioja, que es un ser vivo. Con su Origen de denominación: para cada uno

el suyo es el mejor. Te lo puedes beber o guardar para colección. Lo puedes compartir o deleitar a solas. Beber a morro o en finas copas. A trago largo o a sorbos... Pero atentos, no nos despistemos: lo importante no es el vino. Sino nuestra degustación. El sabor que sacamos a cada encuentro. Y eso nadie lo duda... ¡depende de nosotros, y sólo de cada uno de nosotros!

Yo, por mi parte, de este encuentro... me voy con el sabor de haber disfrutado, repasando con todos mis desazones. Y, como decimos en La Rioja, recordando a Gonzalo de Berceo: *"Quiero fer una prosa, en román paladino, que bien valdrá, como creo… un vaso de bon vino"*.

X Relaciones sexuales: la integración pendiente

Iván Rotella Arregui
Vicepresidente de la Asociación
Asturiana para la Educación Sexual

Las relaciones de pareja son muy complicadas en cualquier circunstancia, eso es evidente. No nos hace falta hablar a nivel personal, ni siquiera a nivel profesional, donde a lo largo del año vemos a un montón de parejas de todo tipo intentar resolver sus problemas y seguir siendo pareja. Independientemente de su formación, posición social, estado físico, trabajo o aficiones, todas las parejas necesitan de una gran implicación para salir adelante, y ese esfuerzo debe ser mutuo y compensar. Si no, no merece la pena; y pocas cosas hay más tristes que estar con alguien con quien realmente no queremos estar.

Siguiendo con las obviedades, podemos añadir que en una relación de pareja tenemos, siempre, a dos personas. Cada una de ellas tiene su forma de ser, su personalidad, sus gustos, manías, complicaciones, etc. Además, cada una de ellas viene de un pasado determinado, tiene un presente determinado y espera conseguir o vivir un futuro determinado. Todo esto hay que ponerlo encima de la mesa y compartirlo con la otra persona, con lo que, de pronto, ambos se ven mezclados en dos entornos familiares, de amistad, laborales, etc. No sólo deben manejarse con sus cosas, su familia o sus amistades, sino que ahora deben aprender, lo más pronto posible, a convivir con personas que van a ser sus nuevas amistades y casi su familia. En circunstancias normales tenemos décadas para aprender a convivir con ese entorno. Con el entorno nuevo no se dispone de tanto tiempo: semanas o meses como mucho, y eso con suerte.

Decir que las personas con discapacidad tienen problemas en sus relaciones de pareja sería seguir con las obviedades y seguir sin aportar nada. También sabemos que a la dificultad ya evidente para mantener una relación estable, se unen unas mayores o menores dificultades físicas, que parece que entorpecen la relación e incluso que la imposibilitan, me dirían algunos pesimistas. Lo que tenemos claro es que el problema tiene *tres partes* obvias: *nosotros, nuestra pareja y,* sobre todo, *nuestro entorno.*

El *entorno* muchas veces pone más obstáculos que los que soluciona; y me refiero al entorno cercano formado por personas, no ya a otras dificultades como la accesibilidad, por ejemplo. El entorno personal con frecuencia nos obliga, nos imposi-

bilita, nos complica y, lo que es peor, generalmente, velando por no-sotros, tratando de ayudarnos, implicándose, queriéndonos...

Pero, claro, quienes forman ese entorno también tienen un pasado, un presente y desean un futuro. Tienen una experiencia vital e incluso en muchos casos profesional y, se supone, adecuada para trabajar y ayudar a las personas con discapacidad, aunque no puedan quitarse de encima el hecho que ellos mismos y ellas mismas sean personas con sus características y vienen cargadas con moralidades, ideologías, planteamientos o realidades, totalmente ajenos a las personas con las que están. ¿Qué se hace entonces?

Es muy complicado. Podemos organizar buenas jornadas sobre sexualidad, por ejemplo, y traer a estupendos ponentes de gran nivel y oratoria, con experiencia y muchas ideas para que mejoremos nuestras condiciones de vida en pareja, nuestras sensaciones, nuestro disfrutar... Sin embargo, ¿quién acude a esas jornadas? Nosotros, no nuestro entorno o, por lo menos, no todo nuestro entorno. Solo las personas que nos tienen en consideración y alientan todos nuestros deseos y todo aquello que forma parte del ser humano y que incluyen la sexualidad con la importancia que tiene, van a implicarse y a ayudarnos en las relaciones de pareja y, con ellas, en las relaciones sexuales.

Hay familiares que no entienden que, "como si no tuvieras bastante con lo que te pasa, encima quieres tener una sexualidad placentera y, si puede ser, compartida". Hay médicos que excluyen, unilateralmente, de la vida sexual activa, porque deciden que a tu edad o en tus circunstancias no te merece la pena. No se tiene en cuenta qué efectos pueden causar ciertos medicamentos, ni avisan ni consultan al interesado o la interesada, como si el ser feliz fuese secundario, superfluo.

Comentaré un caso que puede parecer el argumento de una película, pero que, sin embargo, se me ha presentado en mi desempeño profesional: fui llamado para formar a un chico de 21 años (si bien, para disimular, me solicitaron que formase al centro entero, claro) que deseaba mantener relaciones sexuales y, que "el ligar lo llevaba bien, pero sólo hasta que le ven la silla de ruedas", por lo que había decidido recurrir a una prostituta. Se planteaban cuestiones como: ¿Cómo va? ¿Quién lo lleva? Sus educadores se inhibían y consideraban que debía ser la familia la que se implicase. "Si no puede ni ponerse solo el condón" -este comentario se pretendía un argumento incontestable, como si ése fuese el gran impedimento o como si, por

ejemplo, la prostituta no pudiese resolver esta situación. En cierto modo, parece lógico pensar en la familia, pero cabe preguntarse si los educadores les decían a sus padres: "oye que hoy me apetece tener relaciones sexuales y voy a quedar con una chica, que lo sepas". Parece evidente que no y que, del mismo modo, nuestro amigo no desea implicar a su familia en ese grado de intimidad que él considera que son sus relaciones sexuales. Quiere una solución. No quiere a un sexólogo pesado que habla de la piel y de "despenetralizar" las relaciones sexuales y de no sé qué de que el orgasmo está en el cerebro o algo así. Le parece interesante, pero por inquietud intelectual. El pesado sexólogo no le soluciona nada, "Y aquí, sexo ¿cuándo?" Parece pensar. Por lo menos su cara es lo que transmite.

Nuestro amigo navega por *Internet,* nueva herramienta que parece especialmente diseñada para discapacitados con inquietudes. Parece que se le indica: "así navegas sin salir de casa, no te vaya a pasar algo". Evidentemente, *Internet* es una herramienta fantástica, pero tiene, como muchas cosas, sus luces y sus sombras. Si eres joven y quieres aprender cosas sobre las relaciones sexuales, *Internet* te ofrece el catálogo de variedades sexuales más amplio que existe pero, "curiosamente", el sexo con discapacitados o entre discapacitados es de lo que menos hay.

Si nuestro amigo introduce en el buscador de *Internet* Google "sexo con discapacitados" en páginas en español, sólo aparecen 17.800 entradas, siendo la mayoría sesudos estudios, trozos de artículos, publicaciones etc, es decir, no precisamente muy erótico ni sexualmente explícito. Si introduce "sexo entre discapacitados" aparecen las mismas 17.800 entradas. Curioso, ¿verdad? ¿Es lo mismo el sexo con alguien discapacitado que entre dos personas discapacitadas? Yo, experto en obviedades, creo que no. Por cierto, si introduces "sexo" o "relaciones sexuales" el ordenador amenaza con colapsarse ante los *millones* de entradas y páginas, casi todas "lúdicas", relacionadas con otros tipos de relaciones sexuales de todo carácter y condición.

El chico al que yo trataba de formar sólo veía montones de chicas y de chicos guapos, dotados, activos, insaciables, mezclándose entre ellos, ellas o ellos y ellas, y luego con todos los juegos que se les puedan ocurrir e incluso más. Son coitales, orgasmocentristas (mi amiga la sexóloga Salomé Cía insiste mucho en esto) y, si somos sinceros, muy alejados de su realidad. Pero él considera que ésa es su realidad, ya que es la que ve y la que le rodea, incluso su entorno puede compartir esto y hacer la vista gorda si trata de masturbarse o simplemente de navegar por estas

páginas, pero ¿y si él también quiere practicar cosas que ve? ¿Qué tenemos? Nada, en la inmensa mayoría de los casos, ni siquiera en los centros especializados hay protocolos de actuación. (Lo cual es un alivio, en parte. ¿Cómo protocolizamos la sexualidad de las personas?).

Sí hay meritorios centros educativos especiales que tienen programas diseñados y han desarrollado ciertos protocolos de actuación, o algo parecido, pero con criterio, no con una moral que se trata de imponer por encima de la de la persona. Es loable, sobre todo, el que se hayan dado cuenta de que es necesario trabajar desde la infancia este aspecto y educarlo y respetarlo. Pero, ¿quién trabaja con el resto del entorno? Nadie había trabajado con los educadores de nuestro amigo, de los que cada uno tenía su opinión y su forma de actuar en base a ella. Nadie había trabajado con su familia, sus amigos. No sólo tiene una dificultad física, sino que parece que es de otro planeta y que tiene necesidades que aquí, en este planeta, no existen.

Internet le proporcionó otra herramienta a nuestro amigo: el *chat.* En el *chat* no hay problemas, ni dificultades, ni discapacidades. Tu tienes el perfil que quieras, la personalidad que quieras. Nuestro amigo es inteligente, lee, estudia y se cultiva. Es un chico que se mantiene actualizado. Mide más de un metro ochenta ("de pie"), es un buen mozo, atractivo y con una mente ágil y despejada. Consigue, con su labia y algo de morro, muchas citas con chicas de su misma ciudad. Chicas que en su mayoría son incapaces de evitar su cara de desagradable sorpresa cuando ven que su cita por *internet* viene acompañada "por una silla de ruedas: "¿te imaginas yo con un chico así? Además no hablaba del todo bien y estaba un poco retorcido, uff. Le dije que me iba al baño y no volví". Es muy duro el rechazo social, sobre todo cuando implicas sentimientos, ¿quien trabaja nuestra autoestima?, ¿quien enseña a nuestro entorno a trabajárnosla?

Nuestro amigo insiste y sigue "chateando" y ligando por *Internet.* Cada vez se pasa más tiempo en ese universo virtual que le permite construir un mundo en el que es comprendido, querido, admirado, apoyado. Consigue encontrar chicas a las que "no les importa" su silla de ruedas y parece que es un sacrificio casi evangélico que aceptan. Pero, a medida que pasa el tiempo y las dificultades en el devenir normal de la relación se acumulan, y ese sacrificio parece insalvable y finaliza. "Uff, era muy duro, yo lo intenté pero no pude".

¿Qué es intentarlo? Estamos hablando de convivir, compartir, sentir, disfrutar, no de sacar una carrera universitaria o presentarse a la prueba atlética de San Silvestre a correr un poco. ¿Qué necesitamos quienes formamos parte de ese entorno? Que se nos eduque en que la discapacidad existe y que nos puede pasar a todas las personas. Parece que hubiera que aislarla como un mal de algunos miembros de nuestra sociedad, pobres. Tenemos que conocerla, entenderla y ser conscientes de ella para interiorizarla y volverla una parte más de nosotros mismos, de cualquiera, de todos y todas. Desde niños. Todo sería más razonable, natural y compartido.

Hay otra variable también evidente. ¿Qué pasa cuando tu edad no te permite estar en un centro educativo, o acceder a conocimientos que te permitan mejorar tus condiciones de vida, entre ellas, la sexual? Pues que ni aquellos pocos que lo trabajan se acercan a ti. Dependes de la opinión y la buena voluntad de tu familia, amigos, pareja. Las instituciones no suelen trabajar este aspecto y, claro, ¿Quién trabaja, y perdonad que insista, tu autoestima? La autoestima es imprescindible para sentirse bien y sentirse bien lleva a querer compartir y sentir. Sin eso es muy difícil, y esto pasa con discapacidad y sin ella. Tu imaginación tiene que hacer un enorme esfuerzo para idear nuevas formas de amar, pero si tienes con quien suelen ser maravillosas. ¿Y si no tienes? Encontrar a alguien que quiera tocarte, acariciarte, escucharte o hacerte estremecer de placer no es fácil cuando lo que te pasa es desconocido, ignorado o evitado. Cuando la discapacidad es conocida se integra y una vez integrada pasa de ser una desgracia a una singularidad, una peculiaridad de algunas personas, que como las otras, tienen sus propias peculiaridades, ya sean eróticas o de otro tipo, aunque estas últimas son menos divertidas pero también muy importantes.

Pero sigamos hablando del entorno. El nuestro puede ser mejor o peor y llevar mejor o peor "lo nuestro" pero, ¿qué pasa cuando damos con una pareja y la relación va bien y, como decíamos al principio, nos vemos implicados en su entorno? Aquí las opciones son dos: que nuestra pareja tenga discapacidad o no. Luego, evidentemente, hay muchas variables: que sea atractiva, simpática, que tenga buenos modales, dinero, trabajo, poco o mucho olor corporal, sentido del humor...

Aquí lo importante son las opciones: Si nuestra pareja tiene discapacidad, sea como la nuestra o no, el entorno de ambos suele llevarse las manos a la cabeza (quien no haya tenido estos problemas en esta situación que invite a cenar a su entorno que lo

merece). “Como si no tuvieses bastante con *lo tuyo,* ahora encima implícate con otra persona que también tiene dificultades, ¿en qué estabas pensando? ¿quién os va a cuidar? ¿de qué vais a vivir? Y en el hipotético caso de que pudierais tener hijos, ¿quién los va a cuidar?” Y así etc. y etc. y etc. A veces es difícil para el entorno entender que, por encima de discapacitados o no, todos somos personas, seres humanos.

Este obvio comentario debería servir para que se tuviese claro que cuando hemos tomado este tipo de decisiones ya se tienen las cosas pensadas, ya nos lo hemos planteado y, si hemos decidido seguir adelante, pueda parecer una locura o no, lo hemos hecho como adultos. Usar muletas, silla de ruedas o tener cualquier problema físico similar no nos vuelve niños, se siguen teniendo 30, 40, 50, 60, 70 años o más y la cabeza perfectamente amueblada en la mayoría de los casos.

¿Que deberíamos hacer los que ahora estamos en el entorno? No crear problemas, no poner más dificultades de las ya existentes y ayudar, apoyar, proponer, solucionar, colaborar y dejarnos de tonterías. Es muy fácil “pontificar” cuando es una vida ajena, por mucho que la queramos, en la que estamos interviniendo y, aunque pueda existir cierta dependencia, no nos otorga ningún poder ni nos hace más listos, sólo nos da otra perspectiva que tiene que ser útil, sincera, sí, pero no obstaculizadora, sino constructiva.

La otra opción, también “terrible” para algunos entornos, es cuando tu pareja no tiene ninguna discapacidad. Entonces lo primero es dudar de la estabilidad emocional de tu pareja y lo segundo, de sus intenciones. “¿Que buscará? ¿Pero no se da cuenta de como estás? ¿Será por vicio o por una promesa”. Seguro que conocen todas estas cosas y más. Aunque parezca mentira no siempre es el físico lo que se valora a la hora de acercarte a una persona y todavía queda gente que valora una conversación amena, el sentido del humor, la inteligencia, la personalidad, el cariño... Si eres una persona millonaria, pues igual debes desconfiar un poquito, pero eso te pasa con discapacidad o sin ella; pero como lo habitual no es ligar ni estar rodeados de personas adineradas, pues son preocupaciones de las que podemos prescindir.

Es normal que el entorno se preocupe y está claro que muchas de estas “prevenciones” son fruto del amor, pero los que, de momento (nunca se puede asegurar del todo), sólo somos entorno debemos confiar en los adultos (sí, adultos) que tenemos

delante y creer que saben lo que hacen, aunque no lo parezca. Y estar ahí si las cosas no salen bien y estar ahí si las cosas salen bien. Como siempre, como hasta ahora. Debemos tender una mano de apoyo pero no para caminar, si no para vivir. No trataremos de imponer criterios, morales o prevenciones exageradas. Molestémonos en conocer, convivir, aprender, profundizar en todos los aspectos de esa persona a la que queremos o cuidamos (o todo a la vez), con la que trabajamos, salimos, crecimos. Solo se quiere ser feliz y que eso no dependa de como está de bien o mal organizada tu estructura ósea o tu médula o lo que sea. Que puedas aceptar lo que la vida te ofrece y disfrutarlo, como todos, como todas y sin tener que renunciar a nada, porque nos lo merecemos, seguro que nos lo merecemos.

XI ¿Discapacidades en sexualidad?

Ainhoa Astarloa Azkue. Psicóloga-Sexóloga
Federación Coordinadora de Personas
con Discapacidad Física. Bizkaia

"Una persona sin sistema sexual es tan
incomprensible como una persona sin pensamiento".
Merleau Ponty.

El año 2003 ha sido declarado por la Unión Europea, el Año Internacional de las Personas con Discapacidad. Por ello, para este colectivo será un año marcado por la reivindicación de derechos y responsabilidades. Hablar de sus derechos es hablar de normalización, de integración, de participación, de rehabilitación en todos los ámbitos de la vida, incluida la tantas veces olvidada sexualidad. Por ello me gustaría agradecer a "COCEMFE ASTURIAS" la organización de las jornadas celebradas en Avilés y el haber pensado posteriormente en esta publicación.

Hay conceptos que son difíciles de definir, de someter a una serie de límites: la palabra discapacidad es una de ellas. En este artículo nos referiremos a las personas que presentan una discapacidad física bien sea congénita o adquirida y que además tenga una clara notoriedad a los ojos de los demás. La discapacidad presenta una serie de connotaciones relacionadas con problema, con *handicap,* con dificultades... ver una persona con una discapacidad notoria provoca en muchos casos sentimientos de lástima, pena... Sentimientos que en muchos casos se hacen incompatibles con la intimidad, la atracción, el deseo... La discapacidad, por el discurso social imperante, coloca a las personas que la sufren en una situación de minusvalía con respecto a las demás; genera y determina no sólo el modo de sentirse de la persona afectada, sino incluso el modo desde donde observamos, tratamos y nos relacionamos con ella. Hay que señalar que la diversidad de las discapacidades existentes, determina las actitudes que mantenemos ante este colectivo; es decir, la notoriedad (ver una silla de ruedas, unas muletas...), la gravedad (presentar una tetraplejia o problemas leves de movilidad)... hacen suscitar estas diferencias actitudinales. En algunas ocasiones, el denominado "efecto halo" y el desconocimiento de las peculiaridades de las diferentes problemáticas lleva a confusión y negativiza la actitud, produciéndose una generalización en la misma.

Así, las personas que sufren una discapacidad tanto adquirida como congénita, deben enfrentarse al estigma social que las sitúa en clara desventaja con respecto a las demás personas.

Por otra parte, las variables de personalidad (asertividad, extroversión, simpatía...), las habilidades y competencias sociales, la frecuencia de contactos, así como las variables propias del entorno que las rodean y que les posibilitan relacionarse en mayor o menor medida con los demás (accesibilidad en casa, en lugares de ocio...), determinarán la forma de hacer frente a las citadas dificultades sociales.

En los años que llevo trabajando en la Federación Coordinadora de Personas con Discapacidad Física de Bizkaia, he podido observar que a las personas que les sobreviene una discapacidad pasan por un proceso de adaptación, de aceptación de lo sucedido y de asumir la realidad de la pérdida. La rehabilitación, tal como la definen *Las Normas Uniformes sobre la Igualdad de Oportunidades para las Personas con Discapacidad de las Naciones Unidas,* es "un proceso encaminado a lograr que las personas con discapacidad estén en condiciones de alcanzar y mantener un estado funcional óptimo desde el punto de vista físico, sensorial, intelectual psíquico o social, de manera que cuenten con los medios para modificar su propia vida y ser más independientes". Por ello, irá encaminada a ayudar a esta persona a participar activamente en todas las facetas de la vida.

La sexualidad de las personas con discapacidad tanto congénita (cardiopatías, deformaciones, espina bífida), como adquirida (lesión medular, esclerosis...) puede verse afectada sobre todo en su función reproductiva. Así, en las revisiones bibliográficas realizadas, nos encontramos que la mayor parte de las investigaciones y los escritos son referentes a los aspectos prácticos de la misma: técnicas reproductivas, maternidad, cómo conseguir una erección, qué hacer con el catéter uretral, posiciones más adecuadas para evitar fugas derivadas de la incontinencia... Aunque no debemos olvidar y habrá que tener en cuenta la importancia de este tipo de investigaciones, vamos a detenernos en los denominados "afectos sexuales"; concretamente en analizar qué sucede con el deseo sexual, de las personas que sufren algún tipo de discapacidad.

La idea de no ser una persona sexualmente atractiva y, por tanto, la pérdida de la deseabilidad, independientemente del sexo al que se pertenezca, es propia de los primeros momentos del proceso adaptativo y, en ocasiones, de determinados periodos evolutivos (adolescencia, edad adulta...) de las personas con discapacidades congénitas. Estos sentimientos están incrementados cuando la persona además presenta problemas como incontinencia urinaria, problemas graves de movilidad...

El deseo sexual es una "experiencia emocional subjetiva" (Antonio Fuertes Martín) compuesta por: una base neurofisiológica cuyo nivel de activación posibilita la aparición de excitabilidad, una disposición emocional y cognitiva y la existencia de inductores eficaces de sensaciones sexuales. En los casos en los que la enfermedad o la lesión no afectan al estado fisiológico del organismo, la disposición y la receptividad serán aspectos prioritarios en la rehabilitación sexual de la persona. Esta disposición cognitiva tiene una clara conformación social. Por esto, es importante analizar el concepto de belleza propio de nuestra sociedad, las connotaciones de la palabra discapacidad, así como las consecuencias que se derivan de ello. Romper mitos relacionados con la capacidad de sentir y relacionarse desde el placer, trabajar con los errores cognitivos antes mencionados, analizar las repercusiones que todo ello tiene sobre la deseabilidad de la persona afectada... serán aspectos importantes en la intervención con las personas con discapacidad. No obstante, cabe destacar que se producen variaciones importantes dependiendo de las actitudes y biografía sexual previas a la lesión, de la ausencia o no de pareja, así como de las características individuales de personalidad.

Tal como presentan diferentes autores, si la disposición emocional y cognitiva es positiva, unos inductores acompañan a los otros y tiende a desarrollarse un efecto amplificador entre ellos. Tales inductores pueden ser internos (fantasías, pensamientos...) y externos al propio sujeto (estimulación visual, táctil...) y estarán mediatizados por las creencias y actitudes que tengamos tanto hacia la sexualidad como hacia la discapacidad y lo que derive de la misma.

La intervención debe ser "multidisciplinar" (Mª Luisa Curcoll), que atienda a "aspectos fisiológicos" (consejo ginecológico, ayudas para erección...), "aspectos funcionales" (posiciones más cómodas, cómo evitar fugas de orina) y "psicosexuales" (buscar nuevas zonas erógenas, mitos, mejorar la comunicación en pareja...). Sin embargo, previo a tratar los aspectos prácticos y conductuales de la persona afectada creo que se debe trabajar con las actitudes sexuales, donde los y las profesionales no podemos olvidarnos ni dejar de cuestionarnos aspectos como: ¿la persona afectada se siente deseable?, ¿se considera una persona sexuada?, ¿qué expectativas sexuales tiene?...

Romper las denominadas "barreras actitudinales" puede ser una tarea tan difícil de llevar a cabo, como superar los problemas que las barreras arquitectónicas presentan a las personas con movilidad reducida: aprender a vivir la sexualidad de un

modo diferente conmigo y con mi pareja, jugar con nuestro cuerpo independientemente de las "incapacidades" que presente, descubrir nuestros propios deseos y apetencias sexuales estén o no relacionadas con lo que socialmente se debe de "hacer" y "sentir", ver el cuerpo como un todo, donde el placer, la ternura, las relaciones... no son aspectos reservados a los cuerpos danone... Es decir, *trabajar más sobre las ideas creadoras de problemas que sobre los problemas creados por esas ideas* (Efigenio Amezúa).

Cuando hablamos de la sexualidad de las personas con discapacidad, sin ser personas afectadas, creo que debiéramos de empezar por cuestionarnos cómo nos sentimos cuando pensamos en el tema. Si además de no estar afectados o afectadas por una discapacidad, tampoco conocemos o nunca hemos tenido una relación con una persona de este colectivo, os invito a que reflexionemos sobre el tema y nos hagamos una serie de preguntas: ¿Qué diferencias creemos que existen entre la sexualidad de una persona con discapacidad y otra que no la tiene? ¿Qué cualidades y habilidades son importantes para establecer una relación sexual? ¿En tu caso, estas diferencias podrían suscitar atracción sexual por una persona con discapacidad?...

Con este cuestionamiento lo que me gustaría plantear, es que hablar de la sexualidad de las personas con discapacidad es un tema que nos concierne a todos y a todas. Las personas que pertenecen al colectivo han de llevar a cabo el proceso rehabilitador y afrontar la responsabilidad de la propia experiencia, de sus relaciones y de su intimidad. Sin embargo, no hay que perder de vista que se encuentran con una realidad donde todos, o al menos "casi todos y casi todas", partimos de un modelo de sexualidad reducido al coito y a los genitales; un modelo de sexualidad competitivo, reproductor y de rendimiento, que condiciona el modo en que miramos, tratamos y nos relacionamos con la personas que presentan algún tipo de *handicap.* Así, los miedos y los problemas de autoestima presentados en algunas de estas personas, vienen determinados por dos razones: la visión del propio yo y la percepción de la interpretación de la situación que los demás hacen.

De ahí que desde las diferentes asociaciones que trabajamos con este colectivo debamos fomentar el desarrollo de:

- Programas de educación sexual, en centros educativos destinados a profesionales, alumnado y familias. Los objetivos principales de dichos programas no requieren un trato especial, puesto que las premisas de una buena educación

sexual son fundamentales para todos los grupos de población: adolescentes, tercera edad, personas con discapacidad...

- Programas donde la educación sexual sea vista como forma *de suscitar, incitar y excitar actitudes y valores de cada cual y con vistas a una vivencia de la sexualidad más gratificante y feliz* (E. Amezúa); donde la sexualidad sea entendida como una dimensión global de la persona; promoviendo actitudes positivas y compresivas, independientemente de las peculiaridades de cada uno y de cada una. Bajo este prisma no cabe hablar de especificidades, ni de problemas cuando hablamos y nos referimos a la sexualidad de las personas con discapacidad.

- Programas de cambio de actitudes que favorezcan la integración de las personas con discapacidad, destinados a toda la población y que tienen que ver con el acceso a recursos: transporte adaptado, adecuado tratamiento en medios de comunicación, como personas que tienen una vida normalizada en cuanto a las relaciones, desterrando el término peyorativo de "minusválidas".

La sexualidad de las personas con discapacidad no está exenta de dificultades; cerraríamos los ojos si dijéramos "no pasa nada". Queda mucho por andar, crear e investigar. No obstante, quizás no sea tanto si somos capaces de escuchar y recoger lo ya creado y vivido por estas personas. Por ello, espero que en próximos encuentros podamos compartir diferentes experiencias y trabajos que seguramente harán cuestionar la sexualidad "normal" del resto de los humanos.

XII Buscando y encontrando: notas a propósito de un taller

Agurtzane Ormaza
Centro de atención a la
pareja Biko Arloak Bilbao

No es fácil poder describir lo que en un encuentro grupal sucede.
No es fácil poder plasmar con palabras, si no eres un buen poeta,
una mirada de deseo.
No es fácil poder hacer llegar con la tinta la intensidad de un abrazo.
No es fácil poder explicitar lo implícito de una búsqueda.
No es fácil poder imaginar los miedos del encuentro.

Pero aún así cometeré la osadía de compartir con vosotras y vosotros cómo, buscando, nos encontramos.

El objetivo del taller era buscar, buscarse, buscarlo, buscarla... y en ese viaje intentar encontrar, encontrarse, encontrarlo, encontrarla, ...

El qué de la búsqueda, cada uno en su camino iría analizando cuál era su qué.

El cómo de la búsqueda era a través de la piel, herramienta de gran valor, pero pocas veces utilizada y muchas manoseada.

El hilo conductor de la búsqueda, el deseo, tantas veces mencionado y deseado, tantas veces ocultado y vapuleado.

Su otra cara el miedo, tantas veces ocultado y vapuleado, tantas veces excusado y temido.

El mar de fondo de la búsqueda, el placer, lugar de marejadas, lugar de calma chicha mortal, lugar de ondulaciones sensuales, lugar de...

Se trataba de estar, sin directrices, sin saber a dónde hay que llegar, sin nadie que hiciera el trabajo por una, sin modelos a los que acogerse o rechazar, sin parafernalias que tapen el fondo, ...
Simplemente una misma y los otros.
Tirarse de cabeza a la mar sin chaleco salvavidas.

Para ello primero de todo creamos un espacio cálido y de confianza dónde cada uno y cada una pudiera dar rienda suelta a lo que sintiera. No se trataba de que todos se tiraran a la mar de cabeza de la misma forma. Cada una tenía su estilo, ése que le ayudaría en el viaje, que era solamente suyo y por eso era válido.

Quienes allí nos juntamos, teníamos diferentes historias, diferentes biografías, diferentes puntos de partida, diferencias, diferencias... que enriquecían y dificultaban el camino. Pero allí estábamos dispuestos a perdernos para buscarnos, a ver si nos encontrábamos.

El hecho de que todos supiéramos que la piel iba a tener mucho que decir en este encuentro hizo que el nerviosismo latente reinara en el ambiente en forma de risitas, miradas juguetonas, locuaces piropos, manos húmedas, sonrisas picaronas, bocas secas, semblantes perdidos... Pero eso sí, mucha gana de saber en todos.

La palabra tenía poco sitio ese día y el que tenía era desde lo íntimo, desde la cercanía, desde el encuentro con el otro, desde ese tono en el que solamente me puedas oír y escuchar tú.

Ese día la palabra tenía un sitio difícil pero privilegiado. Ese día por fin la piel pudo hablar, iba a decir tranquilamente; bueno, pudo hablar, que no es poco.

Nuestra piel se nos acerca todos los días, de muy diversas formas y la mayoría de las veces estamos demasiado ocupadas para hacerle caso, para hacernos caso.

Nuestra piel nos cubre con millones de receptores, que reciben y transmiten informaciones de lo más variadas, de las cuales generalmente nos quedamos con aquellas que tengan que ver con lo funcional para nuestra cotidianeidad.

¡Qué pocas veces nos quedamos con esos regalitos que nos hace la piel cuando se eriza por una mirada, cuando se enrojece por una sonrisa, cuando se congestiona por una fantasía, cuando se humedece por una visión, cuando late por un miedo...!

A veces le hacemos tan poquito caso, “es que estamos trabajando, ¿no?”

Pero en este espacio y en este tiempo nos dedicamos a dedicarnos. ¿Qué me dice mi piel?, ¿cómo me dice mi piel?, ¿qué desea mi piel?, ¿qué teme mi piel?...

Bonito juego para jugar con uno mismo, con otro, con otra y con otros. Simplemente escucha y verás.

Y en este juego anduvimos.

Primero en solitario, escuchándonos. Mirando qué nos apetecía, qué nos facilitaría lo que quisiéramos conseguir, qué nos podría impedir conseguirlo .
Tiempo para una misma, para estar y mirar.

Segundo, fuimos hacia la búsqueda del otro, de la otra, de los otros, para escuchar y compartir.
Escuchando y escuchándonos, siguiendo cada cual su deseo.

Cada uno y cada una nos encontramos con las variopintos modos de encuentro que se utilizaban. Cómo algunas parecían ser universales (miradas juguetonas) y otras muy personales (inventarse historias); cómo algunas daban frutos y otras fracasaban en el intento. Fue divertido compartir las dificultades y los éxitos, pudiendo todos aprender de ese otro, y llevando para casa alguna técnica que pudieramos acomodar a nuestra historia.

Fue muy enriquecedor poder compartir los miedos que atenazan la expresión del deseo.
Miedo a ser rechazado, al fracaso, al qué dirán, a tener miedo, a verse cumplido el deseo, miedo al deseo del otro...

Entre risas y tensiones pudimos canalizar esos miedos, aunque luego quedaría para cada cual la ardua tarea de trabajarlos y mientras tanto arriesgarse "con ellos a cuestas". Ya que si esperamos a que se vayan nuestros miedos no avanzaremos nunca, nos estancaremos y no podremos aprender de lo mucho que nos enseñan los miedos.

Tercero, estar en el encuentro y compartir en la intimidad de ese momento, contarnos historias a través de la piel, abrirnos al otro.

Cuando llegamos a este punto estábamos más calmados, aunque con pinceladas aún de excitación, las emociones se iban cruzando en un ambiente recogido y calmado. Un tiempo de caricias verbales y no verbales. Un tiempo para los seres y los "estares".

Y esto nos llevó al momento final de unión grupal donde pudimos a través de la palabra, de los susurros, de la respiración, de los gritos... descargar todo lo que nuestro cuerpo había ido acumulando a lo largo de esa tarde que no por corta fue menos intensa.

No sé si habré podido plasmar lo que allí ocurrió esa tarde, espero que algo os haya llegado.
Yo disfruté muchísimo.

Seguiremos dedicando espacios y tiempos a la piel, al cuerpo, al deseo, al miedo para poder seguir creciendo.

Por cierto, ¿sabíais que todos los participantes iban en silla de ruedas?.
Intentadlo!

COCEMFE ASTURIAS

UMA

FRATERNIDAD CRISTIANA DE ENFERMOS Y MINUSVALIDOS

ALCER

Fibrosis Quística

AEDEM
Asociación Española de Esclerosis Múltiple

DISCAPACITADOS FÍSICOS DE AVILÉS Y COMARCA

AHEMAS

ACCU ASTURIAS

Asociación Parkinson Asturias

dafa

PATROCINA ESTA PUBLICACIÓN

MINISTERIO DE TRABAJO Y ASUNTOS SOCIALES
SECRETARÍA GENERAL DE ASUNTOS SOCIALES
IMSERSO

2003
el Año Europeo de las personas con discapacidad

ESTAS JORNADAS HAN SIDO PATROCINADAS POR

Gobierno del Principado de Asturias
Consejería de Vivienda y Bienestar Social

Ayuntamiento de Avilés

AYTO. CORVERA

Obra Social y Cultural
Cajastur